

EL NUEVO *DECAMERÓN*

RELATOS DE PANDEMIA



MARÍA ELENA VALADEZ
(coordinadora)

Palabra de Clío



María Elena Valadez Aguilar

Estudió Economía en la Escuela Superior de Economía del IPN; además de la licenciatura en Historia y la maestría en Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM.

Miembro fundador de la Asociación de Historiadores Mexicanos *Palabra de Clío* A.C.

Docente en Educación Secundaria y Promotora de Lectura en la SEP, convencida de la importancia de la lectura en la vida de toda persona.

Ponente en congresos nacionales e internacionales (España, Perú, Argentina y Cuba).

Ha publicado en la revista *Diacronías* y en la revista *Matices* del Posgrado Aragón FES-UNAM.

Premios:

2005. Editorial Alfaguara: 3er Lugar del concurso "40 años... mi primer libro".

2010. Senado de la República. LXI Legislatura: Mención Honorífica en el concurso con el ensayo "Pocos nombres conocidos, muchos ignorados. La participación de la mujer en el movimiento de la Independencia".

2016. Secretaría de Cultura. Mención Honorífica en el concurso Premio al Fomento a la Lectura con el trabajo: "*La Lecturería. Donde no se espantan a posibles lectores*".

El nuevo *Decamerón* Relatos de pandemia

María Elena Valadez
Coordinadora



“Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad”

El nuevo *Decamerón*
Relatos de pandemia

© 2007, Palabra de Clío, A. C.
Insurgentes Sur # 1814-101. Colonia Florida,
C.P. 01030, Ciudad de México.

Coordinación editorial: José Luis Chong
Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez
Pintura de portada: *Urbano 2020*, Adolfo García Butrón (pastel seco sobre papel), agosto 2020.
Cuidado de la edición: Víctor Cuchí

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-607-8719-20-4

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México - *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción	9
Relato 1 <i>Viviendo en la pandemia</i>	
Amajiki Suneater [Zahid Robles]	17
Relato 2 <i>Reseña de un amor enfermo</i> (O una crónica del seguir a la luna en tiempos de pandemia)	
Flanapolitano [Napoleón Chávez]	19
Relato 3 <i>Sin salud</i>	
Renato [Jorge Godínez]	20
Relato 4 <i>Hoy me detuve a pensar en mi pandemia del 2020-2021</i>	
Luz de Estrella [Gabriela Ojeda]	22
Relato 5 <i>Añoranzas</i>	
Ammy [María Elena Godínez]	24
Relato 6 <i>La saison des coquelicots</i>	
María Delgadillo [Andrea Delgadillo]	25
Relato 7 <i>Modo espera</i>	
La Niña Mala [Isabel Rojano]	28
Relato 8 <i>En este espacio ya largo, de pandemia, hubo, hay y habrá de todo: bueno, malo, regular, pero no páginas en blanco en la vida de alguien</i>	
Lehaim [Guadalupe Castro]	30
Relato 9 <i>El año de la pandemia</i>	
Tina Mendiola [María Concepción Sandoval]	32
Relato 10 <i>La carrera</i>	
Rayito de Locura [Raymundo Casanova]	33
Relato 11 <i>El jardín de mi padre</i>	
La Guerrera [María Elena Vázquez]	34
Relato 12 <i>Incrédulo</i>	
Libra	35
Relato 13 <i>Ese pequeño pedazo de tela</i>	
Mairim [Miriam Baltazar]	37

Relato 14

La pandemia para mí ha sido de todo, tener sentimientos que no había experimentado, como la paranoia y otros que sí había sentido pero no por tiempo prolongado como el miedo

Acróbata de la Pluma [Margarita Serrano] 39

Relato 15 *Instrucciones para sobrevivir y sobrellevar una pandemia*

Victoria Malpica [Mariel Robles] 41

Relato 16 *Reflexiones sobre la pandemia*

Luz Celeste [Ellen Ferguson] 42

Relato 17 y 18 *Amores prepandemicos*

Camille y Auguste [Elena Briones y Adalberto Robles] 45

Relato 19 *Mi encuentro con el Covid-19*

El Soñador [Joliet Silva] 48

Relato 20 *Tiempos distintos, noticias similares*

Lauretta [Áurea Maya] 49

Relato 21 *A pandemia... buena cara*

PpDays [José Díaz] 51

Relato 22 *Las lecciones de la pandemia*

José Luis Chong 52

Relato 23 *Así fue, así es*

Nirvana 54

Relato 24 *El gran cambio*

El Poeta del Mal [José Antonio Magdaleno] 55

Relato 25 *Las pandemias en la historia... parecían muy lejanas, las pandemias en las películas... más cercanas*

Irene Maya [Itzel Magaña] 56

Relato 26 *Un bello recuerdo de infancia*

S. Mar [Silvia Maruri] 58

Relato 27 *Noche de invierno en pandemia*

S. Mar [Silvia Maruri] 60

Relato 28 *Carpe Diem*

Merlín Avalón [Jesús Cabrera] 61

Relato 29 *Sin título*

Cecilia Navarro 63

Relato 30 *Sin título*

Nube de Algodón [Fernanda Zazil Arriaga Serrano] 66

Relato 31 <i>La rebelión interior</i>	
Anónimo	66
Relato 32 <i>Una niña en pandemia</i>	
Delayla Campero [Leslie Silva].	68
Relato 33 <i>Perro que ladra, a veces muerde</i>	
Nekane Beitia [Leslie Mercado]	69
Relato 34 <i>Pandemia</i>	
Vala [Viky Anilú Laris]	71
Relato 35 <i>Ladrón de sueños</i>	
El Huchapotamo [Yabin Silva].	73
Relato 36 <i>La vida detrás del zoom</i>	
Amada Quemper [Olivia Domínguez]	74
Relato 37 <i>Un cambio de vida, un mundo diferente</i>	
Absalón [Axel Hernández]	75
Relato 38 <i>Recuerdos del “Padreterno”</i>	
Juncanero [Benjamín Gómez]	77
Relato 39 <i>Voló como el colibrí en primavera</i>	
Colibrí [Benjamín Gómez]	80
Relato 40 <i>Urbano 2020</i>	
Pincel Oscuro [Adolfo García]	83
Relato 41 <i>Coronavirus</i>	
Aries	84
Relato 42 <i>Microrrelatos de pandemia</i>	
Maelva [María Elena Valadez Aguilar]	86
Relato 43 <i>Aún no sé cómo vivir sin ti...</i>	
Margarita [Viridiana Olmos]	88
Relato 44 y 45 <i>Y afuera el mundo continuaba</i>	
Renato Santana [Jorge Godínez]	89
Relato 46 <i>El Bicho</i>	
Macaria Osorno [Ana Lilia Valadez].	93
Relato 47 <i>Pequeños gestos, grandes miradas</i>	
León [Liliana León]	94
Relato 48 <i>Mi relato de pandemia</i>	
Hestia	95
Relato 49 <i>Confinamiento</i>	
Anónimo	96

Relato 50	Óbito	
	Inés Aguilar [Victoria Aguilar]	98
Relato 51	¿Y cómo ha sido la <i>pandemia</i>?	
	Calaca [Silvia Cirett]	98
Relato 52	<i>Mi relato ante el Covid-19</i>	
	Andrómeda	100
Relato 53	<i>Noches de velorio</i>	
	Otelo [Roberto López]	101
Relato 54	<i>Un año pandémico</i>	
	Fiamma [Alexia Gallo]	104
Relato 55	<i>Pandemia y confinamiento</i>	
	Lilia [Lilia Botello]	105
Relato 56	<i>A mis soledades voy</i>	
	Carpe Diem [María Eugenia Herrera]	106
Relato 57	<i>En el confinamiento</i>	
	Itzel Irma García Soriano	108
Relato 58	<i>Sin título</i>	
	Quero [Yuneri Quero]	110
Relato 59	<i>Relato de pandemia</i>	
	Sirius	113
Relato 60	<i>Vivir el presente</i>	
	Shalom [Piedad Galván]	115
Relato 61	<i>Sin título</i>	
	Esperanza	116
Relato 62	<i>Sin título</i>	
	Campoy	117
Relato 63	<i>10/06/2021</i>	
	Auriga	119
Relato 64	<i>Mi versión de la pandemia</i>	
	Citlali	121
Relato 65	<i>Sin título</i>	
	Canis	122
Relato 66	<i>Irreparable</i>	
	SACCAA [Angélica Acuña]	124
Relato 67	<i>Andrea y Simón</i>	
	Pancracio Nava Flores [Roberto Quiroz]	125

Dedicado a todos los que partieron durante esta pandemia...

INTRODUCCIÓN

María Elena Valadez Aguilar

El presente del pasado es la memoria;
el presente del presente es la visión;
el presente del futuro es la expectativa.
San Agustín, *Confesiones*, libro XI y XIV

Escribir acerca de una epidemia o pandemia siempre será más fácil que vivirla. El año 2020 no sólo fue significativo para todo el mundo, y hablo de manera literal: fue y será un parteaguas en la historia de la humanidad en los últimos cien años, marcando un antes y un después en nuestra historia inmediata. La aparición de una nueva enfermedad, la Covid-19, causada por el nuevo coronavirus conocido como SARS-CoV-2, nos obligó a vivirla una pandemia que, para bien o para mal, definió y cambió la vida de millones de personas.

Ante este hecho que trajo consigo una vorágine de sucesos que nos avasallan día con día nos preguntamos: ¿se puede escribir historia de un acontecimiento presente? Si partimos de la idea que todo fenómeno humano es susceptible de ser estudiado históricamente dependiendo de la delimitación del objeto de estudio y la dimensión de análisis, la preocupación nata de los historiadores por los problemas del presente es válida, siempre y cuando se formule desde una perspectiva de análisis que coadyuve a la explicación de ese presente histórico.

La historia del tiempo presente o inmediata es una metodología reciente. Nace con los procesos de consolidación de la globalización y con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Se puede decir que es el estudio histórico de la inmediatez, de la realidad social vigente. Graciela

Garay ahonda diciendo que es la experiencia vivida por varias generaciones que comparten un tiempo histórico determinado; en otras palabras, es lo que vivimos, como una posibilidad, sin priorizar o dar primacía a lo político y económico.

En ese sentido, vivimos un tiempo definitorio pues estamos en la tensión de dos categorías temporales planteadas por Kosselleck: el *espacio de experiencia*, lo que estamos viviendo desde hace dos años, y el *horizonte de expectativa*, pues no sabemos exactamente lo que puede pasar en un futuro inmediato. Por eso, es tan importante el presente, porque es el puente que define el futuro (Bedarida, 1998, p. 26).

Si bien la historia del tiempo presente no es una escuela o corriente historiográfica, se construye hoy como una tendencia histórica para analizar procesos históricos actuales. Los países donde se realiza mayor investigación a partir de la historia del tiempo presente son Francia,¹ Alemania, España y Holanda. Cabe mencionar que los países citados llevan cuarenta años historiando el presente; en Latinoamérica se distinguen Argentina, Brasil y Colombia. En nuestro país, el que lleva la batuta haciendo investigación sobre este tipo de historia es el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, el cual formalmente inició trabajos de investigación en 2015, y el Seminario Permanente de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente (SPHCYTTP) en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Debemos mencionar que la historia contemporánea no es lo mismo que la historia del tiempo presente, ya que la primera analiza los procesos de hace más de cincuenta años, es decir, se encarga de procesos cerrados, mientras que la segunda ha superado el problema de los archivos y trabaja con las pulsiones actuales de manera mundial, y qué mayor pulsión que el acontecimiento, el cual “nos refracta una coyuntura y un proceso y, al mismo tiempo, puede dar origen a una nueva coyuntura y acelerar, desviar o desacelerar un proceso” (Fazio Vengoa, p. 51).

En ese sentido, la historia inmediata es rebatida porque, dicen, los procesos que se estudian desde el punto de vista histórico son procesos cerrados (pero no lacrados) permitiéndole al historiador estudiar el final del proceso. Sin embargo, no sabemos a ciencia cierta cuándo termina o hasta dónde llega dicho proceso, es decir, hacer algo desde el tiempo presente nos permite tener perspectiva de lo estudiado, si decimos que la historia es un proceso en construcción, y este tipo de historia es un nuevo enfoque del

presente que, de inmediato, pasa a ser pasado y nos motiva a repensar la escritura de la historia a partir de una óptica “nueva”.

Desde el punto de vista historiográfico, otra de las críticas más importantes que le hacen a la historia del tiempo presente es su falta de objetividad, ya que, dicen, el historiador no puede ser sujeto y objeto de lo que analiza, pero se olvidan que somos subjetivos por naturaleza, porque trabajamos con emociones e ideología, pasan por alto que nuestro objeto de estudio es el ser humano, y, por tal motivo, el historiador es, muchas veces, actor de los procesos historiográficos que analiza; pareciera que escribir sobre el pasado es garantía de objetividad. Así, trabajar con el acontecimiento, a diferencia de la historia reciente, privilegia la experiencia de los sujetos asumiendo que los procesos abiertos no permiten conclusiones absolutas y, por tanto, las interpretaciones serán más abiertas.

Por otro lado, los historiadores ya no podemos esperar a que pase una generación para escribir historia. Debemos estar acordes con los tiempos actuales, donde los medios de comunicación acercan de manera inmediata al acontecimiento a la gran mayoría de la población. Algunos dicen que se ha democratizado la historia, y nosotros, como científicos sociales, no podemos permanecer únicamente como observadores de los hechos que suceden, pues, como dijera Benedetto Croce: “Toda historia es contemporánea” y agregaríamos, se produce en el presente.

Como se dijo en un principio, todo hecho o acontecimiento merece ser estudiado. En la historia presente, el sujeto va construyendo la fuente tomando lo que la inmediatez nos ofrece, retomando así los testimonios orales, discursos escritos, audios o fotografías, archivos privados, recuerdos, historia oral, entrevistas, publicaciones de la prensa, documentos oficiales y semioficiales como referentes del cambio histórico.²

En cuanto al acontecimiento que nos ha tocado vivir, las repercusiones en todos los aspectos han sido devastadoras: los sistemas de salud, la política nacional e internacional, las economías y las mentalidades se han visto hoy más que nunca afectadas, rebasadas y modificadas. Iniciamos familiarizándonos con un nuevo lenguaje que escuchábamos constantemente y, aunque teníamos idea de a qué se referían las autoridades de salud, no sabíamos a ciencia cierta el significado ni lo que pasaría después.

Ahora lo entendemos perfectamente: fue acostumbrarnos a preferir espacios abiertos que cerrados, a lavar más a menudo las manos, usar cubre-

bocas al salir de casa, respetar la distancia entre las personas, salir lo menos posible del hogar, el ejercicio se hace al aire libre o vía *zoom*, surgieron los gimnasios virtuales; la mayoría de las compras se hacen en línea, el espacio laboral y escolar cambió radicalmente y se hizo doméstico ya que se realiza dentro del hogar cambiando drásticamente la forma de vida de las familias; entendimos y apreciamos la importancia de los espacios abiertos y empezamos a poner atención en la ventilación de los lugares cerrados. En fin, lo aceptemos o no, hubo una transformación sustancial, que ha trastocado la vida cotidiana, laboral, social y cultural de las personas. Pero también nos llevó sin darnos cuenta a apreciar más el cielo y las redes se vieron invadidas de lunas, amaneceres y atardeceres increíbles, y así convivimos más con la familia, descubrimos talentos que no sabíamos que teníamos, como cocinar, aprendimos a estar más nosotros mismos.

Como nunca, la pandemia que vivimos nos demostró que el pasado más reciente lo percibíamos lejano, obligándonos a cuestionar y modificar todo: familia, salud, trabajo, escuela, vida social, en otras palabras no sólo impactó demográficamente de manera global; el cambio en las mentalidades fue avasallador trastocando la vida cotidiana y nosotros damos cuenta de ello de primera mano porque lo vivimos, razón por lo cual decidimos escribir un libro colectivo, titulado *El nuevo Decamerón. Relatos de pandemia*, con la intención de reunir voces representativas de todos los ámbitos sociales, económicos y culturales, constituyendo un ejercicio de escritura catártica y, muchas veces, sanadora, que nos hizo recordar esos momentos aciagos y otras veces esperanzadores.

Decidimos hacerlo a partir de un grupo de lectura en redes sociales; lanzamos la convocatoria y nuestra sorpresa fue recibir casi setenta relatos. Las particularidades de la narración eran simples: debía ser corta, máximo de dos cuartillas pensando que la lectura en las redes es inmediata y rápida; no había edad específica para participar. El único requisito era el deseo de contar su experiencia, vivencia, opinión o perspectiva de un hecho histórico que nos marcará a todos los que vivimos ese año 2020 y lo superamos.

De esta manera, recibimos poemas, cuentos, memorias, crónicas, narraciones, relatos, obra plástica y hasta instrucciones de cómo sobrellevar una pandemia, reflejando el intrincado tejido social pospandemia, narrado por personas comunes de todas las edades, desde niños hasta ancianos, y de todas las clases sociales y niveles educativos. Por ello leemos textos de

amas de casa, estudiantes o doctores en historia, lo mismo de maestros que de pintores u oficinistas y jubilados, y no sólo fueron textos del centro del país, pues llegó un relato de Francia y otro de Estados Unidos, así como de varios estados de la República Mexicana.

No puedo dejar de reconocer a todos los seguidores del Rincón de Lectura, grupo de lectura en *Facebook* donde se lanzó la convocatoria para escribir los relatos que conforman el libro que tienen en sus manos; a los amigos y conocidos que amablemente se unieron a este proyecto de escritura colectiva, pero sobre todo, agradezco la colaboración de Áurea Maya Alcántara, presidente de la Asociación de Historiadores Palabra de Clío, quien me apoyó en todo momento para llevar a buen término este libro; sin sus consejos y recomendaciones difícilmente lo hubiese logrado. Durante el primer confinamiento, salí a recorrer la ciudad en automóvil y con la cámara de mi celular capté las vacías calles que dejaron ver la belleza de los edificios pero también lo desierto de sus calles. Varias de ellas se encuentran intercaladas a lo largo del libro. El cuadro que pintó Adolfo García (autor del relato 40) ilustra la portada.

Finalmente, y como lo hiciera Boccaccio en el *Decamerón*, con los relatos percibimos esa vida cotidiana del siglo XXI, la cual no es diferente a tiempos lejanos. Observamos estados de ánimo que, aunque parecen opuestos, son adyacentes: mientras, para muchos, fue un tiempo devastador, para otros fue reconciliador consigo y con el mundo, y lo más importante, dejamos testimonio escrito de un acontecimiento histórico que parece no tener fin.

NOTAS

¹ En 1978 se crea el Instituto de Historia del Tiempo Reciente (IHTP) en París, con la intención de legitimar esta rama o fragmento de la historia demostrando que se puede hacer historia del presente y no periodismo.

² Robert Darnton anotó en su diario cuando fue testigo de la caída del Muro de Berlín en 1989: “Debo admitir que antes fui de los que menospreciaban el acontecimiento. Pero cuando me he visto inmerso en una ola de acontecimientos revolucionarios, me he encontrado a mí mismo poniendo en cuestión mis certezas antiguas” (Bedarida, 1998. p. 23).

BIBLIOGRAFÍA

- Boccaccio, Giovanni, *El Decamerón*, Francisco Montes de Oca (prólogo) México, Porrúa, 2000.
- Bedarida, François, “Definición, Método y Práctica de la НТР”, N° 20, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense, 1998, pp. 19-27.
- Fazio Vengoa, Hugo, “La historia del tiempo presente: una historia en construcción”, *Historia crítica*, N° 17, julio-diciembre, Colombia, Universidad de Los Andes Bogotá, 1998, pp. 47-57.
- Garay, Graciela (coord.), “¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente?”, *Para pensar la historia del tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*, México, Instituto Mora, 2007, pp. 7-30.
- Canal INEHRM, Mario Virgilio Santiago Jiménez, 19 de septiembre de 2019, “Seminario Institucional la Historia del Presente Mexicano Sesión 6”. YouTube.

Todo lo funesto que pasó
como epidemias, catástrofes y hambrunas
fueron medidas de purificación colectiva,
y después de eso vino un renacimiento,
una primavera.

Georges Duby, *El año Mil*.



Calle La Santísima, 14 de junio de 2020, 16:30 h.

RELATO I
Viviendo en la pandemia
Amajiki Suneater

Dos días antes de la gran explosión nuclear... No, es broma, dos días antes de la contingencia, fui a mi escuela como si fuera un día normal, como cualquier otro, todo normal... Hasta que uno de mis compañeros de clase dijo: "Oigan, ¿Ya escucharon que está el primer caso de Covid-19 en México?" Yo no le creí, porque antes ya había dicho cosas así y eran falsas; después llegó la hora de la salida, mis papás me recogieron y mi papá le dijo a mi mamá: "Ya está el primer caso de coronavirus en México". Yo me asusté un poco, pero dije en mi cabeza, "Bueno, es sólo uno y de seguro lo habrán puesto en cuarentena"; así que creí que no era para tanto, pero no sabía lo que me esperaba. Al día siguiente, en mi escuela a la una en punto llegó la directora de mi primaria y comentó: "¡Hola chicos! Recuerden que hay que lavarse las manos y usar gel antibacterial ¿y es por?" ... "¡El coronavirus!" respondieron mis compañeros al unísono; "así es", dijo la directora y nos dio instrucciones para lavarnos las manos, mientras lo único que pensaba era: esto se puso grave. Después de un rato, se fue y seguimos con la clase. Un rato después, mis papás me recogieron. Estaban platicando cuando, de repente, escuché a mi papá decir: "ya hay más personas contagiadas por el coronavirus y ya los pusieron en cuarentena". Yo me preocupé mucho, pero estaban en cuarentena, eso pensé... pero al siguiente... día, mi... escuela... cerró.

Pasaron cuatro días después del cierre. En mi escuela dejaban trabajos para contestar. Sin embargo, los ejercicios eran demasiado difíciles. Mis papás se turnaban para ayudarme con las actividades, pero mis papás eran

maestros, así que también tenían mucho trabajo por hacer. Pasaron veinte largos días después del cierre. Todo empeoraba más y más; cada vez era mayor el trabajo, el estrés, los contagios... Mis papás se empezaron a quejar de que no les ayudaban a los hijos; era queja tras queja tras queja hasta que un día mientras estábamos trabajando mi mamá, y, de repente, me dijo: “¡ya vas a tener escuela virtual!” Yo me alegré mucho y dije “¡Sííí!” en voz alta. Yo me imaginaba que nos iban a poner los trabajos que nos ponían antes; nos explicarían, los hacíamos, íbamos a poder preguntar, respondíamos y nos podríamos ir... Pero, en cambio, eso no fue así: era como la escuela de verdad, aunque virtual, complicada y difícil.

Mi maestra de inglés era muy buena en presencial, pero en virtual no podíamos hacer casi nada, porque una de las cosas que hacíamos con ella eran pausas activas: bailábamos, corríamos, saltábamos y jugábamos; pero en virtual muchos no tenían el espacio necesario para dichas pausas, así que lo dejamos de hacer. Esa clase era muy cansada y aburrida. Yo pensaba que las clases serían divertidas, pero la peor clase fue, en mi opinión, la de español. Mi maestra no era muy buena con las computadoras. Se salía de la clase cada dos segundos y tenía dos hijos que también necesitaban ayuda con las clases, pero algo bueno es que cada vez mi escuela se adaptaba mejor a la pandemia; por ejemplo, en presencial tenía actividades obligatorias en las que podías elegir en cuál querías estar; eran actividades como artes plásticas, música y danza; también había clases extras llamadas clínicas. Yo asistía en martes y jueves a artes plásticas y lunes y miércoles iba a basquetbol. Recuerdo que me encantaba, algo raro porque yo no soy muy de deportes, pero me gustaba porque mi maestro de basquetbol era muy bueno; nos motivaba a seguir jugando. Sin embargo, en el inicio de la escuela virtual seguían las clínicas, y no era muy cómodo jugar con mi balón en el cuarto. No tenía mucho espacio para hacerlo. Después me enteré que despidieron a mi profesor, por lo que ahora ya no me gusta tanto ese deporte.

Al cabo de algunos días me dijeron que mi abuelo había sufrido un infarto en el corazón. Yo me preocupé muchísimo. Más tarde, mi papá estaba listo para irse. Yo estaba confundido. Entonces le pregunté adónde iba y me dijo: “voy con tu abuela y tu tía a ver cómo está tu abuelo y llevarles algo de comer”. Yo seguía preocupado por mi abuelo, pero me dijeron que estaba en el hospital; pasaron los días hasta que mi abuelo mejoró, pero esa felicidad no duró mucho. Después de un tiempo me dijeron que mi abuelo

había contraído Covid-19; estaba triste y más porque nuevamente se encontraba hospitalizado...

El 24 de diciembre de 2020, durante la pandemia, mientras desayunábamos mi papá me dio la terrible noticia de... que... su... corazón... no pudo más. Yo lloré muchísimo. Mi mamá me estaba diciendo cosas, pero no podía escuchar nada; sólo en mi mente recordaba recuerdos que tenía con él; mi papá estaba llorando conmigo... Aunque me pasó esa tragedia, yo sigo adelante y a pesar de esta horrible pandemia debemos seguir, no nos rindamos. Así que ¡Ve más allá, *plus ultra*!

RELATO 2

Reseña de un amor enfermo

(O una crónica del seguir a la luna en tiempos de pandemia)

Flanapolitano

No en vano quien lea la primera línea de este escueto caldo de garabatos reclamará un plagio hacia los *Fabulosos Cadillacs*. Me justifico: ella pedía que le llamara Luna. Y, en efecto, ejerce sobre mí una influencia similar a la del efecto que tiene en la tierra cuando se avivan las mareas.

A todo esto, a dicho satélite errante conocí a media cuarentena, cuando el “quédate en casa” y las conferencias Gatellianas comenzaban a resonar hartantes y monótonas. Si bien ya le trataba años antes, nunca me había atrevido a acercarme a aquella extraña amiga. Respetaba su majestuosidad y misticismo. Tal vez, por eso, entre broma y broma, en una de las primeras pláticas de café llegamos al acuerdo de que le llamaría “La maga”, tal como la protagonista del famoso relato cortazariano. En unos cuantos meses, viví mi propio eclipse, de la mano del poderío de su andar por las calles del mundo.

El asfixiante uso del pasamontaña medicinal se aliviaba al encontrarse con ella, porque por principios morales o culturales tal vez, pero en una cita, bien podríamos exponernos al virus, pero el rostro no puede ocultarse: ¡qué fortuna no vivir en latitudes libanesas o turcas!

Así, las charlas sobre arte, el compartir historias y experiencias de vida, en compañía de la cafeína, fueron convirtiéndose en actos más o menos cotidianos. Por mi parte, el anhelado perihelio era una sensación latente, pero engañosa. Seguir a la luna, en la ilusión de volverse su cómplice, se

convirtió en una utopía a alcanzar. El momento inevitable llegó adornado de una banca de boulevard público, en el que confesaba mi sentir, con temor a ser aporreado. Pero eso no pasó. Consumar un beso fue el pico de una ilusión que, de a poco, sabría perdida.

Descubrí también su cara oscura: su lucha contra fantasmas internos que han sido una constante en su vida. El contagio del virus a alguno de sus familiares cercanos. No era prudente abandonar. En la escueta experiencia amorosa de un servidor, considero a la lealtad como un elemento indispensable al demostrar el afecto hacia el otro, por lo que permanecer fue una decisión instintiva, pese a saber que la luna ya contaba con un compañero de vida. Si bien es cierto que ello generó desazón y desilusión, fue la Luna quien me enseñó cosas de las cuales, a mi edad, no estaba instruido. Medirse la temperatura y colocarse el elegante bozal medicinal KN-95 fueron actos de rutina que rápidamente se fueron asumiendo como parte del cuidado del cuerpo. Pero ¿y el alma? Porque ¿quién diría que se aprenderían este tipo de cosas durante una epidemia? Si preguntan, sigo amándolo, porque el corazón es terco y no olvida a aquellos que dejan una huella, una marca en el trayecto hacia aquel lugar en el que la finitud se desmorona de a poco, pero del cual, al final, recortamos retazos gozosos para guardarlos en el corazón.

RELATO 3

Sin salud

Renato

La vida solo se escurre
agua que no es asida por nuestros dedos torpes,
viento que se aleja o se acerca
sin dejarnos su vivificante sopor o su congelante aliento.
Así es la vida sin salud,
cuerpo que se arrastra y no camina
y ni siquiera sueña con volar,
todo es lento y sin tiempo,
el dolor te muerde desde el amanecer,
te persigue en tu triste tarde

y es tu vigilia en el anochecer.
Sin salud la ancianidad
llega sin brújula a apoderarse de tus horas,
y los minutos son segundos
o son horas o días, nada tiene sentido,
El Sol sólo sale
y se esconde al horizonte
sin que nuestros huesos y piel se llenen de luz,
y sin que nuestros ojos se cieguen de luminosidad,
nada existe sin salud,
ni el agua vivifica nuestro ser,
ni existe olor de las cosas que nos haga recordar,
ni hay sabor que nos traslade a mejores pasados.
Todo es un presente
sin color ni sabor,
un poco de nuestra felicidad está muerta.
La comida más succulenta
no despierta los instintos descubiertos por Pavlov,
y todo es un trozo de materia para masticar y deglutir
sin gemidos de gozo por comer,
los pensamientos sólo se anclan
en un presente ominoso
en días que ansían el olvido,
en un hoy que transcurre,
transita, se escurre, se fuga
como la música que antes
despertaba la esencia y utilidad
de nuestros brazos y pies,
y convocaba al cerebro y corazón,
a volar al ritmo melódico
de distintos acordes.
Y hoy está paralizado y casi agonizando
Sin salud
nada es igual
ni nada es diferente, sin embargo,
contradicción que anida en tu ánimo

y que apaga tu conexión con el porvenir,
este virus nos arranca
días, horas, minutos,
existencia, vida, sabores, olores, presente
felicidad, abrazos, besos, amistades
pero aun con ello,
sé que toda mi felicidad aún se encuentra
dentro y fuera
a la espera de mí,
cuando el presente sea pasado,
cuando el futuro sea presente
relleno de la luminosidad que sepamos infundirle,
cuando el viento nos haga vivir con su gélido beso,
o su cálido aliento entre a quemar nuestras células por la tarde
y el color de las cosas, su olor, su sabor
nos enrede de nuevo de recuerdos vividos y por vivir,
y los cuerpos que aun desean
ser abrazados y abrasados
podamos vernos las caras nuevamente.

RELATO 4

Hoy me detuve a pensar en mi pandemia del 2020-2021

Luz de Estrella

La vida me dio la segunda oportunidad de vivir, la primera hace tiempo.

Compartiré mi segunda oportunidad de vida, en mi año de encierro por Covid. Estoy revisando, mi diario que escribí en ese tiempo; en sí es una recopilación de hechos, de lecturas, frases célebres, curiosidades, manualidades y recetas de cocina. Son retazos de mi vida.

Pensé que era buena idea tener algo escrito, pero está revuelto como los días que vivió México. Lo inicié en marzo; se fue llenando de notas de lo que hacía o veía en televisión e internet y, al mismo tiempo, poco a poco, se fue haciendo más lejano el distanciamiento social con familiares y amigos.

En mayo, mes de muchas celebraciones, empecé a sentir pesado el distanciamiento familiar y de algunos allegados. Supe de su incredulidad de

lo que ya era la pandemia. Vivían en las orillas de Ciudad de México, no creyeron en la enfermedad y en su comunidad hubo muchos fallecidos, pero no hubo despedidas.

Las llamadas, el uso de WhatsApp y uso de redes se hizo presente. La enfermedad la veía lejana pero tenía precaución. Las compras las hacía una persona, la menos vulnerable. Todo a lavarlo con cuidado, para evitar la enfermedad. Cada vez veía más lejano el fin de esta pandemia y el estar encerrado era necesario.

Fueron pasando los meses en los que cada viernes, por parte del gobierno, escuchábamos o veíamos el incremento de contagiados. Ya para diciembre tenía cierta confianza y salía al mercado a comprar cosas o frutos a mi gusto. También nos reuníamos unos familiares, seis personas algunos fines de semana. ¿Quiénes iban? Los mismos. Nos preguntábamos y nos contestábamos, pero hubo un fin de semana en el que vino un familiar del norte de México, por trabajo a la Ciudad de México; llegó en avión, por seguridad. El domingo nos invitó a comer a su casa de la capital. Esta vez fuimos ocho personas. Vimos un partido de fútbol, pero tenía gripe. Nos comentó que el lunes les harían la prueba de Covid por parte de la empresa. El miércoles nos dijo: “di positivo”. Nos preocupamos pero esperamos los cinco días para hacernos la prueba y no salir falso negativo. De las ocho personas que asistimos nos contagiamos seis; uno de ellos con enfermedad extrema, uno grave, dos adolescentes leves, un adulto joven leve y yo también leve; otros dos a la fecha no se han contagiado.

¿Cómo fue mi proceso o mi segunda oportunidad? El doctor al que acudí me dijo “empezamos de cero, aunque usted ya no contagia a nadie, tiene Covid asintomático”. Me dio tres tratamientos, uno de ellos agresivo, y guardé la cuarentena. En este tiempo fue cuando sentí la pandemia cerca de mí.

Primer año que disfruto mi decoración navideña, la cual puse en noviembre y ver los maratones de películas navideñas. Me dio cansancio y sueño. Me dormía viendo mi árbol navideño que me gustó mucho como quedó, y tenía poca hambre. Algunos familiares y amistades nos auxiliaron en las compras y los guisos navideños. Nos salvamos los seis enfermos de Covid fue uno de los meses más inquietantes para la familia.

Me sigo cuidando. Ya me vacuné y espero pronto abrazar a todas las amistades y familiares.

A la fecha ya no llevo mi cuaderno de retazos de la vida.

RELATO 5

Añoranzas

Ammy

En el año 2020 sólo podemos decir que hubo actividad normal escasamente tres meses, ya que ésta quedó suspendida abruptamente por un enemigo que nos acechaba.

Este enemigo “arrasó” con nuestra tranquilidad y nuestra salud.

Vino y nos negó el poder brindar nuestra ayuda al que lo necesitara.

Al recluirnos en casa nos negó el podernos abrazar, besar, reunirnos y celebrar.

Incluso añoramos las cosas que antes nos resistíamos a hacer, como el ejercicio al aire libre, asistir a nuestros empleos, escuelas o al servicio dominical.

Era terrible el día a día, esperando que llegara la fecha en que este enemigo se empezara a debilitar, como las autoridades sanitarias nos decían, y la angustia al conocer las cifras que nos indicaban, que, por el contrario, éste se hacía más fuerte y letal, parecía que ¡nunca! empezaría ese descenso que tanto esperábamos.

Fue muy triste enterarnos de tantos contagios y celebramos cuando las batallas eran ganadas.

¡Nunca! En nuestras peores pesadillas soñamos vivir una situación semejante, el no poder salir sin un filtro que nos protegiera.

El temor diario de que, a pesar de nuestros cuidados, algún miembro de nuestra familia resultara contagiado, sentimos dolor y coraje al escuchar a los incrédulos inventando teorías de la conspiración y otros minimizando el problema para no cumplir con las medidas, que, según ellos, nos imponían con fines maquiavélicos.

No todo ha sido negativo, ya que, al estar confinados en casa, aprendimos la tolerancia, la solidaridad. Nuestra sensibilidad se acrecentó al sentir el dolor ajeno como nuestro, aumentó o adquirimos la fe en algo superior como sea que lo imaginemos.

Valoramos las cosas más simples al no tenerlas; hubo contrastes en la forma de comportarnos en la pandemia; mientras unos sufrían viendo cómo seres cercanos o ellos mismos perdían la salud.

Incluso el oxígeno se volvió artículo de lujo para los que enfermaban.

Otros tomaban el tema con humor, haciendo memes o burlándose de las regadas de las autoridades.

También eran muchos los que se negaban a tomar las medidas que existían demostrando poco interés a nuestros semejantes.

Aprendimos a la mala lo frágil que es la vida. Tal vez lo sabíamos pero nunca lo vivimos tan cerca.

No olvidemos esta experiencia que involuntariamente tuvimos que vivir y aprendamos que tal vez no haya un mañana.

RELATO 6

La saison des coquelicots

María Delgadillo

El agua es turbia, no quiero entrar, me da miedo. Quiero quedarme en la orilla, sólo mirar de lejos, sentir este vago sentimiento de inquietud, pero no meterme, no meterme ahí.

Lo anunciaron... Todo el mundo está vuelto loco. Nadie sabe lo que hay que hacer, cómo hay que reaccionar. Algunos se burlan, pensando que esto es una broma; otros, presa del pánico, acaparan lo que pueden, y otros piensan que esta pausa será un renacimiento.

Yo? Yo siento que una loza monumental me aplasta lentamente, tan lentamente que podría pedir ayuda, pero no lo hago, no puedo; me quedo muda sintiendo el peso sobre mí, sintiendo mi cuerpo, sintiendo un calor que se expande y que lo llena todo.

Guillermina vino, revisó el refrigerador, me regañó por el moho y las cosas que no me como. Me dijo que los papeles están en orden y que ahora es cuestión de esperar, que el dinero llegará pronto. Espero que sí, la última *update* del juego sale en pocos días. Me dijo que no me preocupara, que todo estaría bien. ¿Cómo puede estar tan segura?

Martha hablo para decir que ni Guillermina ni ella podrán venir. No sabe hasta cuándo esto va a durar; las dos van a trabajar en otro lugar donde las necesitan más que yo. ¿Quién les dijo que yo no las necesito? Como sea, el dinero llegó y pude comprar el juego. Paso la mayor parte del día ahí, es genial.

No sé cuántos días han pasado, pero ya no soporto a los otros jugadores; son unos cretinos. Ninguna noticia de Martha o Guillermina. Supongo

que estarán muy ocupadas salvando vidas o algo así. Salí a comprar comida, pues necesitaba caminar. No hay nada abierto y en el supermercado hay que hacer la fila para comprar dos tomates. Yo paso.

Mi farmacia está cerrada. Hay un papel en la puerta en la que indican dónde encontrar otra, abierta. Hay que tomar el camión para llegar, así que decido que no iré; en los camiones la gente puede sangrar o pueden clavarte una aguja, además de que alguien puede toser. No pasa nada si dejo de tomar los medicamentos; de todas formas me hacen engordar y así nunca podré encontrar el amor.

El agua parece un espejo. Voy a mirar y me veo ahí; todo es limpio y claro. Toco apenas la superficie y el agua está tibia. Se siente tan bien que meto mi mano...

Me gustan las pizzas, son redondas y no tienen mercurio o zinc. Y sólo tienen tres ingredientes: masa, tomate y queso. Perfecto, es todo lo que necesito para vivir sin que nadie me robe mis cosas; además, con las cajas construyo la casa para Matías, que llegó a vivir aquí porque lo corrieron de su casa. Nunca hay que tirar las cajas, tus huellas dactilares están ahí y la gente puede ocuparlas para suplantar tu identidad y cobrar el dinero por ti.

Matías me dijo que si me baño con ropa los virus no podrán tocarme porque todo estará muy limpio. También me dijo que desconfíe del tipo de la pizza, que se quiere robar mis cajas. Ahora sólo deja las cajas frente a la puerta. Antes de abrir reviso que nadie esté cerca, la casa de Matías es muy valiosa; nadie se la va a llevar.

Escuché un ruido familiar. Algo sonaba y sonaba sin parar pero no pude encontrar el lugar de donde venía. Matías me dijo que era el teléfono y yo le grité “¿por qué?”; él sabe que el teléfono está en mi cabeza y que nadie me habla porque yo no quiero. Él se puso triste y se fue a un rincón. No salió de su casa en mucho, mucho tiempo. El ruido volvió a sonar y Matías salió corriendo. Me dijo que era el teléfono y que yo ya no tenía cabeza. Lo encerré en el baño para que aprenda.

Abrí el baño para que saliera, y él estaba en la bañera. Me dijo que metiera flores, que eso me iba a dar la fuerza para cruzar la isla, que el amor estaba del otro lado y que los otros no querían que llegara. Puse las flores en el muro y me metí al agua: *al principio no se veía nada, pero entre más nadaba, más veía la isla y el resplandor detrás, sabía que tenía que llegar y*

Matías me agarraba de la mano, tan fuerte que creí que se la llevaría con él... Bajaba y bajaba y el agua entraba en mí, me rodeaba y me aceptaba como si siempre hubiese sido suya.

Informe de Intervención señorita Julieta Ramírez
15 de abril, 2020

Intenté comunicarme con ella varias veces durante el confinamiento, pero no obtuve respuesta. Intenté comunicarme con sus vecinos, que me informaron que la habían visto salir un par de veces y que recibía comida a domicilio. Al parecer, juega todo el día en la consola, ya que Matías (enfermero de la unidad) me confirmó haberla visto conectada varias veces. He sido afectada a otro servicio durante el periodo de crisis, fecha probable de reincorporación a mi servicio: 11 de mayo de 2020.

VAD programada el 13 de mayo a las 3:00 pm.

Guillermina Romero
Trabajadora Social

Informe de Intervención señorita Julieta Ramírez
14 de mayo, 2020

Visita a domicilio programada para el 13 de mayo. Ayer fui a su departamento y no obtuve respuesta, sus vecinos me dijeron que escuchan ruidos de vez en cuando, pero que no la han visto salir. Siguiendo los protocolos vigentes regresaré mañana con mi colega, la señora Romero.

Martha Robles
Trabajadora Social

Veó una amapola roja en la superficie y quiero tocarla. Matías no me deja y me gruñe, lo miro de cerca y veo sus colmillos... Esto es una trampa. Me suelto y voy hacia la amapola, que me habla, que me grita, que me suplica que la escuche y que me quede con ella. Y yo voy, porque el agua me da mucho miedo, siempre me ha dado mucho miedo.

RELATO 7
Modo espera
La Niña Mala

Algo anda mal?... No sé si la vida, el mundo, el nuestro, está en espera. Mientras volvemos a ser nosotros con nuestras vidas completas y con los otros, me imagino en estado de espera y suspensión. A veces interminable. Esperando el momento para que ella irrumpa, no sé si natural o abruptamente a modo de recuperar lo que hemos dejado inconcluso.

Hasta nuestra existencia por ahora está en modo espera. Mientras esperamos llenamos espacios y vacíos con todo lo imaginable, aseos eternos y minuciosos, comidas a veces creativas y otras solo para salvar el momento, a veces conversando con uno mismo preguntándonos “¿qué más hacemos ahora?”. Vienen los dibujos, los bordados, lecturas, juegos solitarios, escribir, escuchar música, revisar libros, releer algo, caminatas y disque ejercicios dentro de casa, conversaciones con la familia y amigos, largas y no falta la conferencia por obligación vía *zoom*.

La capacidad de hacer cosas me ha sorprendido, algunas por vez primera, luego buscamos la armonía en estos quehaceres, los ordenamos quizá de manera mágica para recordarlos. No dispersos, los unos que tengan relación con otros.

Cuanto me he acordado de Úrsula, ésa de Gabo, periodo de la peste en Macondo, de cómo manejaron evitar el contagio del olvido en el pueblo y pueblos vecinos. Bradbury inevitablemente se asoma a mi memoria: cómo le explicaríamos a eso que llega o nos observa que se trata de una cuarentena interminable para evitar males mayores, si hasta hablamos solos; nos damos ánimos pensando en la luz del túnel, esperando empezar a respirar, hablar y encontrarnos con otros.

En algún momento, la inmediatez en este caso no aplica. Saldremos a la calle a reconocernos, a hablar, a escuchar, a mirar, a estar acompañados y tal vez a seguir solos, recordaremos que en la Tierra y fuera de ella nada existe por sí y para sí.

Esperemos que la transitoriedad en tiempos del Universo sea la nada misma. Mientras, preparémonos para recomenzar, reiniciar nuestro andar, sea cuando sea. No sé si pensando en el camino o en la meta. Por ahora, sólo en el camino... Modo espera, desactivado.

La Niña Mala...



Mercado de La Lagunilla en Comonfort y Eje 1 Norte, 13 de mayo de 2020, 16:30 h.

RELATO 8

En este espacio ya largo, de pandemia, hubo, hay y habrá de todo: bueno, malo, regular, pero no páginas en blanco en la vida de alguien

Lehaim

Pues bien, cuando inició la pandemia en nuestro país, en otros continentes ya se contaban por miles los contagiados y muertos por el agresivo, y casi desconocido, Covid 19. Acá estábamos temerosos y espantados. Teníamos miedo hasta de nuestra sombra. Desde marzo todo mundo literalmente apanicado. Apenas se iniciaban investigaciones respecto al letal bicho.

Se nos decía que estaba por todos los rincones y que con respirar se contagiaba porque se encontraba hasta en el aire. Con el solo contacto con otra persona o animal ya te pegaba. Daba miedo hasta respirar, verdad de Dios.

Había mucha desinformación y, por ende, ignorancia. Esto, aunado al miedo, hizo que todos creyéramos en todo. Por ello, bajaron las cortinas todos los comercios y prestadores de servicios del rumbo: restaurantes, fondas, abarrotes, carnicería, el pollo, verdulerías, panaderías, todo, todo, todo. Sólo una tienda de abarrotes siguió abierta.

Y, como en cadena de transmisión, un aciago día de principios de abril del año pasado varios acontecimientos se sucedieron uno tras otro hasta llegar al meollo de esta historia.

Refrigerador vacío. No sé cocinar ni me gusta. Teléfono de proveedores de comida sin contestar. No contar con ellos. Retiro de venta de alimentos preparados en los dos centros comerciales vecinos. Escaso efectivo. Pantalón sin bolsas. Meter tarjetas bancarias, la del INE y la de *Bienestar* de mi mamá, en una bolsa de plástico y ésta en mi morral. Crédito de celular agotado. Madre enferma sin moverse y dejarla sola. Salir corriendo con carrito de mandado y con muchos nervios a buscar comida y ver la situación.

Uno de los restaurantes estaba y permanecería siempre abierto. Pasé por recarga y mostré tarjeta bancaria para pagar. No, que sólo con efectivo. Con enojo y nervios, metí rápido la bolsa con las tarjetas en la “bolsa” externa del carrito.

Regresé a casa con descanso en alma y mente porque ¡Tendríamos comida todos los días! Busqué las tarjetas para guardar en su lugar y no las encontré. Busqué y busqué por todos lados y nada. Llorando salí y desandé lo andado y pregunté dónde anduve, y nada.

De regreso a cancelar y bloquear tarjetas. Qué raro que en las instituciones gubernamentales y bancarias nunca contestan o lo hacen después de miles de llamadas. Ese día, a la primera, y cancelé las del banco y bloqueé la del *Bienestar*.

No dormí por la de IFE. Sin ella no se hace absolutamente nada. No podría obtener la reposición de las bancarias y las oficinas del INE estaban cerradas. Y ahora ¿cómo obtener dinero?

Al otro día mironeando en *feís*, entré a la página del barrio —que no visitaba en tres semanas— y ¡oh, sorpresa! lo primero que vi fue la foto de mi IFE. Se daba cuenta de que cerca del Metro una persona había encontrado la bolsa de tarjetas y que empleadas de un comercio dentro del centro comercial cercano las tenían en resguardo y previa identificación la entregarían.

No perdí ni un segundo y ahí estaban; las tenía en mi mano pero... ¡chin! inservibles. Cuando menos con la de IFE ya hice los trámites para la recuperación de la bancaria y ya tuvimos dinero.

Lo negro de esta historia fue que, cuando no me aceptaron la tarjeta para pagar la recarga, por los nervios metí la bolsa de tarjetas en una supuesta bolsa del carro de mandado y tenía una abertura en el fondo y se cayeron.

La tarjeta del *Bienestar* de mamá ya no la pude recuperar, a pesar de que hice los trámites como si iniciara, pues por la pandemia no han hecho plásticos, aunque la cuenta sigue viva y acumulando los bimestres.

Al perderla, tenía saldo de 4,500.00 pesos más tres bimestres, más el pago de marcha porque mamá ya partió de este mundo; resulta más de 15,000 pesos. Y siguen depositando, pero eso ya no nos pertenece. Aunque no es una cantidad estratosférica, con la enfermedad de mamá tuve muchos gastos y, con eso, en parte los recuperaría.

Por algún tiempo me lamenté, pero finalmente, y en una especie de sublimación psicológica llegó a mí la paz, concientizando que debido a la pandemia muchísimas personas han perdido trabajo, negocios, ventas, dinero, salud, tranquilidad, y lo más terrible: a familiares, amigos, vecinos. Y yo lo tengo todo. Y yo lamentando una insignificancia.

Esta pandemia me ha dejado el agradecimiento infinito y el disfrute de cada instante que la vida me da.

RELATO 9
El año de la pandemia
Tina Mendiola

Cuando el Covid 19 estaba en China lo percibía taan lejano. Bueno, la verdad se vino a saber tarde; tan tarde que incluso asistió a una concurrida y despreocupada fiesta familiar en febrero. Hizo el viaje que tenía pagado seis meses atrás, “en el nombre sea de Dios que no me pase nada” se dijo a sí misma. El regreso ya fue angustiante, todos usando mascarillas de todo tipo, hasta industriales. Pero en su pueblo la vida seguía sin cambios. Todo transcurría en la mayor normalidad; cuando las autoridades comenzaron a recomendar las mínimas medidas sanitarias; éstas simplemente se ignoraron “qué visiones, andar con cubrebocas”. Las recomendaciones se fueron acatando al ocurrir las primeras muertes. Pero, aún en esas circunstancias, sus vecinos se negaban a aceptar que el causante era el Covid. Ante cada deceso, Ale escuchaba comentarios como “la señora ya era mayor”, “don Lalo era diabético”, “doña Cuca, padecía desde hace tiempo de los pulmones”, “Rosa estaba muy gordita”; se trataba de minimizar el daño y evitar el cierre del mercado; ella lo sabía.

Y los contagios siguieron a lo largo de todo el año. Algunos se recuperaron y otros no. Ale se daba cuenta de los cambios en los rituales en torno a la muerte. Antes de la pandemia, todo el pueblo acompañaba a los deudos al panteón; ahora sólo estaban presentes los familiares más cercanos.

Ale percibía que la gente estaba ansiosa porque se terminara el año, como si con el año se acabará el virus. Pero no fue así. La muerte de dos mujeres de menos de cuarenta años y cuatro niños en la orfandad, les recordó a todos que la enfermedad seguía presente y Ale se preguntaba “¿hasta cuándo?”

En mayo del 2021, ya vacunada, y en el primer reencuentro con sus amigas, Ale las escucha hablar de los aspectos positivos de la pandemia.

- “Voy a caminar diario. Y me he encontrado a familias completas haciendo lo mismo, ¡llevan hasta al perro!”
- “Hemos tratado de alimentarnos mejor. Incluso sembramos hierbas de olor.”
- “Planeé pintar la casa, y un año después el bote sigue cerrado ¡jajaja!”
- “Desinfectar todo lo que entra a la casa se convirtió en un hábito.”

- “Aprecio mucho más a la familia, nuclear y extendida.”
- “No voy a dejar mi cubrebocas, no tengo tanta confianza.”
- Ale las escucha y las mira con cariño. Qué falta le hacían!

RELATO 10

La carrera

Rayito de Locura

Catorce de marzo 2020

1:00 p.m. Reunión familiar en Yautepec de Zaragoza, Morelos. Llegan los primos, sus esposas e hijos. Se prepara la comida de manera comunitaria, platillos de todo tipo, arroz, cecina, longaniza, frijoles, guacamole, salsas, chicharrón en salsa verde y seco, tortillas, botanas, quesos de varios tipos Oaxaca, panela, añejo. Bebidas desde aguas frescas hasta cervezas, tequila, mezcal y otras más.

Se ponen las mesas y sillas en el jardín. Empieza el agasajo a media tarde. Todos participan con gusto y alegría. Las bromas causan risas estridentes; música del gusto de los jóvenes a un volumen adecuado. La comida se pone en mesas para que cada quien se sirva lo que desee y consumir hasta que estén satisfechos.

Se toman cervezas, tequila, aguas, mezcal.

Algunos dicen que yo no puedo tomar alcohol, pues mañana hay una carrera de 10 kilómetros y no quiero llegar “crudo”. Llega el atardecer. Unos se han pasado de copas, pero todos disfrutan ahora de la frescura que ha llegado con el ocaso. Empiezan los cafés y postres, las anécdotas familiares que causan nuevas risotadas entre los parientes al recordarlas.

Las despedidas se inician ya entrada la noche y cada quien parte a su casa satisfecho y contento de haber compartido comida, bebida, risas con parte de la familia.

Quince de marzo 2020

6:00 a.m. A despertar con la emoción de participar en la primera carrera Yautepec-Coxa 2020 de diez kilómetros. Afeitarse, bañarse, tomar agua y listo. Salir hacia el lugar de la cita donde se dará la salida.

7:30 a.m. CDY reunidos los corredores, realizando ejercicios previos al inicio del recorrido. Se comparten bromas y experiencia entre los participantes, comentarios sobre la ruta.

8:00 a.m. En sus marcas, listos, fuera. A correr un trayecto dentro de Yautepec. Los participantes se animan unos a otros. No importa edad, género, posición social. Simplemente se corre por placer de participar en un evento social de manera espontánea.

10:00 a.m. Se acabó. Los corredores han completado su recorrido y se felicitan mutuamente por haber terminado. Se hacen compromisos en espera de la carrera del año próximo.

18 DE MARZO 2020

Las promesas de un próximo reencuentro en la segunda carrera Yautepec-Coxa se acabaron: LA PANDEMIA SE LAS LLEVÓ.

JUNIO 2021

QUINCE MESES DE TERROR MUNDIAL

RELATO I I

El jardín de mi padre

La Guerrera

Como todos los días, mi padre, al despertar, tomaba su café e inmediatamente después bajaba a su jardín (con su paso ya lento).

Sabía el nombre de cada una de sus plantas, a pesar de ser tantas...

Una por una las cuidaba diariamente: bueno, a veces no podía hacerlo, ya que su enfermedad lo estaba acabando.

Así que me encargaba yo de esa tarea (había regresado a vivir con mi padre, para cuidarlo).

Él disfrutaba diariamente ver crecer y florecer a sus queridas plantas.

Un día, mi padre ya no resistió más.

Aunque no falleció de Covid-19, sí lo hizo en época de pandemia.

No hubo ritual funerario alguno.

Faltaron esos abrazos, esa compañía, esas palabras de aliento.

Yo sólo lo tenía a él.

Empezamos esa larga cuarentena sólo sus cenizas y yo.

Bueno, también junto con el “panzón”, así llamaba mi padre, a su fiel amigo perruno, de once años de edad, que sintió (también) su muerte, lo que ocasionó que, por algunos días, se abandonará.

Y la “minina”, una gata que años atrás había adoptado y se había convertido en su compañerita de vida.

Despertaba (yo) diariamente, aun escuchándolo, preocupada en saber cómo había amanecido, pero mi padre, tristemente ya no estaba, había partido para siempre...

Los días se hicieron tan largos y dolorosos, sin poder salir a distraerme, interactuar con más personas, así que mi dolor lo compartí (solo) con el panzón (y ahora) mi minina.

Su jardín, sus plantas (que ante mi depresión ya no les di tanto cuidado) dejaron de crecer, de florecer...

Ante su partida entristecieron también, al igual que yo.

Había días que deseaba partir con mi padre. Todo era triste en casa, con mucha desesperanza.

Viví en soledad su partida, con ese dolor que te llega hasta lo más profundo de tu ser y que me ha acompañado, por tantos días...

Al año de su partida, decidí “recuperar” su jardín, el cual mi padre tanto amaba y había cuidado por tantos años...

Ha empezado a reverdecer, a florecer.

No como antes, como cuando estaba él y platicaba con sus queridas plantas.

Nada será igual.

Ahora me levanto, tomo mi café y salgo al jardín a esperar, como todos los días, a ese pequeño colibrí, que diariamente viene a verme y me deja la ilusión de que no estoy sola, que todo marchará bien.

RELATO 12

Incrédulo

Libra

Es marzo del año 2020. Prácticamente es parte del inicio del año en curso y todos llevamos nuestras vidas normales como siempre (sin pensar que

algo se aproxima). En las noticias se empieza a hablar que se ha presentado una nueva enfermedad altamente contagiosa cuyo epicentro es una ciudad de China y que difícilmente se sabe la trascendencia de este nuevo virus. Rápidamente el virus corre dispersándose en múltiples países que han tenido relación con dicho país y empieza impresionantemente a operar un protocolo internacional donde se cierran las fronteras automáticamente de todos los países y, asimismo, nadie puede entrar ni salir de ningún país del mundo.

De igual manera, el protocolo llega a nuestro país, México, y, de inmediato, los trabajos, escuelas o formas de economía y relación pública se tienen que detener y mantener una distancia que se denomina “segura” entre todos los civiles de la población o comunidad. De inmediato, las acciones de salud pública se ven reflejadas en las instituciones de educación particular y, por mi parte, nos tenemos que ver en la situación de propiamente mantener una distancia y cuidados extremos.

Dentro de tanta confusión que hay en la población no sabemos cuánto tiempo tenemos que estar en la denominada “nueva realidad” y seguir los protocolos de seguridad e higiene. Muchas personas hablan de una cuarentena meramente subjetiva y México destaca a nivel mundial por la nueva implementación de un semáforo epidemiológico donde se determina la situación del país e indica qué clases o sectores de la economía deben operar y a qué aforo máximo de personas se debe atender.

Es completamente, como se ha mencionado antes, “Una nueva realidad” donde la economía de todos los países se ha visto fuertemente afectada y golpeada. Los países europeos (aparentemente más fuertes) se ven increíblemente afectados que hasta deben implementar medidas más radicales para el control de la pandemia en su país.

Por nuestra parte (hablando de mí y mi familia), nos vemos en la obligación, así como toda la comunidad, de presentar también una cuarentena en casa.

Después de un cierto tiempo, ya entrada la situación de la pandemia a nivel mundial y, después de que ya empezaron a aumentar las cifras de muerte de cada país, empiezo a escuchar comentarios de gente conocida que me cuentan de otros conocidos que empieza a morir por dicha enfermedad. Es ahí cuando empiezo a creer en la enfermedad y pandemia, es ahí cuando veo la veracidad de la situación y la salud pública que se ha visto muy comprometida de nuestro país.

Afortunadamente, nadie de mi familia (directa) se ve en la penosa situación del país. Gracias a Dios, nadie de mi familia lejana tampoco se ha visto afectada por la misma situación.

RELATO 13

Ese pequeño pedazo de tela

Mairim

Al inicio de 2020, como un *déjà vu*, así los vi pasar por el vestíbulo de la escuela donde trabajo. En diferente tiempo, un par de alumnos que, con toda seguridad, retaban la disciplina del plantel al ingresar portando “prendas no necesarias”. Sí, dignamente presumían un cubrebocas negro con alguna imagen de animé. Escuché a la encargada de disciplina solicitarles que se retiraran “eso”, ya que no lo necesitaban. “¿Acaso estás enfermo?” preguntó a cada uno en su momento. Y claro que no lo estaban, sólo era moda. Una moda que se impondría un par de meses después, gracias al Covid-19.

Usar cubrebocas, lavarse las manos por veinte segundos, mantener distancia de 1.5 metros (Susana Distancia). Básicamente ésas son las medidas que aprendimos y practicamos de manera rutinaria para evitar contagios por SARS-CoV-2 y no sufrir la terrible enfermedad de Covid-19. Claro que al inicio de este caos, la paranoia se apoderó de todos; y nos dimos a la tarea de desinfectar todo. Aparecieron los tapetes con cloro en la entrada de la casa; nadie podía entrar a nuestro hogar sin antes ser rociado, si no es que bañado, con algún desinfectante casero o de marca. Nos volvimos expertos en protocolos de higiene y seguridad. Así que cajas, despensa, verduras, en síntesis TODO aquello que estuviera cerca de nosotros, debía pasar meticulosamente por algún producto que eliminara el virus. Y claro, nos recluimos en casa evitando el contacto con los otros. La tarea era mantenerse a salvo.

El número de contagios y muertes subía cada día. Por algún tiempo, de manera religiosa, veía el informe del responsable del manejo de la pandemia en el país. Además, tenía información de primera mano. Por lo que sabía lo terrible de la enfermedad y el sufrimiento por el que pasan los enfermos de Covid, cosas que no decían en las noticias. La asfixia provocada por la inflamación de los pulmones, los que tardaban en llegar al hospital y morían en el camino. Cosas que jamás pensamos vivir. Ante este horror, la

mayoría no dudó en usar un cubrebocas. Después de abril, poco a poco fue común ver a la gente por la calle con la mitad del rostro cubierto.

Todo era una locura. Pasamos por la histeria de las compras de pánico de papel de baño, cloro, alcohol en gel, cubrebocas. Cuando en los almacenes y las farmacias había escasez de estos productos, entonces me dio por elaborar cubrebocas de tela. Tan hacendosa y creativa yo. Mi mami me enseñó a coser. Pensé que no sería difícil. Indagué en la videoteca universal llamada YouTube, y saqué mis moldes. Vaya, era tanto tiempo libre que la cabeza requería tener algo en que entretenerse. Puse manos a la obra y creo que me salieron bien. Todos los cosí a mano y los presumí. Tanto que hasta hice para regalar. Aún conservo uno, y pienso que lo guardaré por mucho tiempo.

Cuando tenía que salir a comprar alimentos, en la primera ola de la pandemia, sentía que era la protagonista de algún tipo de película de ficción en plano subjetivo. ¿Pensaba: así me veo? Algo irreal, pero cierto. Veía pasar a gente junto a mí, con el cubrebocas bien puesto, otros apenas cubriendo la boca, otros cansados de portarlo lo bajaban a la barbilla. La desconfianza en el otro se apoderó de mí como de muchos. Caminaba con temor. Miraba inspeccionando a cada persona, supervisando si portaban ese pedazo de tela que ayudaba a evitar contagios.

Poco a poco, el ingenio mexicano salió a flote ante la adversidad y salieron al mercado infinidad de modelos en estampados muy creativos; los bordados a mano son mis favoritos. Incluso los grandes diseñadores hicieron lo propio. Había que aprovechar para vender.

A más de un año de iniciada la pandemia en México, hoy el uso del cubrebocas es parte de nuestra vida cotidiana. Puedes elegir entre colores y estampados que van desde los coloridos bordados hasta los escudos de los equipos de fútbol, pasando por las impresiones de medio rostro para engañar la vista y hacer creer que no lo usas; hasta en la propaganda de partidos políticos. Se han inventado y fabricado portacubrebocas, listones para colgarlos (como los lentes), los refinados transparentes, para que se vea tu sonrisa, incluso escafandras que garantizan purificar el aire que se respira; claro que estos últimos son para los asiáticos y europeos que pueden pagarlos.

Ahora vivimos una etapa distinta: la vacunación. Poco a poco se avanza en inocular a la población. Y pienso ¿cómo será la vida después de la pandemia? Por cuánto tiempo más, después de que declaren que se ha vencido a este enemigo, usaremos este pequeño rectángulo que filtra el aire que res-

piramos. Ese pequeño pedazo de tela llamado de distintas formas: cubrebocas, barbijo, tapabocas, mascarilla, bozal. Cómo sea que lo llames, hoy por hoy y por mucho tiempo será símbolo de protección.

Es increíble, cómo ha cambiado la vida y las costumbres. Ya nunca se escuchará en ningún plantel escolar decir, “¡Hey! quítate eso de la boca”. Ahora nadie entra si no lo porta.

RELATO 14

La pandemia para mí ha sido de todo; tener sentimientos que no había experimentado, como la paranoia y otros que sí había sentido, pero no por tiempo prolongado, como el miedo.

Acróbata de la Pluma

Al inicio de todo esto, las medidas de prevención que tomamos en casa, trabajo y, de manera personal, fueron exageradas, insisto, basadas en la paranoia de evitar el contagio y la ignorancia sobre el Covid-19. Cambiar cada tres horas el cubrebocas, sanitizar en cuanto nos movíamos se volvió la rutina diaria. Salir del hogar con temor de tocar algo y contagiarse estaba a la orden del día, no sé en qué momento comenzamos a relajarnos, de tener un miedo excesivo a todo y a todos, porque no sabías si convivías con asintomáticos o no, fuimos bajando los niveles de paranoia y miedo, por una conciencia de saber que estábamos haciendo lo conveniente para cuidarnos, tomando las medidas de protección básicas de higiene para nuestra protección y que si, en algún momento, el contagio se hacía presente en nuestras vidas, ya era cuestión del destino, no de un error nuestro, y eso nos tranquilizó un poco.

Dejamos de limpiar absolutamente todo lo que tocábamos. En su lugar, nos lavamos las manos con más conciencia y cuidado, compramos cubrebocas lavables para no contaminar aún más. Sólo nos atomizábamos cuando regresábamos de la calle y, poco tiempo después, no tengo la cuenta exacta, pero hoy día ya sólo seguimos con el lavado de manos al llegar a casa, trabajo o de visita.

Eso también fue todo un tema: dejar de visitar a la gente que nos importaba, dejar de acudir a lugares como parques, escuelas, centros de trabajo (que, en mi caso, no tuve cuarentena, pues trabajo en el sector salud), pero



Plaza Tolsá, Calle de Tacuba, 14 de mayo de 2020, 17:00 h.

mis hijas sufrieron la inasistencia a la escuela; extrañan ver a sus compañeros, su rutina diaria en el colegio, etcétera...

En cuanto a mí, como trabajo en el área encargada de adquirir todos los insumos para los hospitales, no tuvimos descanso. Al contrario, el trabajo incrementó y, con eso, la responsabilidad, el saber que se debe comprar todo lo necesario para salvar vidas teniendo en contra el desabasto mundial, el incremento de costos, etcétera... Fue muy pesado, a estas alturas de la pandemia ya ha disminuido esa carga, pero no hemos parado.

Ya para finalizar, quiero comentar que mi experiencia ha sido satisfactoria. Me probó como ser humano. Me hice más consciente de mi capacidad de adaptación y el manejo de emociones. No sólo tuve que lidiar conmigo, sino con las emociones de mis hijas y mi familia, lo cual nos ha unido más.

RELATO 15

Instrucciones para sobrevivir y sobrellevar una pandemia

Victoria Malpica

1. Al inicio de la pandemia, cuando estés en tu casa encuarentenado como todos vas a querer devorar el sinfín de series que tenías pendiente; no lo hagas, pues la pandemia durará mucho más de lo que te imaginas, así que dosifica esas series que tanto anhelabas porque, después, te arrepentirás y terminarás viendo completa *Grey's Anatomy*.
2. Si eres de los privilegiados que hará “trabajo en casa”, organiza tus tiempos y no dejes todo al final, porque estarás reprochándote una y otra vez por qué no adelantaste las labores.
3. Conforme avanza la pandemia te va a dar una etapa de “Robotina” mezclada con Marie Kondo y querrás escombrar, limpiar, organizar, desinfectar y ordenar toda tu casa; tranquilo, es normal.
4. Tu nueva religión será la ropa cómoda y las chanclas, pero no te confíes, cuando pretendas ponerte ropa más ajustada o con la que solías ir a trabajar, pensarás en qué momento esos pantalones de mezclilla o de vestir se convirtieron en un corset; así que trata de campechanear entre la co-

- modidad y la ropa que antes usabas, y no abuses en comprar pants o pijamas, esto pasará.
5. Como no tendrás mucho contacto con el exterior y pasarás muchas horas frente a tu computadora o celular, vas a caer en las compras por internet; ¡Cuidado!, después se volverán compras inútiles que no necesitabas.
 6. Al estar tanto tiempo en casa y sin la opción de pedir diariamente comida preparada, te convertirás en todo un cocinero, aprenderás a elaborar platillos que en tu vida habías imaginado o que simplemente te pensabas un inútil para la cocina, pronto estarás haciendo carlotas de limón y pan de plátano.
 7. Si tienes buenos marchantes de despensa, alimentos, fondas, etcétera, no olvides difundir y apoyar a los pequeños negocios que en esta pandemia la pasarán muy mal. En ese sentido, si eres de los que goza de sueldo fijo durante la pandemia, no seas canalla y despidas a la señora que trabaja en tu casa.
 8. La paranoia o incluso el miedo te llevará a ser hipocondriaco y pensarás que tienes Covid más de diez veces: tranquilo, mantente bien informado y no caigas en las noticias falsas.
 9. Si sobreviviste y llegaste pasado un año después de la pandemia, felicidades, pero si eres de los privilegiados que recibió una vacuna sin tener que viajar al extranjero y, sobre todo, tienes vivos a los miembros de tu familia que más quieres y a amigos cercanos, de verdad lo lograste, eres muy afortunado, deberías comprar un Melate.

RELATO 16

Reflexiones sobre la pandemia

Luz Celeste

Hay momentos en la vida de uno cuando coinciden algunos acontecimientos que te cambian la trayectoria de la vida: un viaje, un amor, una enferme-

dad, un nacimiento, un desastre, una muerte. En marzo de 2020 pasó un evento que cambió la trayectoria de todo el mundo y entramos en una parálisis colectiva que nadie esperaba. Al iniciarse el mes, todos íbamos a nuestros trabajos, salimos a cenar, hacer las compras, planear nuestros viajes, recibir los invitados, abrazar nuestros hijos, pasear con los amigos a tomar un cafecito. En fin, seguir los pasos rutinarios de la vida como en un sueño. Pero, para mediados del mes, de un día para el otro, nos despertamos a un mundo totalmente cambiado. Las tiendas y los restaurantes se cerraron, el trabajo se suspendió; ya no podíamos acercarnos a nuestros amigos, nada de abrazos a los seres queridos, los viajes se cancelaron y nos obligaron a tapar la boca y la nariz. Y así entramos en el largo periodo de claustro.

El culpable de tantos trastornos mundiales era un enemigo minúsculo, invisible al ojo. Lo conocemos por el elegante nombre de coronavirus o también Covid-19. Nos entró subrepticamente por la boca, la nariz, los ojos; se quedó suspendido en el aire que respiramos, pegado a nuestros dedos cuando tocamos alguna superficie contaminada. Tuvimos que aprender nuevos hábitos para combatirlo, como lo de no tocar la cara con la mano, de rociar desinfectante en las manos cada cuando tocamos algo, de sospechar de cada bulto y cada carta que nos llegó a la casa; ¿qué tal si es como el caballo de Troya y esto ocasionara nuestro fin? Salir de la casa para hacer las compras ya requería la preparación de un guerrero enfrentando el enemigo; los guantes, el desinfectante y, sobre todo, la mascarilla. Llegando a la tienda, había que formarse a una distancia de 2 metros y esperar su turno para entrar sabiendo que habría escasez de los artículos más codiciados.

El tiempo asumió una distorsión alucinante; se prolongó interminablemente de hora a hora mientras la vida quedó reducida a las cuatro paredes de la casa con sus actividades repetitivas, despertarse, desayunar, limpiar, comer, leer, cenar, y repetir. Pasaron los meses como si el tiempo se hubiera quedado congelado, suspendido en un mundo de realidad alterna. Los planificadores se quedaron en blanco, sin necesidad de anotaciones. Los relojes se quedaron tirados, olvidados en el mostrador. Hasta que el ingenio humano empezó poco a poco a usar la tecnología para compensar la falta de contacto directo. Y así entramos en otra fase de la pandemia: la fase de *zoom*.

Se popularizó el uso de *Zoom*, hasta entonces una herramienta exclusiva a los negocios de larga distancia, para toda interacción humana desde la instrucción escolar a las clases de zumba. Parientes y amigos se reunieron

en línea; mirar sus seres queridos en diminutivo por la pantalla servía de alguna manera a disipar la soledad y la distancia. De allí se empezó a ofrecer una variedad de oportunidades desde las clases de cocinar a clases de yoga e instrumentos musicales. ¿Quién necesita ir a un restaurante cuando se puede compartir la cena con los amigos encendiendo la computadora, pidiendo que te entreguen la comida a casa, y platicando como si estuvieran juntos? Citas médicas, reuniones, fiestas de cumpleaños, graduaciones, conciertos, clases universitarias, todas las actividades colectivas se adaptaron al formato bidimensional de *Zoom*.

Poco a poco nos acostumbramos a la nueva realidad, y hasta empezamos a vislumbrar ciertas ventajas. Los alumnos enfermos no tuvieron que perder las clases. Podíamos trabajar desde nuestras casas sin tener que luchar con el tráfico dos veces al día, y se abrió un mundo de cultura desde visitas a museos internacionales a pláticas con autores conocidos con el simple pulsar de las teclas. Tuvimos más tiempo disponible para explorar nuestras pasiones y de desarrollar nuevos intereses. Gente profesional se liberó de la necesidad de vivir en centros urbanos cerca de sus trabajos, y escogieron lugares idílicos donde asentarse, causando un incremento vertiginoso en el valor de las propiedades rurales.

Después de más un año de adaptarnos a la pandemia, llegó el invento que tanto anhelamos: la vacuna. Con eso entramos en todavía otra fase: la de la reapertura. Ahora nos toca de vuelta modificar nuestros hábitos y navegar la información conflictiva sobre los riesgos persistentes del virus y sus variantes. Qué raro entrar en una tienda y ver que hay gente con la cara destapada, de salir a cenar con los amigos, de abrazar a nuestros hijos. Todo lo que antes hicimos sin pensarlo dos veces ya se ha vuelto una rareza. Como sobrevivientes de un desastre no será tan fácil simplemente regresar a lo “normal”, sobre todo, cuando la definición misma de “normal” se ha cambiado tanto. Ya se ha abierto la caja de Pandora y lo más probable es que nunca volveremos a dar por sentado los pequeños detalles de la vida que nos ofrecen tanta consolación y sentido.

RELATO 17 Y 18
Amores prepandemicos
Camille y Auguste

Parte I

Queriendo honrar la memoria de los relatos originales del *Decamerón*, quisimos relatar el último viernes antes de la declaración oficial de la pandemia en México.

Llegó el momento de decidir, como cada viernes, a dónde iríamos a comer. Decidimos ir adonde indiscutiblemente hubiera algo que pudiera relajarnos de la larga jornada de papeleo en la que habíamos trabajado.

Cleo, la más familiarizada con los lugares, por llevar más de diez años viviendo cerca, decidió llevarnos a un nuevo lugar. Fue pequeño pero acogedor; lo más importante era que los tacos eran su especialidad; claro, la cerveza de barril no podía faltar para refrescar el caluroso día.

Al entrar percibimos que no seríamos los únicos en el lugar, pudimos reconocer a un par de compañeros que identificamos por el uniforme. Cleo y yo nos sentimos cohibidas. Al venir acompañadas con dos colegas más, lo primero era pedir algo para tranquilizar ese sentimiento que paraliza al entrar a un lugar que está lleno de hombres. Joaquín, como cualquier macho, tomó la iniciativa y pidió por nosotras.

La primera ronda fueron de cervezas preparadas. Pensé: la cerveza de barril no se toma preparada, pero decidí apoyar su decisión y no decir nada; el calor era demasiado y el ambiente clamaba que todos nos sintiéramos en un ambiente mucho más relajado.

Me di cuenta que el alcohol había surtido efecto cuando comenzamos a jugar, cuando ya no notábamos las miradas de los demás a nuestro alrededor por nuestras risas y comportamientos desinhibidos. Los tacos tardaron en llegar, pero las preguntas del juego aparecieron enseguida. Cleo comenzó con el clásico juego de verdad o reto, un juego que para mí resultaba infantil; en mi mente sólo pensaba en que la comida llegara y mi estómago dejara de sonar.

Mientras tanto, Joaquín nuevamente mostraba su iniciativa: aceptó la pregunta, demasiado trillada a mi gusto: ¿qué posición es tu favorita? Sin comprometerse contestó: misionero.

Por fin llegó la comida y con ello un mensaje de otro compañero, que recientemente había cambiado de sucursal, pero que, por alguna razón, seguíamos en contacto. ¿Ya salieron?

Preguntó: “¡Sí, vinimos a comer! ¿Vienes?” La breve conversación finalizó simplemente enviando la ubicación del lugar. Ernesto, un hombre alto, delgado y que por sus ojos claros siempre atraía a las mujeres, se dio cuenta de que enviaba mensajes y sarcásticamente me dijo “¿no pediste permiso?” Sabía que no era necesario darle respuesta alguna, pues nunca lo pedía, pero, por alguna razón, le contesté: “¿celoso?” El ambiente permitía que bromeáramos, disfrutáramos y sintiéramos esa camaradería que no se hace a menos que estés junto a compañeros con los que convives a diario y que debido a las largas jornadas de trabajo llegas a conocer más de lo que quisieras.

Los juegos continuaron y mi turno comenzó. Joaquín, quien había terminado su tarro, hizo una pregunta, que, más que incómoda para mí fue comprometedora para su compañero: “¿A quién elegirías para un acostón, al gerente o a Ernesto?” Supe de inmediato que implicaba decidir entre el gerente, su inteligencia y posición laboral, más que por su físico o contestar de forma esperada por Ernesto, aquel ojiazul que todas deseaban.

No pude evitar contestar con sinceridad e ímpetu, sin saber que eso significa dejar en una mala posición a Ernesto y cumplir con el objetivo inicial de Joaquín, quién desde un inicio comprometió la posición de su compañero y amigo, así que contesté que sólo era necesaria “una buena tuneadita al jefe”.

Parte II

Sabes que te quedarás en un lugar más del tiempo que planeas cuando ves el cúmulo de tarros, las miradas perdidas, las palabras que se dificultan pronunciar y cuando la bienvenida a un ex compañero es más efusiva de lo normal.

Ernesto recibió a Ignacio y tratando de recuperar su posición ante mi último comentario lo hizo partícipe del juego. En su defensa Cleo insistió en que, primero, comiera y tomara algo, ya que también venía de una larga jornada, y tras un trayecto que en sí mismo no habría hecho cualquier persona. Ignacio deseaba integrarse. Rápidamente bebió su cerveza. Argu-

mentó que era mucha la distancia y bebió otra. Nos dimos cuenta que pronto alcanzaría el ritmo que ya teníamos y que la pregunta de Ernesto no esperaría más. Un rato después, sólo escuchamos “¿Cada cuando co**s?” Cleo y yo nos miramos pensando que cualquier respuesta daría mucho de qué hablar, pero no sabíamos que la sinceridad de Ignacio nos dejaría a todos pasmados.

“No lo he hecho desde hace dos años.” ¿Eres casado? ¿Divorciado? ¿Gay? El bombardeo de preguntas comenzó. Sólo veía a Ignacio cuyo semblante era tranquilo, aunque no paraba de ver mi escote. Cleo pronto recibió una llamada y sólo ahí nos dimos cuenta que el tiempo había pasado y tuvo que despedirse. Miré alrededor: era la única mujer entre tres hombres en la mesa. En lugar de intimidarme e irme, decidí quedarme para averiguar la razón por la cual Ignacio reconocía repetidamente mi trabajo y que, en los momentos en que Ernesto salía a hacer llamadas y Joaquín iba al baño, aprovechaba para halagar mi forma de vestir. De un momento a otro estábamos bailando esforzándonos por demostrar que nos encantaba movernos al ritmo de la música. Fue así como recuerdo decirle, “me voy, ¿vas o te quedas?” No dudó en lo absoluto y sólo dijo: “te sigo”.

Decidimos no decir nada. Esperamos el regreso de los compañeros y fingimos despedirnos e irnos cada quien por su lado. Por el retrovisor alcancé a ver que, luego de subirse a su auto, mis compañeros lo detuvieron. Después me contaría que lo habían invitado sin éxito a seguirla a otro lado. Sentí mareo enseguida que salí del lugar. Aun así, no perdía de vista que Ignacio me siguiera. En el primer semáforo tomé el celular para escribir “voy para el departamento, no llegues en una hora, estaré con un amigo”.

Al llegar no tardamos en entrar al cuarto. De ahí, surgieron diferentes posiciones, ideas y conversaciones. Sólo recuerdo haberle dicho: “no te claves, no te claves”; contestó: “demasiado tarde, eres inteligente, guapa y divertida; me atraen las que saben mantener una conversación”.

Se escuchaban los ruidos de la avenida, los coches llegando, el elevador en movimiento, las puertas abriendo y cerrando. Eso no impedía mantenernos concentrados y con la energía como de alguien que no ha tenido relaciones en dos años; así fueron las caricias, la pasión. Al final el cansancio quedó. Recordé que sólo contaba con una hora y le dije: “no te puedes quedar”. Él sólo se levantó y se fue, con esa sonrisa de satisfacción como la de quién logra la mejor venta del año.

Me recosté para recuperar la energía. Miré mi celular y escribí: “¿ya vas a llegar?” Escuché la puerta del cuarto de al lado abrirse con ansia: “Llegué desde hace casi dos horas; dijiste que sólo estarías ocupada una hora y llevas más de dos ahí adentro”, me dijo con un brillo de perversión y satisfacción en los ojos, desesperado porque le contara cada detalle de lo sucedido. Así, con la poca energía que tenía, bailamos el resto de la noche.

Al día siguiente, me esperaba en la cama un desayuno revigorizante. El abundante líquido me permitió recordar pausadamente los episodios que no sabría cuando se repetirían, pues pronto se anunciaría el cierre de oficinas y el trabajo desde casa.

RELATO 19

Mi encuentro con el Covid 19

El Soñador

Cuando empezaron a difundir las noticias por la televisión sobre este bichito tan mortal para toda la humanidad, obviamente me preocupe, más por la familia y los niños que por mí mismo.

Siempre sostuve que había que elevar el sistema inmunológico para poder defenderse del virus. En la empresa donde trabajo se tomaron medidas para no estar siempre juntos por el contagio, con todas las medidas de seguridad, con mascarillas, sana distancia, gel para manos, cloro para limpiarse los zapatos. Y todo lo aplicamos también en casa, con mucha resistencia de mi parte al inicio.

Me comencé a documentar para ver de qué manera podríamos defendernos del famoso contagio. Mi esposa entró en pánico por las medidas de prevención, por lo cual tuvimos varios disgustos. Comenzamos a tomar nuestro limón con carbonato, para hacer nuestro cuerpo alcalino, y, de esa manera, no pudiera entrar el famoso bichito; es lo que recomendaban los que sabían; también compre el dióxido de cloro que era uno de los compuestos que lo podía prevenir y quitar. Toda la familia procuraba cumplir las medidas sanitarias que recomendaban las autoridades de salud.

Las noticias eran terribles: contagios, hospitalización y muertos por todas partes, los hospitales llenos y nos llegaban noticias que allí no les hacían

nada a los pacientes y los dejaban morir, pues no había suficientes equipos autónomos de oxígeno para ayudar a los pacientes.

A pesar de cuidarnos mucho, sobre todo nosotros por ser personas de la tercera edad, se contagió mi hijo y gracias a Dios y a la pronta atención de doctores y de su esposa, después de un tiempo, salió adelante. Poco después, yo fui el contagiado. Comencé con un poco de molestias en la garganta, y todo porque la contadora del trabajo ya traía la enfermedad y no sabía que lo tenía. Obviamente, me tomé una farmacia completa. Me dio fiebre los tres primeros días de 37.4, de 37.2 y de 37. Al cuarto día todo estuvo normal, sin dolores de cuerpo, sin falta de oxígeno, todo bien. Yo decía que nada más me había pasado a saludar.

Dentro de la reflexión en el tiempo de cuarentena, pasaba por mi mente la muerte, pero, como soy positivo, decreté que eso a mí no me iba a pasar; cuando me preguntaban cómo la estaba pasando, decía que parecía que estaba en hotel de cinco estrellas con desayuno, comida, cena y medicinas incluidas.

Me atendía mi esposa que se puso las pilas para procurarme, pero, al quinto día, ella empezó con síntomas, y se cambiaron los papeles. Tuve que entrarle a ser proveedor de desayuno, comida, cena, medicinas y té; así como lavar trastes, barrer y trapear. Gracias a Dios también salió adelante del contagio, un poco más tardado, pero salió bien, a Dios gracias.

RELATO 20

Tiempos distintos, noticias similares

Lauretta

Si crece la epidemia, esta capital ha de ver muchas víctimas...

El Sol, 26 de marzo de 1824.

Acostumbro leer diarios del México del siglo XIX. Más de una vez me he encontrado con noticias de acciones, gubernamentales y particulares, en torno al control de epidemias. En ese tiempo, las enfermedades más comunes fueron el cólera (una bacteria que se contagia por el agua) y la fiebre

amarilla (un virus que transmite por la picadura de un mosquito). Nunca imaginé que sería testigo de una de ellas (tal vez nadie lo imaginó). Se dice que hay que conocer nuestra historia para no repetirla. Se dice...

En 1824, varios periódicos comenzaron a publicar datos sobre el manejo de la epidemia que azotaba el país; si bien varias fueron mundiales, el término “pandemia” —más conveniente— es algo que ha persistido en estos tiempos contemporáneos. ¿Qué ofrecían? “Consejos” provenientes de integrantes de la Junta Municipal de Sanidad, para “las familias que se ven en la dura necesidad de curarse por sí solas, tanto para preservarse de la epidemia actual, como para combatirla”, publicó *El Sol* el 10 de mayo de ese año. El cólera había llegado. Diez años después regresaba. El mismo impreso publicaba en noviembre de 1831, que “la epidemia ha corrido en menos de un año y medio [...] toda la Francia, la Alemania y los Países Bajos [...] cuyos terribles efectos es de sospechar se extiendan a los pueblos que habitan más acá del Atlántico”. La advertencia...

Hacia 1833, la capital y varios estados de la República fueron azotados duramente. El gobierno del entonces Distrito Federal publicó en *La Antorcha*, el 21 de junio, una serie de recomendaciones como “medidas de precaución”. La limpieza fue uno de los ejes. Se debía barrer, de forma diaria, las calles y procurar “el aseo interior de las casas y en los zahuanes, patios y caballerizas”. Y se avisaba que podrían ocurrir inspecciones de la policía. Se multaría a la gente y ese dinero se destinaría a los “gastos de epidemia”. Las acciones...

Veinte años después, de nuevo. Un miembro de la Academia de Medicina leyó un recuento que se imprimió como “cuaderno”, y que era vendido en dos reales en la librería del Portal de Agustinos, en la de Cristóbal de la Torre y en la alacena de Pedro Castro (hoy podríamos adquirirlo en *Gandhi* o *Amazon*). El también director del hospital municipal hacía un recuento de “la epidemia de *cólera morbus* que reinó en México desde principios de octubre a mediados de diciembre del año de 1853”. El anuncio se hizo en *El Universal* el 11 de julio de 1854, cuando todavía se encontraba activa. La memoria...

Ese mismo día, se remataban los bienes que habían pertenecido a una cantante de ópera que había fallecido, tres semanas antes, víctima de la enfermedad, después de un paseo por las afueras de la capital, en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan: “muebles pertenecientes a la inimitable y sen-

tidísima señora Condesa de Rossi doña Enriqueta Sontag, los que se componen de sofás, sillones, sillas y mesas de rosa legítimas, palisandre, caoba y otras maderas finas [...]. Los efectos rematados deberán sacarse en los dos días siguientes al remate”. Treinta años después, en septiembre de 1883, breves líneas aparecían en el periódico *La Libertad*: “Alarma. La hay en Mazatlán, con motivo de las defunciones ocasionadas últimamente por la fiebre amarilla. El Ayuntamiento ha dictado algunas medidas higiénicas para contener los avances de la epidemia”. En la misma página se invitaba a organizar una “velada” en recuerdo de la soprano mexicana Ángela Peralta, quien había fallecido días antes, debido al también llamado “vómito negro”. Había cantado dos óperas con su compañía en el teatro de esa población. La pérdida...

Al revisar este tema en los periódicos del siglo XIX me doy cuenta de la relevancia de la Historia (con mayúscula). Lo importante de conocerla, de estudiarla, de comprenderla. Si la tuviéramos presente, nos daríamos cuenta que lo que hemos estado viviendo. Ha sucedido en otras épocas, pero con una diferencia. Hoy con más conocimiento de causa, aunque a veces, no lo parezca.

RELATO 21

A pandemia... buena cara

PpDays

Todo comenzó con una invitación a que me quedase en casa. Bastó la suspensión de labores en la institución gubernamental donde me desempeño, ilógicamente como Jefe de Grupo, sin tener a mi cargo persona alguna, para quedarme en el pequeño departamento que rento en la colonia Del Valle. El trabajo de “oficina en casa” ofrecía algunas complicaciones que con el tiempo se fueron subsanando.

Desde la sala donde instalé mi escritorio provisional, podía mirar el edificio de enfrente con sus siete departamentos. Tuvieron que pasar un par de semanas para percatarme que, exactamente desde un costado de mi sillón, podía ver con mucha claridad los movimientos de una vecina, que con su ir y venir no podía pasar desapercibida, recorría su sala, el comedor y al fondo la cocina, así como el pasillo que finalmente la llevaba a la recámara.

Los calurosos días de junio me ofrecieron espectáculos únicos: ella, mi vecina con ropa ligera, limpiaba los ventanales y quitaba el delgado cortinaje para lavarlo. Yo juraría que en más de una vez se percató que la observaba con enorme curiosidad. Era mágico el efecto que provocaba penetrar sin permiso en la vida íntima de esa mujer joven, sola y sin una historia para mí.

Se agudizó mi interés cuando una noche me di cuenta de que ella también me espiaba. La sorprendí oculta tras un perchero donde colgaba bolsas y ropa. Fingí y seguí con el torso desnudo haciendo tareas innecesarias, que disfrutaba pensando en que yo le podría inquietar.

Puede decirse que poco a poco generamos una comunicación visual, donde el pudor fue escaseando mientras transcurría el tiempo.

Los fines de semana eran los predilectos, los viernes y sábados, eran de intensas jornadas nocturnas, en las que ella se mostraba tal cual con la naturalidad de Eva. Entrara o saliera de bañarse, se despojaba de su ropa enfrente de mi ventana y se vestía de igual manera. Yo disimulaba indiferencia y adoptaba una actitud semejante. Me quedaba semidesnudo y, durante un tiempo, así me mantenía. Hasta que sentía que era el momento de hacer mi parte. Me despojaba del resto y pasaba de un lado a otro con cuidado y con la luz de las lámparas estratégicamente instaladas, trataba de regalarle la mejor expresión corporal. Establecimos un diálogo visual exquisito y lleno de vida. La firmeza de su cuerpo, sus formas y el movimiento de su cabello eran un espectáculo único. La vi y sentí intensamente, cuando con sus caricias encendía el fuego de ambos. Ya no había disimulo. Me retaba con su lejana mirada a que disfrutara por donde sus manos pasaban. Podía, mientras percibía en mi oído sus virtuales suspiros, oler a la distancia su perfume y efluvios más íntimos. Fue una explosión mutua, lo supimos cuando, después de esa liberación de energía, abrimos los ojos sin prisa y nos miramos íntegros con una mirada plácida.

RELATO 22

Las lecciones de la pandemia

José Luis Chong

Debo considerarme afortunado. Como jubilado no tuve que salir durante la pandemia a “perseguir la chuleta” como millones de mexicanos que, no

obstante el riesgo, lo hicieron. Para el gobierno fue sencillo decir “quédate en casa”, ignorando la necesidad de una gran mayoría que “viven al día”. Siendo el que esto escribe población vulnerable, el terror a la sola posibilidad de ingresar a terapia intensiva a un hospital Covid me hizo buscar las ventajas de vivir enclaustrado como monje cartujo.

Me dije: “si tantos han vivido (desde el siglo vi) en retiro espiritual y, lejos de salir locos, salen del claustro fortalecidos y hasta robustos, alguna ventaja debe tener el aislamiento además de evitar el contagio”. Así dividí mi jornada diaria según las “7 horas canónicas” de San Benito, para mantener la mente ocupada en vez de estarle buscando “chichis a las hormigas”, que, por cierto en Coyoacán hay muchas. La idea principal era, por salud mental, mantener la jornada diaria de 7 a 23 horas sin cambio.

Tomé las tres primeras jornadas (*maitines*, *laudes* y *prima*) para hacer ejercicio y salir a caminar con cubrebocas y por la mitad de la calle con Tonga (mi perra), tomar alimentos sanos y en porciones reducidas (por fortuna, la entrega a domicilio en empaques sanitizados sigue siendo extraordinaria). La lectura de *La Jornada* y las revistas *Proceso* y *Nexos* culminaban la mañana y la hora de la comida.

La “hora nona” (3 pm) la utilicé para una siesta restauradora, para continuar la lectura y ejercitar dedos tocando el piano. A la “víspera” (6 pm) tomaba merienda frugal y nuevamente lectura con libros comprados por *Amazon* con entrega el mismo día. A partir de “completas” (9 pm) un vistazo al mundo exterior en *TV Noticias*, seguido del análisis siempre comedido de Leo Zuckermann, para apagar la luz a las 23 horas. Debo agregar que un tequila siempre me ayuda para leer el pentagrama y dos copas de vino tinto con la cena me ayuda a conciliar el sueño.

Creo haber sobrevivido el encierro sin queja. Me ayudó mucho no haber participado en redes sociales reenviando desinformación sobre el Covid y las elecciones intermedias de AMLO.

Descubrí *zoom* para ver interesantes conferencistas y mantuve comunicación diaria por internet con familia, novia y amigos, y lo mejor de todo, no ingresé a la gráfica de fallecidos del *Dr. Muerte* (López Gatell), ni gasté un centavo en ropa, zapatos, enseres domésticos o visitas a restaurantes y, finalmente, me suscribí a *Netflix* para ver magníficos documentales y películas los fines de semana.

Pienso seguir siendo cartujo, no tengo queja.

RELATO 23

Así fue, así es

Nirvana

Hace más de año y medio en las vacaciones que se encuentran entre un semestre y otro, decidí entrar a un trabajo que me ayudara a tener más experiencia en mi ámbito profesional y, si no era posible, que fuera algo que, de alguna manera, me ayudara a obtener nuevos conocimientos acerca de algo que, de igual manera, fuera de mi interés. Así, decidí buscar un empleo y, por suerte, allí donde fui a dejar mi solicitud y el lugar era de mi agrado. Me pidieron asistir a mi día de prueba el cual tuve con éxito para después ser contratada.

De tal modo, conseguí el empleo que me ha hecho crecer personal, laboral y mentalmente. Al principio entré como empleada y estuve a prueba por una semana y luego por un mes, el cual recorrí con éxito y posteriormente tuve que aprender todo lo referido a ese negocio de giro cosmético y perfumería. Nunca en mi vida había tenido experiencia en ese rubro, pero finalmente era algo que me gustaba mucho y me apasionaba. Así que decidí seguir y aferrarme a quedarme, ya que las condiciones de trabajo y ambiente laboral no eran muy claras, en realidad, pero me gustaba mucho el *test* con la gente y aprender cosas nuevas día con día.

Así, decidí quedarme hasta que llegó el momento en que se retiró una de las personas que estaba laborando y era la encargada del lugar y, por ende, su compañera y mano derecha también optó por irse, quedándome únicamente yo, sin tener todo el conocimiento previo que debería tener para estar al cargo de la tienda. Con el tiempo subí de puesto a ser la encargada de las dos sucursales con las que contamos. Así, continuando con el reclutamiento de nuevo personal y adiestrando a las personas que iban quedándose para aprender al igual que yo.

Poco a poco, y con el tiempo, supe cuáles eran los objetivos de la empresa, las metas que debíamos de tener, y fui teniendo mejor trato con el cliente. Comencé a tener una buena habilidad para las ventas y así enseñarles a las personas cómo vender, actuar y hablar delante de los clientes.

Sinceramente aprendí muchas cosas que no sabía. Jamás en la vida había usado una terminal bancaria para hacer cobros con tarjeta de crédito, tampoco una computadora con un programa especial para hacer todas las

notas de las ventas de las sucursales. Por tanto, comencé aprender a hacer facturas y hacer inventarios.

Así como he vivido momentos difíciles para tomar clase mientras trabajaba y atendía a los clientes, podría decir que ha representado el reto más difícil que he tenido que pasar para seguir estudiando y trabajar, no tener vida social por el horario de trabajo y dormir pocas horas por las actividades de la escuela, y así he vivido el tiempo de pandemia, sin rendirme y trabajo duro para pagar la escuela y superarme.

RELATO 24

El gran cambio

El Poeta del Mal

Todo fue tan inesperado
Lo que acontecería sería muy recordado
Un desastre preapocalíptico jamás deseado
Este virus no respeta a ningún humano.

Han sido meses de desesperación y muerte
Y a la vez nos ha dejado una gran lección
Es un monstruo que llegó y vulneró hasta nuestra mente
Aprendimos que en la vida a veces no hay elección.

Crearon vacunas contra esta serpiente de diez mil cabezas
Y, aun así, no hay garantía del no contagio
Sin embargo, fe y esperanza es lo que deberán tener las personas
En algún momento llegará un buen presagio.

Ha llegado el momento de tomar conciencia
Dejar de lado el egoísmo y el pesimismo
Tenemos que valorar nuestra permanencia
Y entender que todos los seres humanos somos uno mismo.

RELATO 25

*Las pandemias en la Historia... parecían muy lejanas,
las pandemias en las películas... más cercanas*

Irene Maya

Empecemos hablando sobre las etapas de la pandemia del Covid-19.

Al principio, todo era cotorreo: que todo había empezado porque un chino se había comido una sopa de murciélago; todos los memes habidos y por haber aparecieron, que no se festejarían los cumpleaños, pero tampoco contarían; pensábamos que estaba hasta China, pero en un mundo globalizado muy rápido nos dimos cuenta que se fue acercando hasta llegar a nuestro país.

Después nos empezamos a preocupar sobre ¿si tomarlo en serio o no?, sobre cómo cuidarse, ¿qué hacer y qué no? Llegamos a un punto de paranoia colectiva. El virus podía estar en todas partes. Siguió el incremento en el número de casos y luego muchas muertes. La ardua labor de doctores y enfermeras en la lucha por salvar las vidas era la esperanza de la sociedad.

Pasemos a pensar en lo bueno y malo de la pandemia...

Lo bueno... Parece ser que el *zoom* fue la salvación de la sociabilidad. Ya se tratara de *zooms* familiares o de trabajo se volvieron la única forma posible de no exponerse a los contagios y mantenerse en contacto con los seres queridos y con los colegas de trabajo. El *zoom* también vino a ser un sustituto de la educación presencial, largas jornadas de maestros y alumnos que terminaban exhaustos después de muchas horas diarias.

La familia nuclear se mantuvo reunida. Siguió... el arte de cocinar... comida saludable, como un recetario hecho por varias amigas con las mejores recetas de cada una. La cercanía y compañía de las mascotas, así como la jardinería, fueron otro pequeño gusto durante la pandemia.

Y lo mejor de todo fue el avance de la medicina y la ciencia. Por fin... después de meses de larga espera... la llegada de las vacunas = LA SALVACIÓN DE LA HUMANIDAD.

Lo malo... es que nos dimos cuenta de la vulnerabilidad de la especie humana. Siguió el confinamiento y, con ello, el encierro y la incertidumbre de la duración de la pandemia.

Las tareas del hogar se incrementaron, sobre todo, para las mujeres, curiosamente después del 8M 2019. En el hogar... hubo pleitos, discusio-



Calle Francisco I. Madero, 14 de mayo de 2020, 17:15 h.

nes, roces, enojos a consecuencia del encierro, entre la pareja y con los hijos.

Los días seguían su curso natural, pero la salud mental de la sociedad estaba en peligro... estaba presente también... EL MIEDO a enfermarse y, desde luego, a morir. LA MUERTE estaba al acecho y más cerca que nunca.

Daba también coraje... la ignorancia y la incredulidad de algunos, así como el egoísmo y la poca empatía de otros.

Luego vinieron las consecuencias del confinamiento, puesto que la pandemia duró más allá de los tres meses que se suponían inicialmente y sus terribles consecuencias: la parálisis económica y el desempleo de buena parte de la sociedad que, aún hoy, intenta recuperarse de esta debacle.

Los amigos quedaron tristemente reducidos a los de las redes sociales, ya fueran estos reales o virtuales. Por cerca de un año, la única diversión al exterior fue ir al supermercado.

A manera de conclusión... ¿Qué tanto hemos reflexionado sobre lo que es importante en la vida? Después de toda esta experiencia ¿hay alguna lección aprendida? ¿Predominará el egoísmo, la desigualdad y la polarización en nuestras sociedades? Seremos mejores humanos o viviremos igual que antes de la pandemia. Queda la duda.

RELATO 26

Un bello recuerdo de infancia

S. Mar

De las cosas más bellas que he vivido durante estos tiempos convulsos, ha sido el hecho de llevar a cabo el taller literario *Ágora de las letras* con los estudiantes de la Secundaria 99. Es la mejor manera que se me ocurre de resistir el azote de la peste que actualmente nos tiene contra la pared. ¡Estoy muy emocionada porque hoy tendremos nuestro segundo día de taller literario, un maravilloso espacio para leer en comunidad! A mí me emociona muchísimo leer, no hay nada más fascinante que la lectura. ¡Me encanta la lectura! Y, por eso, hoy recordé la primera vez que tuve un libro en mis manos, cuando tenía apenas cuatro años y no sabía leer letras, pero aprendí a leer en ese mismo momento las imágenes que ilustraban mi libro de cuentos de Hans Christian Andersen. ¡Sé, ése fue mi primer libro! ¡Lo re-

cuerdo con gran emoción y cariño! Recuerdo a mi padre muy emocionado cuando un día llegó a casa con un montón de libros para mis hermanas y también para mí. Traía una hermosa biblioteca con cuentos, novelas, una enciclopedia, un diccionario muy grueso, al que le llamaba “el libro gordo”, y un hermoso atlas mundial. En ese tiempo mis hermanas cursaban la secundaria y yo era la pequeña de la casa. ¡Sí, la consentida de mamá y papá! Recuerdo que mi padre puso en mis pequeñas manos un libro grande con cuentos bellísimamente ilustrados (el de Andersen que ya les conté) e inmediatamente lo comencé a hojear. ¡Que fascinación! Cada personaje que encontraba me encantaba y divertía, pero he de confesar que otros también me asustaban, como la bruja de la cueva marina del cuento de “La sirenita”. El personaje principal del cuento del “Traje nuevo del emperador” me hacía reír mucho por su panza y altivez con la que estaba desfilando desnudo ante sus súbditos. Pero el cuento que me hacía entristecerme mucho era el de “La niña de los fósforos”...

Realmente los libros han sido mis grandes amigos y compañeros de vida. El día que Papá llevó esa maravillosa colección de libros a casa, me llamó poderosamente la atención otro libro mucho más grande que los otros; así que, en cuanto terminé de hojear el libro de Andersen, tomé el siguiente libro que era nada más y nada menos que ¡un fantástico atlas mundial! Y, desde ese mismo momento, me quedé enamorada de los mapas y de la geografía. Qué lindo recuerdo. Realmente fue uno de los días más alegres de mi vida. Desde entonces, los libros me llevaron a viajar en el tiempo, a conocer el mundo, a dialogar con grandes hombres y mujeres de otras épocas. Porque en los libros nos cuentan sus vivencias, sus imaginaciones y fantasías, sus pensamientos, sus aventuras, los chismes de sus épocas y sociedades. No cabe duda que los libros nos hacen pensar, imaginar, soñar y emocionarnos, porque, a veces, nos hacen reír mucho y otras también nos hacen llorar. Tal como dice Carl Sagan: “los libros son la prueba de que los humanos podemos hacer magia”. ¡Y hoy viviremos un día mágico!

RELATO 27
Noche de invierno en pandemia
S. Mar

El viento suena estruendoso y potente, en realidad fantasmagórico... Es la madrugada del último día del año 2020, fecha en la que llegó la pandemia a este otro lado del mundo, América, justamente al occidente de donde inició la pesadilla. Habíamos calculado con los estudiantes (entre temor e infructuoso deseo de que nunca llegara a suceder) que, entre marzo y abril, posiblemente se manifestaría un primer caso, pero, en realidad, llegó antes. Nuestra prospección no fue del todo acertada, pero lo peor del caso es que lo hayan ocultado a la población y dieran el anuncio después de la primera semana de marzo. Por lo pronto, me he quedado con la duda si el mentado virus haya pasado a darme una visita repentina o haya sido la insolación combinada con alguna otra virulencia, después de una intensa jornada de protesta. Lo que sí tengo como certeza es que el domingo 8 de marzo, después de estar en la primera fila de la marcha, al llegar a casa, tenía una fiebre de 39.5 grados, la cabeza me estaba explotando y mi garganta se había cerrado, tomé un remedio casero, de éstos que sólo la fe ciega hacen que funcionen, y al menos en mí funcionó.

Recuerdo que hice el reporte telefónico sobre mi malestar y me prometieron que pasarían a realizarme la prueba del Covid-19. También me dijeron que me aislara. Aseguraron que me pasarían a visitar, pero ¡qué val!, a la fecha los estoy esperando.

Lo bueno es que mi remedio dio tremendo resultado, a pesar de que ya no pude regresar a trabajar, después de unos días de intensa tos, terminé superando mi cuadro patológico. Sin embargo, desde esa ocasión a la fecha mi brazo izquierdo quedó debilitado sin causa aparente, pero me empeño en ejercitarlo levemente con la esperanza de que vuelva a estar como antes de esta pesadilla.

Sigue el viento con tal furia, que el silencio se intimidó por su bramido. No es para menos, ya que, además de gélido e intenso, hace que las láminas que cubren el espacio de lavado de la casa contigua batallen con él por los azotes que les inflige. Intento dormir, pero no logro conciliar el sueño, malestar que llegó con la pandemia, al menos en mi caso, porque jamás padecí de insomnio, pero ahora me cuesta mucho dormir, seguramente porque

no gasto la energía que solía gastar. Aunque confieso que también he pensado que debe ser el miedo o quizás la incertidumbre de no saber en qué terminara este capítulo de nuestra historia en esta relatividad del tiempo.

El reloj marca las primeras dos horas del último día del año 2020, el cual quedará en la historia como el año en que la pandemia llegó a México y extendió una oscura sombra que nubló los sueños de muchas personas que ya no están aquí. Podría escribir un cuento de terror, pero lo cierto es que no se me ocurre terror más grande que lo que ya estamos viviendo.

Cierro mis ojos nuevamente, intento dormir, espero que esta vez no sea fallido.

RELATO 28

Carpe Diem

Merlín Avalon

El año pasado trajo para mí el conocimiento de que ese “algún día” en que sucederá nuestra muerte, puede ocurrir en el siguiente minuto de vida. Se acortaron las distancias entre el hecho real de la muerte y la conciencia de la misma.

Al principio de la pandemia, estaba seguro de que se trataba de una especie de renacimiento; de que teníamos que soportar algo que terminaría con todos los males de la tierra, algo así como el río que, aliado con el flautista de Hamelin, había terminado con la plaga de ratas de la que hablaban los hermanos Grimm. Las noticias sobre las fábricas cerradas, las ciudades vacías y los delfines acercándose a las playas, eran para mí algunas señales de que el planeta parecía limpiarse, no sólo de la basura, sino de un cansancio producto de vivir a toda prisa.

También, por esos días, había leído algo que todavía reforzaba mis pensamientos hacia la pandemia y el encierro. No lo recuerdo bien, pero afirmaba que, en algunos relatos bíblicos, después del encierro había seguido una especie de iluminación. Yo pensaba en el relato de Noé, por ejemplo, que después de encerrarse con su familia y los animales en un arca de madera, soportó el gran diluvio para luego repoblar la Tierra.

Asimismo había leído sobre la historia de Jonás, que, encerrado en el vientre de una ballena, había reconsiderado su posición ante Dios y se

había vuelto un profeta que había traído la iluminación a la gente. Por otro lado, había rastreado las primeras palabras del *Zaratustra* de Nietzsche, que un día se había levantado, había salido de la cueva de su encierro y le había dicho al sol estas bellas palabras: "...gran astro, ¿qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas?" y, posteriormente, había salido de la cueva para predicar su mensaje. Otra vez, la iluminación después del encierro.

Y de eso creí que se trataba: vendría una nueva humanidad que, en lugar de alejar las utopías, se alimentaría de ellas. Al principio, pensaba que, en realidad, un mundo nuevo se acercaba. Por mi parte, incluso me empecé a gustar el tema del encierro. Creo que yo mismo encarnaba todas las características del ermitaño: trabajaba en casa, hablaba con mis alumnos desde casa y ahí, en casa, me sumergía viendo cómo crecían las semillas que había plantado en las macetas, por lo que diariamente tenía bastante tiempo para regarlas y observarlas. Me pareció un sueño disponer enteramente de mi tiempo libre sin emplearlo en los enormes recorridos que todos los días hacía para llegar al trabajo o para regresar a casa después de terminada la jornada laboral.

De repente, comprendí la verdadera razón detrás de todo ello, quiero decir que lo comprendí en carne propia. El Covid me ponía la realidad en la cara: mi madre de 91 años y mi sobrina se contagiaron. Vivían en el mismo departamento y también vivía con ellas mi hermana, quien llevaba ya tiempo luchando contra el cáncer y se encontraba en un periodo de quimioterapias, así que no debía contagiarse, simplemente no podía. Fueron días en los que el insomnio venía puntual a las tres de la mañana, por lo que estar despierto a esa hora tratando de dormir, se convirtió en una rutina. Llegaban los amaneceres y, con ellos, el empiezo de la jornada, y todas las noches venía el miedo venía a visitarme como un perro fiel pero impertinente.

La enfermedad pasó cerca y atrapó a amigos y familiares. La muerte por Covid, por lo general, era piadosa en cuanto a que no era una enfermedad larga. Un día la prueba daba positivo y, a partir de ese momento, la persona luchaba por su vida, si es que podía.

Mi madre y mi sobrina libraron la enfermedad pero mi hermana fue derrotada por el cáncer y hoy me pregunto si habría podido vivir, si no se hubieran tenido que adquirir la gran cantidad de dosis con que fuimos vacunados, y si esos recursos se hubieran empleado en obtener importantes

medicamentos que ya están protocolizados para otros tipos de cáncer, pero no para cérvico-uterino. Nunca lo sabré.

Muchas veces decimos: “algún día me voy a morir” y, por lo general, pensamos en esa fecha y la situamos muy lejos en el tiempo. Tal vez pensamos que no sucederá pronto o, por lo menos, creemos que ese momento no está a la vuelta de la esquina. Un día moriremos, no hay ninguna incertidumbre al respecto, pero considero que ello debe influir en la manera en que vivimos el presente. Después de todo, y como sucedía en los relatos, después de mi encierro hubo una iluminación que fue el hecho de comprender con conciencia la antigua exhortación latina: aprovecha el día y confía en el futuro.

RELATO 29

Sin título

Cecilia Navarro

Atendiendo a la convocatoria para escribir mi experiencia en este periodo de pandemia de Covid-19, ¿qué decir? Fue una sorpresa recibir las noticias, los comentarios de la aparición de esta terrible enfermedad. Coincidió este hecho con mi diagnóstico de cáncer de seno que me confirmó el doctor el 12 de marzo de 2020. Urgía que me operarían. Mi proceso de aceptación de esta enfermedad se anuló. Tenía que apresurarme a decidir y aceptar que me tenían que operar, y, así, el sábado 4 de abril de 2020, me operaron. Me sentí muy afortunada de saber que ese cáncer estaba encapsulado, y por recomendación médica tuve que ser sometida a treinta radiaciones. Tenía que cumplir este tratamiento, y mi visita a los hospitales diariamente a las 8 de la mañana tendría que continuar. Mientras tanto, afuera, en la ciudad, en el mundo, la pandemia de Covid 19 avanzaba. Fue impactante saber que en la oficina había compañeros infectados, y esto provocó que todos mis compañeros de trabajo tuvieron que retirarse de la oficina y trabajar desde casa. Imaginar que esas oficinas tan vanguardistas, modernas y construidas con los mejores materiales de construcción, no nos podían tener a salvo, y yo, en mi deambular por los hospitales, a revisiones médicas, a radiaciones, a diversos análisis médicos, fue un verdadero tormento. Ver la ciudad vacía y sentir mi organismo y mi memoria ausente, aunado a mi escasa capacidad



Plaza Alfonso García Bravo en Calle Manzanares y Jesús María, 14 de mayo de 2020, 17:30 h.

de concentración, hasta que una mañana fui testigo de la llegada de un infectado, en camilla encapsulado, custodiado, sí, custodiado por personal en uniforme médico también totalmente blindados, parecía como una película de ciencia ficción. Me aterró de saber que era una realidad. Me impidieron el acceso al hospital. Ya no quería saber nada de mis radiaciones, de mi continuidad de tratamiento, ya no quería entrar al hospital. Llegó a apoyarme mi esposo, quien había ido a estacionar el auto, mientras yo era testigo de todo lo anterior. En ese momento me percaté de la fila de ambulancias estacionadas a las afueras del hospital, que esperaban su turno para entregar a su paciente. Sentía que era el fin de nuestra humanidad. Le dije a mi esposo: “vámonos de aquí, ya no quiero entrar a ese hospital, ya no quiero nada, vámonos a la casa”... Ya no debemos salir, de escribir estas memorias, se me regresan esos recuerdos, tan penetrantes en mi ser, en mi conciencia. Creo que nunca los olvidaré, y debía continuar, apenas llevaba quince radiaciones.

Era a finales de mayo de 2020, éstos fueron los recuerdos más desgarradores de la pandemia. Mi cáncer paso a segundo término. A veces pienso que, gracias a la pandemia, tomé acciones inmediatas para la cirugía a la que fui sometida. Gracias a eso aproveché el tiempo y me operaron oportunamente. Para finales de junio 2020, se acabó mi incapacidad. Tenía que reincorporarme a trabajar en *home office*. Mi capacidad de concentración seguía nula, afectada, ausente, que, cuando la fui recuperando, fue a fuerza deirme enterando cómo estaba el mundo, con esta maldita pandemia, y ahora seguía el recuento de los daños, cuántos muertos, cuánta gente tan querida y tan valiosa fue muriendo en un tiempo que no le correspondía, desde el locutor de la estación de radio que escucho, a mi cantante preferido, y mis hermanos —sufrí la pérdida de dos hermanos en menos de seis días—, y el esposo de mi amiga de más de 42 años. Qué triste y lamentable lo que estaba sucediendo. A veces sentía vergüenza de saber que yo seguía viva, y nunca he dejado de agradecer a Dios esta nueva oportunidad de vida. Viviendo veinticuatro horas, siete días a la semana, con la familia, me sentía extraña, ya que yo siempre estaba fuera de casa trabajando, ausente de este mundo que hoy nos exigía quedarnos en casa.

RELATO 30
Sin título
Nube de Algodón

Hola. Soy Fernanda y hoy te quiero contar cómo pasé la cuarentena, qué experimenté, etcétera.

Yo al inicio estaba tranquila, pero después me desesperé, y no estaba de buenas y mi experiencia no fue de las mejores, porque casi nada hacía y yo me aburría mucho, me desesperaba, etcétera.

No salía y me puse muy mal. Casi se podría decir que entré en un estado depresivo. Y cada vez me acostumbré más, y poco a poco se me fue quitando. Y así fue mi experiencia y ahora estoy muy feliz, porque ya casi voy a entrar a clases presenciales, claro con todas las medidas sanitarias.

RELATO 31
La rebelión interior

Yo creo que una de las experiencias de mayor reto durante la pandemia fue no poder salir o reunirse con otras personas. El invierno, en este sentido, fue bastante demostrativo, porque quizás fue la época en que algunos experimentaron mayor soledad, añoranza y hasta una profunda melancolía. Ver al otro, abrazarlo, expresarle la alegría que te causaba verlo. Todo aquello se convirtió en un lujo, en actitudes prohibidas y prácticas que se hicieron a escondidas para no ser juzgado, para que nadie te dijera, en caso de que te contagiaras: “Ya ves, te lo dije”.

En estos tiempos, la soledad fue un desierto de añoranzas en que se recrearon innumerables espejismos. Veíamos en nuestra mente a nuestros seres queridos y pensábamos en ellos como si fueran aquello que más anhelábamos. Los veíamos con amor y sólo recordábamos los buenos tiempos. Y así, la soledad, como un desierto caluroso, nos engañaba con espejos de agua, a los que, una vez terminada la pandemia, llegaríamos para luego darnos cuenta del engaño.

Durante la pandemia, a muchos se nos olvidó lo mal que la pasábamos con aquellos que la vida nos puso en consanguinidad. Dejamos de ver sus defectos, las viejas prácticas, las descalificaciones, las acusaciones y los jui-

cios. Nos dio amnesia: ya no nos sentíamos incómodos en medio de aquellas reuniones. Ya no nos sentíamos descartados o minimizados. Por el contrario, imaginábamos deliciosas tertulias en las que sólo reíamos, donde sólo había generosidad y respeto por la maravillosa individualidad de los miembros de aquel increíble festín. Éramos unidad.

En nuestras ensoñaciones pandémicas, la locura también nos abordó. Jurábamos que todos aprenderíamos una lección que, cuando esto pasara, las personas, las cosas, serían diferentes. El mundo iba a cambiar y seríamos mejores. Y es que nos sentíamos tan solos, veíamos todo con tanta lejanía, que nos confundimos hasta el punto de alcanzar un cierto grado de locura.

Cuando inició la campaña de vacunación, la esperanza de volvernos a ver se había hinchado tanto. Aquellos sueños invernales estaban a punto de convertirse en realidad, nos volveríamos a ver. La emoción estaba a tope, los achaques que aquellos días de soledad habían generado, estaban a punto de ser curados por nuestros seres queridos, pronto ya muy pronto, nos volveríamos a sentir bien otra vez. Estar en su presencia sería el bálsamo que nos sanaría para siempre, porque nunca más nos volvería a doler nada.

Nuestra visión estaba nublada, como cuando llueve mucho y el agua, que cae copiosa, en el vidrio de la ventana, nos distorsiona las imágenes del exterior. Cuando finalmente la tormenta amaina, el agua, poco a poco, va dejando espacio para que nuestros ojos enfoquen de nuevo y vean con claridad lo que se veía distorsionado por la tormenta. Así fue el reencuentro con aquellos con lo que soñábamos, con aquellas figuras amadas que hasta poderes curativos les dimos.

Cuando la pandemia comenzó a retirarse, empezamos a ver con claridad aquello que nuestra soledad había deformado. Nos volvimos a encontrar y ahí, en esa anhelada reunión, los espejos de agua que habían prometido saciar nuestra sed, se convirtieron en arena, aquella amnesia a la que nos habíamos aferrado desapareció y, de golpe, lo olvidado se convirtió de nuevo en nuestra realidad. La incomodidad había regresado, las viejas prácticas, las descalificaciones, las acusaciones, los juicios y los silencios desaprobatorios; todo aquello nos hizo sentir de nuevo descartados y minimizados.

¡TÚ ESTÁS MAL! ¡TÚ TIENES QUE REFLEXIONAR! ¡TÚ TIENES QUE CAMBIAR! Y así aquellas ensoñaciones pandémicas que alimentaron la locura de aquel que simplemente anhela ser amado, fueron borradas de un plumazo. Si

queríamos formar parte del sueño, debíamos dejar de ser quien éramos para alimentar con la negación a nosotros mismos, la felicidad de otros. ¿Y el dolor que se supone ya no íbamos a sentir? ¿Dónde está el bálsamo que nos iba a sanar?

Y entonces viene la rebelión interior.

No se nos da la gana de negociar, de editarnos para que otros sean felices; de volver a asistir a una reunión y sentir como el corazón late a mil por hora porque se tiene miedo de lo que pueda ocurrir. No volveremos a sentarnos en una mesa donde no se puede ser, donde no se puede hablar, reír, contar un chiste, donde uno no se puede equivocar. No queremos regresar a ese lugar donde alguien sólo está esperando a que nos enganchemos en alguna discusión para levantar el dedo y señalar. No queremos regresar a un lugar donde la incomodidad con uno mismo llegue al grado de sufrimiento, porque, a pesar de todos los intentos que se hacen por estar en paz, ésta es imposible. No regresaremos a un lugar donde nos veremos forzados, a nombre de la puta prudencia, a aceptar el ser descartados o minimizados. No iremos, no vengán, no hablen, no estén presentes porque si para ello hay que pagar este precio, YA NO ESTAMOS DISPUESTOS A PAGARLO. ¡VÁYANSE A LA MIERDA!

Nos rebelamos y nos quedamos en modo pandemia. ¿Para qué vacunarnos si de todas formas no nos vamos a inmunizar de los juicios, palabras hirientes, poco consideradas y acciones poco amables de los otros? La vacuna no nos previene contra eso.

Así que...

#Quedateencasa

RELATO 32

Una niña en pandemia

Delayla Campero

Hola, soy Delayla. Tengo once años y nunca esperé vivir una pandemia. Ha sido toda una aventura.

Al principio, y creo que también ahora, ha sido divertido y relajante no ir a clases. El pasado año escolar lo terminé haciendo casi nada y ahora voy a clases virtuales, pero aprovecho para desayunar, platicar con mis amigas,

ver *tik toks* y relajarme, porque es muy cansado estar en la computadora, sobre todo si dejo que se acumule el trabajo que nos deja la *miss* mientras atiendo mis múltiples ocupaciones de las que ya les hablé.

Se me hace muy emocionante que me haya tocado vivir esta situación. Creo que es algo muy especial que no se había vivido en muchos años. Por eso quiero dejar mi testimonio sobre lo bueno y lo malo de esta pandemia.

Lo malo es que se ha muerto mucha gente, que ya no podemos salir, que mucha gente se ha quedado sin trabajo y que muchos niños no tienen oportunidad de tomar clases virtuales. Eso me entristece y deseo que pronto podamos estar vacunados y que todo vaya regresando a la normalidad.

Lo bueno es que estoy más tiempo con mi familia, que nos hemos aprendido a cuidar un poco más. Todavía nos falta, y algo bueno para mí, aunque un poco egoísta de mi parte, es que no tengo que ir a la escuela. Tal vez algún día me arrepienta de haber cursado casi media primaria en línea, pero por ahora no tengo muchas ganas de regresar.

Aunque debo admitir que me hace feliz saber que ya hay una vacuna y eso da una gran luz de esperanza para que la pandemia por fin termine y pues, ni modo, sé que eso implica regresar a la escuela pero estoy dispuesta a pagar el precio.

RELATO 33

Perro que ladra a veces muerde

Nekane Beitia

En las siguientes líneas, trataré de plasmar mi recorrido por el año 2020 y los meses que llevamos de 2021. Debo advertirles que cuando platico mi drama del último año y medio, a veces causo algunas risas. De hecho, a la distancia, creo que he aprendido a reírme también de mí.

Empezaré mi relato platicándoles que, cuando escuché por primera vez la palabra “Covid”, sentí que era una enfermedad muy lejana a mí, que ni era tan grave ni tan contagiosa, que se quedaría en China y que en México la recordaríamos por los memes que aludieron a una sopita de murciélago. Decía que era demasiado escándalo y que perro que ladra no muerde...

De pronto, llegó el 13 marzo de 2020 y entonces una alarma se despertó en mí, sobre todo porque estábamos a dos días del cumpleaños de

mi papá y esta vez la celebración sería en grande. Pero, bueno, regresemos a aquel viernes 13 por la tarde en que justo cuando recogía a mis hijos de la escuela, escuchaba que tal vez habría una suspensión de clases y se tendrían que tomar medidas, como tomar sana distancia y usar cubre bocas, entre otras. La verdad se me hizo muy exagerado y, por supuesto, decidí seguir con los preparativos de la fiesta. Eso sí, compre una gran botella de gel antibacterial y se las ofrecí a mis invitados para que se sintieran tranquilos. La fiesta concluyó sin mayor contratiempo, aunque, a medida que pasaron los días y que empecé a ver que el virus era un asunto serio, crecía mi temor de que algún invitado hubiera podido tener el virus. Afortunadamente no fue así.

Los siguientes días que se hicieron meses. Me la pasé muy pendiente de todos los noticieros donde la constante era la gran cantidad de muertos en Italia, en Madrid, en Nueva York. Empecé a hacer mucho ejercicio y a incrementar nuestras raciones de ensaladas y frutas. No me perdía las conferencias de López Gatell, el subsecretario de salud encargado de la pandemia, en la que puntualmente a las 7 de la noche, hablaba del incremento de casos y de las comorbilidades. Yo escuchaba sentencias de muerte; me preocupaba la avanzada edad de mi papá, la hipertensión de mi esposo y de otros seres queridos, mi sobrepeso, además de que veíamos que el virus también atacaba a personas jóvenes. Durante todo ese tiempo sentía que jugábamos a la ruleta rusa y que, en cualquier momento, nos tocaría a nosotros, porque cada vez había más casos y muertes cercanas, y una de mis mejores amigas estuvo muy muy grave por esa enfermedad. Por eso, exageraba mis medidas de sanitización, nos aislamos casi totalmente de las demás personas, aunque mi esposo tenía que trabajar y sólo él salía al súper. Hicimos un bunker de nuestra casa. Sentía que afuera estaba un perro asesino que ladraba mucho y que definitivamente nos atacaría sin piedad si se le presentaba la oportunidad. Sin embargo, al mismo tiempo, me sentía segura porque en casa, porque según yo, con las medidas, nunca nos daría.

Así, llegamos a noviembre de 2020, el jueves 26, mi esposo llegó del trabajo y me dijo que sentía un poco el cuerpo cortado. Le tomamos la temperatura y tenía 37 grados. Nunca, nunca me imaginé que fuera algo más. La pesadilla apenas empezaba...

El viernes y el sábado siguió con la fiebre, por lo que mi amiga (la que había estado muy grave) nos aconsejó que le hiciéramos la prueba, la cual se hizo el domingo. Nosotros estábamos seguros de que no era necesario, por-

que no tenía Covid, pero cómo él tenía que ir al trabajo, necesitaba tener la seguridad de no contagiar a nadie. Entonces llegó el martes y con él la noticia que nunca esperamos: Covid POSITIVO. Cuando mi esposo me leyó los resultados, sentí que el perro, del que tanto me había cuidado, estaba adentro de mi casa y atacando a mi esposo.

Los siguientes días fueron una pesadilla. El perro nos acechaba a cada momento, ya que todo el tiempo viví con el temor de que los demás empezáramos con síntomas. Veinte días con sus noches llenas de terror, pero todo sucedía en mi mente, porque en realidad mi esposo sólo tuvo cinco días de fiebre leve y dos de fiebre un poco más alta. Las ambulancias que se escuchaban en la calle alentaban mi miedo y las noticias me acribillaban, los hospitales se estaban saturando.

Pasaron 21, 28, 30 días y más y el perro no se iba (a pesar de que ya éramos negativos a Covid). De pronto, empecé a sentir cosquilleos en las manos, en los pies, palpitaciones, sudoraciones, hipotensión, y juraba que esta vez moriría. El doctor urgenciólogo me dijo que no tenía ningún signo de alarma, que no me estaba infartando y que necesitaba un psicólogo y/o un psiquiatra. Yo no le creí. Después fui con mi ginecólogo que me revisó minuciosamente. Me hizo ultrasonido de todo el cuerpo y llegó a la misma conclusión: mi enfermedad era mental, no física. No le creí. Llegué con mi doctor homeópata y él sólo me mandó medicina para los nervios, porque no me encontró ninguna enfermedad. Seguía sin creerles, pero hice un trato con mi esposo: si iba a terapia psicológica y seguía con mis mismos síntomas, me llevaría con el cardiólogo... Entonces llegué con mi querida doctora Mireya y ¿qué creen? El perro se fue y con él mis síntomas...

RELATO 34

Pandemia

Vala

De pronto, la vida, tal cual la conocían las generaciones contemporáneas, dio giros inesperados.

Algunos matrimonios han terminado en medio de lo hoy conocido como Covid-19, familias distanciadas a causa de problemas que no se habían tenido tiempo de atender anteriormente o bien, víctimas del mismo

virus y, a su vez, nuevas parejas han iniciado historias que contar, creando futuros aún desconocidos. Miles de familias han perdido seres amados. El desempleo ha aumentado y el vandalismo con él. Realmente situaciones no muy alejadas de la trivialidad antes de la pandemia. No obstante, hay algo que ha cambiado. Actualmente las personas han sido forzadas a pasar tiempo con ellos mismos, a conocer sus miedos, inseguridades, deseos, sueños que alguna vez abandonaron, en general.

Por mi parte, he construido historias interminables en estos meses que, a diferencia de muchos, me han resultado maravillosos. Ha sido oportunidad de desechar los cimientos viejos e inestables en los que me encontraba y reconstruir nuevos escenarios a partir de la nada. La finitud de las cosas son a menudo rizomas para nuevos comienzos. He dispuesto de lo que parece una eternidad para tropezarme y levantarme, para sufrir, llorar, aprender, disfrutar y volver a reír.

La pandemia me ha arrebatado de formas diversas a personas que amé con todo lo que una mujer pudiera llegar a amar a otro ser, pero con ello aprendí a seguir de pie. Perdí un estilo de vida al cual me afiancé durante siete años. Se fue el amor, el trabajo, el hogar y, con ello, gran parte de mí, ¿y ahora? Todo está aún medio jodido porque, de pronto, nada tiene sentido, pero ya no es diario y eso es suficiente.

De repente, haces cosas y te das cuenta que la vida no se detiene por nada, pero que puedes detenerte tú. De vez en cuando, si es necesario, puedes quemar y te puedes romper de vez en cuando, al final, ¿acaso no somos humanos? Seres que son sensibles y reaccionan a estímulos variados, seres que viven, sienten, sufren y se alegran, contruidos de sensaciones efímeras y experiencias que jamás serán borradas de su ser.

Hoy no extraño nada. Hoy no, justo ahora no. Sé que las cosas se irán acomodando poco a poco a medida que así lo desee. También sé que siempre puede ser peor, pero de ahí proviene la reflexión misma: ¿hasta dónde, de qué forma y hasta cuándo?, ¿cómo deseas vivir el tiempo en que estás o el que te queda? Bien, pues yo decido descansar, dejar de pensar en tanta basura que hay alrededor y construir buenos momentos; vivir bellas historias que dejen tras de sí recuerdos que ni siquiera una pandemia puede arrebatarnos. Se vive y se muere, se sufre y se disfruta; hay colores grises y otros más iluminados, el lienzo y lo que cada quien dibuje sobre él; eso lo opcional.

Yo agradezco que el reloj se “averiara” un poco, que todo de pronto tomó una pausa, un respiro que nos ha sido regalado para analizar la historia que cada quien está construyendo sobre sí mismo. Todo tiene su tiempo y hoy es mi tiempo de descansar.

RELATO 35
Ladrón de sueños
El Huchapotamo

La ventana por la que miro luce apagada. Me pregunto “¿qué pensarán mis vecinos?, creerán que sigo vivo, o que me mudé, o que estoy dormido... o que simplemente desaparecí en el rumor de la noche... ¿pensarán mis vecinos?” Hoy no puedo dormir, el reloj ha dejado de marcar desde hace tiempo, pero calculo que deben ser las dos de la mañana.

Mis ojos se han acostumbrado a la penumbra; el sueño vive en el olvido, lo mismo ayer, igual que el lunes y tal vez igual que la semana pasada. Creo que lo he perdido como quién pierde el control del televisor.

Desde las alturas puedo contemplar mi parte de ciudad, la calle con sus luces timoratas, los autos que lentamente ruedan sus pesadas cargas y un silencio indescriptible de un barrio apenas vivo. Salgo al balcón para descubrir que la fría llovizna, más que refrescar, quema. Algunas ventanas familiares lucen apagadas, mientras otras encienden con un fulgor mortecino; en ellas prefiero no mirar.

Más allá, una luz ilumina una parte del paisaje que consideraba inerte. Del inesperado resplandor la calidez se comienza a derramar. Mientras miro atento, un sonido turba el instante, lo acompaña un intermitente carmín: sube, baja y se aleja, abriéndose paso entre el laberinto de las avenidas. Y se repite y se repite, sonido tras sonido, momento tras momento.

En la ventana nueva se ve movimiento, mientras una persiana a medio abrir lucha por contener la refulgencia creciente. Pero el derrame es inminente, se doblega e inunda y la oscuridad brilla resplandeciente.

Me ha cegado, mis ojos acostumbrados a la penumbra tardan en ajustarse. La lluvia sigue cayendo. Miro fijamente y tras el cristal veo a una mujer, en cuyo rostro cansado se dibuja una breve sonrisa, y en sus brazos lleva un

bulto pegado al pecho. Parece un bebé, es un bebé... Su madre lo alimenta y su calorcito vuelve la noche día. La avalancha me envuelve.

Mis ojos se comienzan a cerrar, el sueño llega como un ladrón en la penumbra. Voy al sofá y el lecho se va amoldando a mi cuerpo. Pero la visión no se va de mi mente, veo el fulgor, el carmín, el silencio... pero también el caudal, la refulgencia, al niño y la sonrisa de la madre... La esperanza.

El sopor me invade y mi cuerpo va descendiendo lentamente a la profundidad onírica. Con los últimos resquicios de razón me llega un pensamiento fugaz, ¿cuándo se irá el olor a muerto?

RELATO 36

La vida detrás del zoom

Amada Quemper

Un día más, una semana más, es lunes. Enciendo el ordenador por la mañana a la misma hora de siempre. Es nuevo y apenas estoy comenzando a entender las funciones básicas de su sistema operativo. No dejo de pensar cada mes cuando llega el estado de cuenta bancario, que durante un año lo estaré pagando, pero termino resignándome al no haber otra posibilidad, puesto que se ha convertido en la herramienta más importante de mi trabajo: impartir clases, ahora en línea. Abro la sesión de *zoom* y uno a uno comienzan a llegar los estudiantes, a quiénes autorizo el “acceso al aula”. Éste es uno de los grupos con los que trabajo mejor, quizás porque habíamos comenzado el curso de manera presencial. No obstante, durante este tiempo han madurado y sus participaciones cada vez son más puntuales y profundas. Sin embargo, hoy les veo en la pantalla con el rostro adusto y reina el silencio. Hoy no hay risas que secunden a mis malas bromas. Durante la clase anterior comenzábamos a hablar acerca de la Revolución Cubana y había mucho entusiasmo en el ambiente, el cual compartí cuando me percaté que, entre estos jóvenes, que están por concluir el bachillerato, la figura del Che sigue siendo un referente importante. Pero el día de hoy nadie pedía la palabra, ni ponía comentarios a través del *chat*. Algo estaba pasando. Así, que de pronto y sin más preámbulo, interrumpí la exposición y lancé una pregunta abierta hacia el grupo:

—¿Qué ocurre?

—Es que en la clase anterior, Javier se desvaneció —afirmó Eunice.

—¿Cómo que se desvaneció? —pregunté, pensando que se trataba de una metáfora referida a la digitalidad.

—Se desmayó, estábamos en la clase y lo vimos caer de su lugar. No reaccionaba. Después vimos cómo llegaba su hermano a auxiliarlo —explicó Ana.

El hecho me asustó, aunque he de confesar que sentí un gran alivio de no haber presenciado dicha escena y sufrir una gran impresión. Después de conocer la razón por la cual Javier no se había conectado a la clase, y preguntarles a sus compañeros por su estado en ese momento, fue necesario dejar a un lado a la Revolución Cubana. Quedaron en el aire, el *Granma*, Fulgencio, Fidel y el Che, dedicando el resto de la clase a una suerte de terapia grupal en la que los estudiantes expresaron libremente sus emociones y sentimientos, al momento de preguntarles cómo se sentían. Así, las participaciones comenzaron a fluir, dejando ver el cansancio ante la carga excesiva de tareas y el insomnio, la tristeza por no ver a sus familiares y amigos, o porque el virus había causado estragos en sus hogares; la incertidumbre ante un mundo en decadencia, pero ahora convulsionado por la pandemia y el hartazgo ante la monotonía que se entremezcla con síntomas de ansiedad y de depresión. Por el resto de la clase, nos permitimos llorar y cuando llegó el momento de desconectarnos un aire de alivio se dejó sentir en nuestro salón virtual. Sin duda alguna, hoy estudiantes y profesora nos llevamos un aprendizaje: todo programa de estudio, en un contexto de adversidad, debe ser flexible y dejar un tiempo para preguntarnos y respondernos ¿cómo nos sentimos?

RELATO 37

Un cambio de vida, un mundo diferente

Absalón

Comenzaba 2020. Como cualquier año en sus inicios, se acababan las fiestas decembrinas, todos regresan al trabajo, de regreso a un nuevo año con la vida cotidiana. Las noticias en nuestro país en esos días era que en China llegaba un virus y comenzaba ya en algunos países. Recuerdo que para

ese entonces (mediados de enero), la gente hablaba de que el virus llegaría a México, mientras que otros decían que eso no sucedería.

Era febrero y el virus llegaba a más países y las noticias aquí eran que podría llegar, que era una posibilidad. Uno lo veía de cierta manera cerca, pero en lo personal lo veía venir.

Llegó marzo, el mes que siempre recordaremos. A inicios vi a mi mamá, puesto que no vivimos juntos, y recuerdo que le pregunté: “¿crees que llegue aquí el virus y sea muy grave?” A lo que ella respondió que sí, que lo veía venir muy cerca.

Recuerdo muy bien que iría a un concierto de mi grupo favorito, al Foro Sol, el día 15 (por eso tengo muy marcado ese día), pero al enterarme que el virus había llegado al país, decliné asistir. El fin de semana siguiente se declara el encierro en todo el país. Todos entramos en preocupación. En mi caso, en mi trabajo, nos preguntábamos qué iba a pasar, si sería presencial o no, si el sueldo bajaría o se mantendría igual. Para mi buena fortuna, mi sueldo no se redujo. El tema fue que me tocaría ir de forma presencial toda la semana, pero debo reconocer que, en ese sentido, fue extremadamente comprensible, puesto que nos pagaban lo mismo y nos rotaban semanalmente.

Aquí comencé a notar una vida diferente, desde el poner un pie fuera de casa y traer puesto el cubrebocas, y ver a todos así. El transporte público estaba demasiado vacío, toda la gente en la calle (la poca que salía) andaba bien protegida.

Hay que ser sinceros, al inicio de esto, todos, absolutamente todos teníamos miedo de contagiarnos y pensar mal, al grado de morir.

Fueron pasando los días y no sé si las cosas seguían igual o peor, pero la vida se sentía muy distinta, un ambiente pesado, se notaba que esto no estaba bien. Entramos en esperanza cuando dijeron que sólo duraría un mes, pero, bueno, hoy sabemos la historia.

Otra cosa que me impactó desde ese momento y hasta hoy en día, es el supermercado, jamás iba a pensar que para entrar debíamos hacer una larga fila, y mucho menos que aceptaran a una persona únicamente. Eso entre mil cosas más.

Todo era muy distinto: se acabaron las salidas, no había cines, bares, centros comerciales, etcétera. Se acabaron todos los deportes en todo el mundo, se cancelaron todos los eventos posibles. Realmente estábamos viviendo otra vida.

Fueron pasando los meses y uno ya se iba acostumbrando o adaptando a la “nueva normalidad”. La gente estaba a la espera de la vacuna. Todos entramos en desesperación. Del mes de agosto a septiembre comenzaban a abrir establecimientos al 30 por ciento. Creíamos que esto ya acabaría, pero el gusto nos duró muy poco. Yo seguía con la misma mentalidad y forma de vida.

En lo personal, la única parte buena de esta pandemia fue vivir junto a mi pareja por semanas completas. Cuando me tocaba descansar toda la semana, me iba a su casa y ahí estábamos encerrados, pero nos ayudó bastante para conocernos como pareja. Es el bonito recuerdo que me deja. Actualmente ya no es así, puesto que sus padres estaban de viaje en otro país y no podían salir por la pandemia.

Para finales de año vino la parte negra. En mi trabajo muchos comenzaron a contagiarse, el semáforo estaba en rojo, no había lugar en los hospitales. Realmente sentía que esto estaba nada bien. Las fiestas decembrinas estaban por llegar en la primera de ellas, recibí una noticia no muy agradable, que incluso aún no asimilo del todo, y que nos pegó muy fuerte a toda la familia.

Algo que, de cierta manera, veía lejos, pasó.

Inició 2021 y todos nos hicimos la idea de que sería exactamente lo mismo. La buena noticia es que llegaron las vacunas y comenzaba a vacunar al país.

Hoy me siento feliz, agradecido con la vida. A pesar de que el Covid se llevó a alguien muy importante de mi vida, me siento tranquilo con esta nueva normalidad. No sé cuánto más vaya a durar, pero ya me adapté. Desde salir de casa y usar el cubrebocas casi de inicio a fin del día, hasta desinfectarlo todo. Estoy a la espera de mi primera dosis de vacuna y seguirme cuidando como lo he hecho desde el primer día.

RELATO 38

Recuerdos del “Padre terno”

Juncanero

Pareciera un día cualquiera, pero no es así. Por allá en el patio trasero de la casa que se forma entre la ermita, el muro de la cocina y el muro de la casa

principal, un grupo de personas cercanas a la familia ha venido a preguntar qué se va a hacer para la “compostura” del “padreterno”, pues ya sólo faltan tres días. Los comentarios suceden frente a la ermita como para que los escuche el “padreterno” y los tome en cuenta con sus bendiciones. Ahí en la casa, en esa ermita de mis recuerdos se celebra tradicional y religiosamente el aniversario del santo principal de la familia. Los comentarios fueron como un aviso para que, al siguiente día, se cambiara lo común de las actividades por el trajín que provoca la organización de esta festividad y, así sin más, comienza la distribución de tareas para que todo salga bien en ese día.

Ahí mismo sin pérdida de tiempo se define quién va por la juncia al Ocotál que servirá para adornar el piso. Irá Arnulfo es el más hábil para subirse a los pinos; lo acompañarán Javier y Rigoberto, los que irán por el laurel allá arriba en “San Agustín” y adornarán las columnas, la puerta y las patas de la mesa del altar donde se ubican los santos, serán Mariano y Everardo y los jóvenes, novatos pero inquietos, irán acompañados de algún adulto conocedor de los lugares donde se encuentran las flores y serán los que le pondrán el *plus* al altar, pues allá en la montaña hay que subirse a los árboles y esa tarea sólo ellos tienen la habilidad para treparse en esos árboles que, si los ves desde abajo, pareciera que sus ramas tocan el cielo y con suerte traerán muchas flores que embellecerán el altar, como las “mojarras”, “las trenzas”, el “quincholol” y el “tanal” que abundan entre mayo y junio de cada año; son puras orquídeas de temporada que crecen sobre los gajos de los árboles. Ese bendito santo moviliza a la familia y a las amistades, desde hace muchos pero muchos años, y convoca a los creyentes en la pequeña capilla que construyó mi padre para honrar a la “Santísima Trinidad”.

La preparación de la “compostura” se hace ocho días antes del aniversario y yo hasta hoy no me explico porque es así. Sólo supongo que puede ser porque antes se rezaba una novena por alguna celebración religiosa, cuando un santo era importante, y de ahí quedó la costumbre. El siguiente sábado, ya en la víspera del aniversario, se vuelve a llevar flores para recomponer el altar y se aprovechan las que aún no se marchitan para que el domingo, que es el mero día, todo esté bien adornado, ya que llegará gente y habrá mañanitas, cohetes y el grupo de personas que tocan el tambor y pito, que son los que le ponen el ambiente antiguo a la celebración moderna; luego habrá café y tamal para invitar a los que llegan al rezo y las mañanitas. Recibir a los visitantes es cosa seria. Esta vez ya no llevan flores, llevan

velas o veladoras que prenden frente al altar del “padreterno” para agradecer por la salud y pedir su bendición para el año que sigue. Ese día llegarán un poco más tarde, como todos los años, personas que no hemos visto desde el año anterior, porque viven en otros lugares, pero que nacieron en esta comunidad, pero el vaivén del destino los llevo a vivir fuera de ella; estas personas son atendidas de manera especial, pues llegan de lejos, una vez, a cumplir con su objetivo principal: llevar flores y velas para el padreterno.

Por eso, ocho días antes de la mera celebración, en el sábado de “compostura” ya estarán las señoras en la tarde esperando con café y “patzitos” a quienes llevarán flores de muchos colores cortadas normalmente del jardín de su casa. Que ya vino doña “Lampa” con sus rosas, que ya llegó doña Delina con gladiolas, la Carmela ya trajo lirios y así cada una lleva lo que en su jardín tiene y nosotros los niños nos gustaba adivinar quién llegará más tarde y que flores llevará porque, eso sí, hacíamos el recuento de quién no llevó flores y luego investigar sus motivos, que debieron ser mayores para que no llegaran a dejar las flores al “padreterno” el día de la compostura. Generalmente llegaban al otro día, pero se perdían los “patzitos”, pues se acaban pronto y con suerte mi madre les invitaba café con galletas de animalitos que es lo único que quedaba después de la “compostura” para estos imprevistos.

¡Qué recuerdos tan hermosos de la convivencia familiar y comunitaria! A mí me gustaban las “composturas”, porque nos desentendíamos de las pequeñas obligaciones de todos los días, por ejemplo, darle de comer a las gallinas o agua al *cuch* y al caballo. Así aprovechábamos para jugar un poco más de lo que acostumbábamos. Se juntaban los amigos los que normalmente acompañaban a la mamá a dejar flores y ellos venían a disfrutar de los “patzitos” que, al consumirlos en la mesa a la que se les invitaba —siempre eran vigilados por la mamá para que no abusaran comiendo—, deberían comportarse, aunque se estuvieran muriendo por comerse uno más, pero, para nosotros, el que llegaran los amigos era el extra que incrementaba la alegría por jugar.

Eso me gustaba. Éramos cosa seria para jugar, pero, como todo en la vida, lo que a mí no me gustaba, y sospecho que a mis amigos tampoco, era el rezo al que obligaditos teníamos que estar. ¿Qué iba a decir el “padreterno” si no entrábamos? Para mí que eso era un plan bien fraguado para que aprendiéramos las costumbres de la comunidad y también sospecho

que eran las instrucciones del patrón, cuando esto era una hacienda, para que todos fueran a la iglesia; tal vez al patrón les servía para no fomentar rebel-des y se quedó como costumbre. Pero, según nosotros, los niños, eso era un castigo de Dios que sólo los adultos podían soportar. Yo no sé porque le ponían tanto misterio al asunto; con persignarse era suficiente según nosotros, porque seguro estábamos que el “padreterno” nos entendería que, a nues-tra edad, podíamos mostrar esa rebeldía natural que se pierde con los años.

Así, le buscábamos cómo evadir ese castigo divino y sucedía normal-mente que cuando no podíamos salir de ahí, lo cual no era tarea fácil, porque de reajo nuestras madres nos vigilaban. Alguno de mis primos más grandes nos salvaba aliviándonos el aburrimiento de escuchar tantas aves marías. La salvación llegaba, pero tenía que ser dentro de la ermita, y era que, mientras rezaban las señoras, los primos más grandes nos enseñaban a tejer unas trenzas con juncias que nos hacía feliz presumirlas, aunque no lo hiciéramos. Lo hacíamos con cuidado de que la abuela no se diera cuen-ta que el adorno de la ermita era utilizado para nuestros juegos, ya que la juncia que usábamos no era cualquiera; era la más grande y fresca. Sólo te-níamos que cuidar que no nos vieran la abuela o alguien que quería quedar bien con ella. Por eso si nos agarraban sacando juncia, se armaba la repri-menda que no se hacía esperar y esa abuela que no entendía de juegos, pues estábamos en una cosa sería nos reprendía ahí al frente de todos los asis-tentes como para exhibir nuestra terrible conducta al faltarle el respeto al “padreterno”.

RELATO 39

Voló como el colibrí en primavera

Colibrí

Pasó el tiempo volando y nos hicimos adultos. Pasó como pasan los colibrís en primavera que en su búsqueda de miel no alcanzas a verlos sino hasta que se prenden de una flor. Tiempos aquellos que no volverán, pero creo que las fiestas familiares y, a pesar del rezo, los disfruté plenamente, y ahora sé que también servían mucho para fortalecer las enseñanzas comunitarias y los lazos de la convivencia. Algunos salimos del pueblo, otros se quedaron de-dicados al cultivo del maíz, pero lo que es claro es que, adentro o afuera de la

comunidad, somos nosotros los que, de una u otra manera, heredamos la tradición de la celebración del “padreterno”. Lo seguimos haciendo, pero ya han cambiado muchas cosas de aquellas imágenes que recuerdo de mi pueblo querido. Ahora suspiro en sus calles con esa nostalgia de querer percibir el aroma del laurel allá “arriba” y la juncia, en la montaña, ya escasean la flores y, sin temor a equivocarme, también la montaña ya no está completa, pues se la fueron acabando para convertirla en leña o en vigas para la casa.

Por eso guardo esos recuerdos no sólo en mi memoria, los guardo principalmente en mi corazón. Ahí estarán más seguros por si algún día llega el “alemán” como le dicen al Alzheimer mis amigos. Hoy ya entendí que no era tanto lo religioso lo que había en esa celebración, también había unidad comunitaria, porque, pensándolo bien, no era el rezo ni la devoción a lo católico lo que nos unía: era la forma más suave en que nos introducían a la vida comunitaria, donde nacen los verdaderos lazos de la unidad, esa que me gusta tanto porque para mí simboliza la unión de la comunidad desde los corazones y la solidaridad. Hoy pienso que no importa que haya rezo, porque hay formas para salvar la trampa a la domesticación, pero que la celebración se haga para fortalecer esa tradición familiar, aunque sea en la ermita de la casa. Para mí creo que era también una celebración de la comunidad.

Recuerdo cuando mi padre anunció el cambio de la construcción de tabla y tejas donde estaban los santos en una ermita de bajareque bien repezada que mi padre construyó con su compadre, ese que nunca lo abandonó cuando de albañilería se trataba. Hoy que no creo sea casualidad, camino junto a su nieto. Es mi amigo y compañero en la lucha social. Seguimos construyendo como nuestro padre y abuelo, pero ya no iglesias para los santos, construimos caminos para fortalecer a la comunidad. De allá vinimos, de allá viene la misión, aunque hoy ya es fuera de la comunidad, pero el origen lo llevamos en el corazón, lo llevamos en nuestros pasos para dejarlo a otra generación.

Quedó bonita la iglesita como le decíamos. Se veía blanca blanca, con sus dos torrecitas y su puerta en arco de color azul. Ahí se pasó el “padreterno”; lo acompañan siempre dos santos más. No estaba sólo el “padreterno”, aunque era el santo principal y lo sigue siendo hasta hoy. Lo acompañan San Antonio del Monte con sus animalitos de los que siempre me llamaban

mucho la atención, pero no tanto como para que yo estudiara veterinaria; sólo me gustaba la imagen; al otro lado estaba, y aún está, la Virgen de Guadalupe, una imagen única pequeña en su nicho pintado con laca en color azul oscuro. La imagen de la Virgen es de papel, pero tiene un vestido gris/blanco en relieve que le da originalidad; sencillita, humilde pero hermosa la Virgencita; ahora ya sé porque me atrae mucho; antes sólo sentía que algo había en ella que me causaba un sentimiento especial; ahora con las experiencias en el crecimiento interior, me queda claro que veo en ella la imagen de mi pueblo o, más bien, lo que fue mi pueblo cuando estaba unido por los lazos comunitarios. Que por cierto de esta virgen, no tiene mucho que, platicando con mis hermanos, llegamos a la conclusión de que es una imagen que debe haber pertenecido al abuelo paterno, que no conocimos, pero estamos seguros que le perteneció porque tengo la sensación de que esa imagen es mi conexión con él a través del tiempo. Seguro estoy de que perdura en mi memoria histórica. Según dicen los sabios conocimientos de los chamanes del Amazonas, esas personas guardan muchos secretos antiguos. Pude por eso encontrar esa parte de mi pasado. Bendito abuelo, sospecho que cuando se murió debió causar un gran dolor que aún perdura en el subconsciente de la familia y que mi abuela y mi padre nunca superaron.

Al abuelo tres indígenas lo mataron en la montaña. Fue colgado de un árbol de encino acusado de ser curandero. Yo no tengo la certeza si ese dato de curandero es real, pero sé que mi padre se quedó huérfano a los nueve años. Mi padre nunca nos contó esa parte de su vida; como que le dolía mucho. Me queda claro qué ni el tiempo sanó ese dolor, que debió ser inmenso. Hoy solo sé que ese dolor lo heredamos y perdura en la familia sin que tengamos plena conciencia de ello.

Pero ya me distraje y los distraje. Ése no es el asunto les hablaba de la ermita y de los santos que hay en el altar y que siguen aún en ese orden escoltando al “padreterno”, que me imagino que así seguirán, porque estoy seguro de que nadie de la familia piensa en cambiar el orden, mucho menos las imágenes. Por eso espero lo sigamos conservando como un testimonio de nuestro pasado y enseñanza comunitaria.

Los recuerdos llegaron de manera inevitable.

Hoy fue otro aniversario del “padreterno” y lo celebramos con la familia. Me doy cuenta que esto ya es una tradición familiar, que es aún de los pocos hilos que nos unen como familia ya que las circunstancias nos

llevaron a emigrar de la comunidad y cada quien escogió su camino, pero siento que esa herencia es fuerte porque ni la pandemia evitó reunirnos una vez más. Se alegró nuevamente la casa familiar, ya que, una vez más, cumplimos con celebrar al “padreterno”. Ya las flores no llegan como antes y menos el laurel y la juncia, pues hay temor aún por salir. Llegó ya poca gente a dejar sus flores y ni quien lleve el recuento como lo hacíamos nosotros. Ahora los adornos son otros y en el altar hay dos imágenes más: la imagen de mis padres, que, en el caso de mi madre, nos acompaña con su eterna sonrisa. Siento que nos recibe como cuando llegamos a visitar la iglesia, porque en vida era esa sonrisa la que nos recibía, pero hoy ya acompaña a los santos, los que honró y celebró durante su vida.

Hoy la comunidad está amenazada por dos pandemias: la del virus del Covid, que mata y nos obliga al encierro, y el virus de la división generado por la política que envilece al hombre, si no lo hace con principios. Por eso hoy la prioridad es la comunidad. Debemos cuidarla. Aunque estos virus nos amenacen, no podemos erradicar la convivencia. Habrá formas, pero estos virus que son mortales para la convivencia comunitaria se irán, porque sospecho que la tradición es inmortal si lo conservamos en su justa dimensión.

La comunidad perdurará a pesar de que el Covid ya se llevó a familiares y amigos, y para ellos que ya se fueron, nos queda el consuelo que, desde donde estén, seguramente están en compañía del “padreterno”.

RELATO 40

Urbano 2020

Pincel Oscuro

El paisaje citadino corresponde al barrio donde crecí en la Ciudad de México, en Santa Isabel Tola al norte de la ciudad. En un inicio pensé en realizarlo con el correspondiente ruido visual de transeúntes, autos y comerciantes que caracteriza a esta gran avenida, pero fue imposible que mi concepción inicial no fuera mutando debido a que la realicé durante la contingencia por la pandemia. Así que tuve la necesidad de reflejar mi realidad partiendo de la gran modificación del ambiente y la atmósfera que generamos los seres humanos, lo que derivó en este paisaje totalmente desconocido para

una de las ciudades más pobladas del mundo, por medio del cual intento transmitir la casi imperceptible actividad humana, únicamente simbolizada por el vuelo de un papalote acompañado por un silencio interminable, una calma perturbadora y, sobre todo, por una gran incertidumbre.

RELATO 41

Coronavirus

Aries

Diciembre de 2019 *CORONAVIRUS*. En los noticiarios internacionales se repite esta palabra, la explicación de un nuevo virus letal que está afectando gravemente al mundo. En tiempos de ciencias extraordinarias, tecnologías que nos han permitido salir de nuestro planeta a explorar otros y conocer galaxias a millones de kilómetros.

Tiempos de medicinas experimentadas que han logrado modificar genéticamente casi todo. Un virus tan pequeño que expone nuestra vulnerable humanidad. Quiero reducir este acontecimiento mundial a mi pequeña experiencia.

Febrero de 2020 llega la enfermedad a mi país, a las pocas semanas comenzamos la cuarentena siguiendo las indicaciones de las autoridades de salud para mantenernos "a salvo".

Transcurren meses de incertidumbre, miedo y noticias devastadoras. A casi un año de confinamiento, y con la esperanza de la llegada de la vacuna que permitirá minimizar la letalidad de este virus...

16 de enero de 2021... mi padre comienza con síntomas de posible Covid. Realizamos todo el procedimiento médico necesario y obtuvimos como diagnóstico un POSITIVO.

Esas palabras aún retumban en mi cabeza. Mil preguntas surgieron: ¿cuándo?, ¿dónde? Seguimos todas las indicaciones, nos mantuvimos en confinamiento ¿Por qué?! Mi padre es un hombre de 68 años, fuerte, sano. Comenzamos el tratamiento con la esperanza de salir victoriosos de esta experiencia. Personalmente me aferré a la medicina; puse todo mi esfuerzo, capacidad e inteligencia a las necesidades de mi padre... Nunca me sentí tan pequeña.



Templo y convento de Jesús María, en Jesús María, esquina con Soledad,
14 de junio de 2020, 17:00 h.

A lo largo de las dos semanas que duró la enfermedad la percepción que tenía de la vida cambió completamente. No narraré a detalle cada uno de los días que vivimos. Sólo diré que fueron aterradores; sin duda, la experiencia más dolorosa. Siempre vi a mi padre fuerte casi invencible... y de la nada verlo apagarse poco a poco... Nunca tuve tanta fe, ni tanto miedo. No hubo día en que no deseara tener todo el conocimiento del mundo en medicina.

El tratamiento era interminable. Las horas se nos iba en medicamentos, sueros y tanques de oxígeno. Nada parecía funcionar... Deseo también, como cuando era niña, una varita mágica... para poder desaparecer el dolor que le causaba esta enfermedad a su cuerpo. Me enfrenté a algo mucho más grande que yo. Una enfermedad que no nos dio tregua ni un segundo. El mundo se redujo a ese espacio, a esa cama, a ese tanque... Mi pequeñísimo mundo se deshacía, mi madre, mis hermanos y yo nos aferrábamos a la mínima posibilidad de sanidad.

Mi padre murió el primero del segundo del año, a quince días de cumplir 69 años, a cinco semanas de la aplicación de la vacuna... A cuatro meses de su muerte me preguntaba incontables veces ¿Por qué?... ¿Por qué él no pudo recuperarse... si la “solución” estaba tan cerca? ¿Por qué, si hicimos todo porque se recuperara? Nunca nada me ha dolido tanto... Mi padre enfrentó la enfermedad con valentía extraordinaria, con fe inquebrantable. Hasta en su momento más vulnerable no vaciló; a pesar del dolor se mantuvo sereno. Creí que mi padre viviría muchos años más... Me hubiera gustado tener más años con él... Pedí, rogué ser merecedora de ese milagro... Lamentablemente no fue así. Veo un mundo que no para. Me alegra que haya una vacuna y en la victoria de la ciencia y la celebración de la humanidad. Yo sólo recordaré que esta pandemia me enseñó que la vida es un momento. Que la vida se nos va de las manos muy rápido. A mí la vida se me fue en diecisiete días.

RELATO 42

Microrrelatos pandémicos

Maelva

Ante una situación como la que estamos viviendo, estoy segura que todos tenemos algo que contar acerca de la pandemia que nos ha tocado vivir.

Incluso serían narraciones diferentes si lo hubiésemos hecho al inicio, que ahora, después de dos largos años de padecerla. Escribo y me cuesta trabajo, ya que soy de las muchas personas que este hecho le cambió la vida de manera violenta, dolorosa, incluso sigo sin creerlo o quizá deba decir, sin aceptarlo...

No sabía, o más bien no creía, que la vida puede cambiar de un día para otro de manera tan abrupta. A todos nos afectó esta situación atípica que vivimos, la diferencia es que a unos les afectó sólo en sus costumbres y otros tuvimos que reconstruir la vida que teníamos con lo que nos queda.

Los primeros meses de 2020 fueron de incredulidad, sorpresa, miedo, ante un cúmulo de información acerca de una nueva enfermedad de la cual sólo se sabía que es mortal y muy contagiosa. Cuando nos dijeron que estábamos en cuarentena no sólo fue difícil, por lo que implicó adaptarse, acostumbrarse y resignarse al encierro, sino lidiar con los interminables y repetitivos comentarios familiares, vecinales, de amistades y medios de comunicación acerca de la pandemia, ya sea vía telefónica, *chat*, videollamada o redes, obviamente unos a favor, y la mayoría en contra de las medidas que implementaron las autoridades de salud y federales. La red más difícil de soportar siempre será *twitter*, donde los internautas son infinitamente más ofensivos, violentos y agresivos.

Esta nueva realidad nos llevó a saber de situaciones increíbles que llegaron a realizar las personas, no sé si sea por ignorancia o simplemente por necesidad. Un ejemplo es que, al inicio de la pandemia, se agredió al personal médico, de enfermería o a cualquier trabajador de un nosocomio, argumentando que ellos contagiaban por estar cerca de personas enfermas por el virus; los ataques fueron de todos los niveles, desde agresiones verbales hasta la violencia física. Lo terrible es saber que, durante las epidemias que nos han acompañado a lo largo de la historia, encontramos momentos similares de rechazo, violencia sin razón hacia personas que, se piensa, son las causantes o portadoras de la enfermedad. Lo triste es que en pleno siglo *xxi* tengamos comportamientos medievales.

O las personas que a estas alturas todavía no creen en la existencia del virus y, más reciente, los que se niegan a vacunarse por cuestiones religiosas, sociales, culturales y de *new age*.

Pero así como describo escenarios negativos, también hay situaciones positivas surgidas a partir de la pandemia; por ejemplo, el grupo de jóvenes

del Colectivo Mezcladora con el proyecto *Narraciones, de la Casa a la Plaza*, el cual consistió en contar cuentos a los niños que viven en la Unidad Habitacional Tlatelolco, quienes los escuchaban desde las ventanas de sus departamentos. Lo llevaron a cabo con una bocina en los jardines entre los edificios. El primer cuento fue “El niño Triclionio y la bella Dorotea” de Jorge Ibargüengoitia; afortunadamente lo disfrutamos todos como niños, pues estábamos ávidos de escuchar, hacer y observar cosas distintas a las que hacíamos cotidianamente en nuestras casas o departamentos.

Con la pandemia, los músicos callejeros se vieron en la necesidad de transitar y caminar aún más por calles y zonas habitacionales. Así escuchábamos a diario organilleros, saxofonistas, cantantes de ópera o bandas oaxaqueñas. La historia que merece relatarse es la de unos músicos de la tercera edad. Son un dueto, uno toca el clarinete y otro el teclado, quienes después de que cerraran el café del barrio donde tocaban por las noches de jueves a sábado, se vieron en la necesidad de instalarse muy cerca de donde vivo, lo que nos permitió escuchar buen jazz desde la comodidad de nuestro hogar. Llegaron a tocar cinco horas consecutivas creando un público cautivo, incluso llegamos a bajar sólo para escucharlos y lo hacíamos para retribuir económicamente, en la medida de lo posible, y hacer más llevaderos los días de cuarentena que estábamos obligados a seguir. Lo hicieron durante algunos meses, y de manera abrupta dejaron de venir, no sabemos qué sucedió con ellos.

O el caso de mi vecina Fernanda, quien, a partir de julio de 2020, nos envía al *chat* vecinal una fotografía cada día del atardecer. Ella vive en el décimo piso y tiene una vista maravillosa de la ciudad.

Hoy que escribo esto, me doy cuenta de la cantidad de historias que quedan en el tintero memorioso de cada uno de nosotros, que, si nos animáramos a contarlas, llenaríamos tomos completos.

RELATO 43

Aún no sé cómo vivir sin ti...

Margarita

Te conocí cuando tenía la tierna edad de dieciocho años. Tú simplemente eras un hombre ya entrado en años al que le encantaba coquetear conmigo.

Siempre me sentí alagada por tus palabras. Y más cuando veía colgar de tu brazo a cada mujer, que evidentemente era una mujer costosa; eran realmente hermosas, y siempre me sentía como una niña fea cuando te veía a lado de ellas, pero tú, con un par de palabras, hacías que me sintiera como una verdadera diosa.

Indudablemente eras un verdadero casanova de época contemporánea, sumado a que eras un elitista intelectual. No recuerdo cuándo me robaste el corazón, pero lo hiciste tan sigilosamente, que cuando caí en la cuenta, ya estaba muy enamorada de ti.

Claro, sabía que, si sucumbía a mis instintos, acabaría siendo una de tus tantas mujeres. Así que decidí permanecer a tu lado como una simple amiga. Pero, fui la amiga consentida, a la que cada cumpleaños mandabas flores y chocolates, a la que, después de un fracaso matrimonial, cuando creí que moriría sola y sin amor, te propusiste como Plan B.

Te convertiste en mi dulce protector. Sin embargo, cuando llegó el Covid-19 a nuestras vidas nos volvimos más cercanos y nos convertimos en confidentes. Fue interesante conocerte; saber qué te gustaba, qué leías, cuáles eran tus pasatiempos... Te volviste un hombre aún más interesante y cautivador. Pensé seriamente en corresponderte cuando acabara la pandemia. Pero el tiempo no perdona, pasó y enfermaste. Apenas pude decirte que te amaba mucho. Me dijiste que no llorara y te perdonara por dejarme. Sin querer destrozaste mi corazón.

Hoy hay noche de luna llena y escucho tocar a Daniil Trifonov ese Concierto para piano número 1 de Shostakovich que te encantaba y con el cual pretendías seducir mi mente sin saber que te adoraba ya.

Por si fuera poco, tenías que ser ateo, así que me dejaste sin la posibilidad de orar al cielo para pedir por ti. Te extraño, no sé dónde encontrarte y aún no sé cómo vivir sin ti.

RELATO 44 Y 45

Y afuera el mundo continuaba...

Renato Santana

Quienes pudieron resguardarse en sus casas, lo hicieron, con temor algunos, con incredulidad otros y los más por comodidad agradecieron poder hacer

home office (adoptando una definición extranjera a esta nueva alternativa del trabajo desde casa). Otros nunca pudieron resguardarse, como si los refugios antiaéreos se hubieran agotado y sólo quedaran el cielo, las nubes, el sol, para guarecernos de la pandemia que ahora tocaba, como bomba, nuestros hogares. Quienes pudieron hacerlo, a través de las noticias atestiguaron el avance de la pandemia por el mundo: miraron sorprendidos cuerpos muertos en las calles, personas con trajes blancos en todos lados, un ir y venir de cifras que día a día sumaban más contagiados, más hospitalizados, más muertos.

Otros, por ocio o investigación, fuimos a conocer las pestes de siglos anteriores, cómo diezmaron la población de Europa y la manera en que a su llegada a nuestro país estas “pestes” casi exterminan a nuestros ancestros y nunca imaginamos su propagación mundial a los parámetros hoy vistos. Yo en lo particular abrí una hoja de Excel y empecé a vaciar los datos de la pandemia en sus primeros días, tratando de encontrar en esos números una explicación, que nunca llegó, para predecir que el contagio no avanzaría en nuestro país, mientras en Francia, España, Italia e Inglaterra, los sistemas de salud, de ese “primer mundo”, tan anhelado por muchos, colapsaba, y era común encontrar muertos por Covid que nunca fueron atendidos, ancianos que murieron en total soledad y otras imágenes de muerte y sufrimiento en hospitales o muertos por estas enfermedad cremados en grandes piras en la India. Y la naturaleza recobrando calles vacías, con lobos, alces, venados comiendo en nuestros parques y costas limpias de basura y gente, donde aparecían delfines, mantarrayas, y lobos marinos nadando o descansando en las playas.

Los que pudieron resguardarse así lo hicieron. Yo no tuve esa posibilidad como tantos otros, porque, a pesar de la pandemia y aún en sus peores días, nadie se preguntó cómo seguían llegando frutas frescas diariamente a los mercados y tianguis de nuestras colonias, como los abarrotes seguían abarrotando los anaqueles, cómo llegaban los productos que pedíamos a través de internet a nuestras casas, en esa modalidad de comercio al que, muchos, por primera vez accedieron. La vida común, fuera de nuestras casas donde no pasaba el virus, donde cada visitante era rociado con los productos más recomendados contra el bicho, continuaba y desde las 3 de la mañana en la masividad febril del amanecer, las centrales de abasto lucían como siempre, entre las prisas en el intercambio de productos, la

llegada y salida de ríos de vehículos hacia nuestros terruños, pasillos abarrotados de comerciantes de mayoreo y menudeo siempre alegando un mejor precio.

La vida continuaba afuera, aunque hoy se comentaba que, sí, doña Chole murió ayer: se fue rápido, apenas la semana pasada estaba aquí, pero para el sábado cayó en cama con mucha temperatura y por la noche, dicen sus hijas, ya no podía respirar y al otro día en el hospital le confirmaron la “enfermedad”, la entubaron pero murió a los dos días. Dios la tenga en su santa Gloria, se rumoraba en los pasillos como si la difunta pudiera oírlos. Y así se enteraba uno de don Ramón, de su ayudante Misael, de la señora Petra y su hija Silvia, de Pedro y su machetero Juan, de Arnulfo, Luisa, Pablo, Cesar, Magdalena... enfermos, convalecientes, muertos, por la pinche Covid y uno se encomendaba a Dios, pues “yo había saludado a alguno de ellos y no vaya siendo”...

Y, desde luego, algunos otros igual cayeron en cama. Sólo nos quedaba de consuelo saber si habían sufrido mucho o no antes de irse, y entonces, veíamos algunas bodegas cerradas, unas para siempre y otras temporalmente, mientras la vida seguía transcurriendo y hoy más que nunca era evidente el comentario de muchos: “si me quedo en la casa me muero de hambre y si salgo a trabajar, pues me puedo morir, pero... que le hace uno, el hambre es canija...” Otros regresaban de su paseo con la muerte y eran recibidos como si hubieran ido a otro país y eran parados por sus conocidos e interrogados para contar sus penas y logros de esa batalla ganada contra el “pinche bicho”. Diezmados en su salud unos y otros no tanto, ellos, vencedores, seguían en la brega de no morir de hambre. Y a darle que para morir nacimos.

Parte II

Y así, resguardados en sus casas, pocos supieron de la muerte de mi amigo y compañero de la secundaria, Alfonso el “Gori” que, en su chamba de taxista, fue contagiado por uno de sus clientes en los últimos días del año pasado y sólo seis días después de las altas temperaturas que lo hacían mojar las cobijas y después de cuatro días de haber sido diagnosticado y haber recibido atención hospitalaria, murió en soledad, pues sus amigos, quienes apenas ayer lo abrazamos como si no lo hubiéramos visto en cuarenta años

(que así fue en verdad) sólo nos enteramos cuando, al saludarlo por el *Face* por su cumpleaños en abril, conocimos la infausta noticia de su muerte en palabras de su hermano, “él desde el cielo agradece sus felicitaciones, pero Alfonso murió de Covid a principios de enero”.

Igual sucedió con Vicente que siguió trabajando para una empresa transportadora, que llevaba los abarrotes que nosotros compramos en el supermercado y murió en su casa a pesar de los esfuerzos diarios de su familia por conseguirle el oxígeno, pues la empresa nunca lo aseguró y hoy su viuda batalla para lograr una indemnización, que tal vez nunca llegue. Y ahí supe, que igual el Covid saca lo peor de ruines que podemos ser con nuestros congéneres. Más de 200 mil, algo así como llenar dos veces el Estadio Azteca, pero con cadáveres, es la suma de amigos, vecinos, conocidos, que sucumbieron al virus. Más de 6 o 7 millones de contagiados es la proyección de infectados. Pocos o muchos es relativo: somos más de 130 millones de mexicanos. Sin embargo, cuando ese número se convierte en personas es, desde luego, importante. Los amigos que he perdido en esta etapa son transcendentales para mí y aún los lloro y, nadie es uno más cuando se les recuerda y extraña en las vidas que tuvimos en común.

La vida afuera continuaba para que quienes nos guarecimos pudiéramos seguir con la rutina. Debemos saberlo: en la suma total veremos más personas pobres saturando los primeros lugares en contagiados y muertos, esos que a diario tenían que ir a la fábrica o a sus pequeños comercios, pues ellos no pudieron hacer *home office* y, a pesar de todos los cuidados personales, se veían obligados a seguir abordando los camiones atiborrados de gente para ir y regresar de sus trabajos, llenos de la letalidad invisible que respirábamos en cada vuelta de la rueda del camión.

Entre la salud y la muerte, igual hay clases sociales. Ninguno de los que siguieron entrando a las seis o siete de la mañana a sus trabajos pudo correr a vacunarse a Estados Unidos y tuvieron que esperar la vacunación gratuita. Muchos dicen que esta pandemia los ha cambiado. Qué bien que así haya sido. Sin embargo, otros vieron en esta tragedia una ocasión perfecta para seguir engordando sus bolsillos y a costa de la enfermedad, de la muerte, vendiendo más caro el medicamento, el oxígeno, los servicios funerarios...

Toda crisis nos arrastra a un hoyo. La pandemia nos ha dado lecciones, de ignorancia y de sapiencia, de egoísmo y de abnegación, de honestidad y deshonestidad, de aciertos y errores, de comportamientos positivos y de

negativos. Cuando podamos a ver las caras a los que ya extrañamos, nuestros amigos, nuestros familiares, nuestros alumnos, nuestros compañeros de trabajo, sabremos cuánto hemos mejorado o empeorado en nuestro trato diario. La vida continuaba afuera, y hoy sigue rodando.

RELATO 46

El Bicho

Macaria Osorno

Estando en el Zócalo de la Ciudad de México en marzo de 2020 y disfrutando de una copa de vino y una agradable charla entre amigas, jamás me imaginé que el bicho llegara tan rápido a nuestras vidas, pero me di cuenta de ello cuando, al llegar al aeropuerto de la ciudad donde vivo, sorpresivamente me recibieran dos personas vestidas de blanco y protegidas de pies a cabeza con un termómetro de pistola y gel antibacterial.

Y sorpresa... a los cinco días de mi llegada tuvimos que recluirnos en casa.

Teniendo a la familia a muchos kilómetros de distancia, creí que sería más difícil pasar por este encierro, pero no fue así. Descubrí y aprendí a cocinar mejor, ya que cada que se apodera de mí la ansiedad o quiere asomarse la depresión, cocino, y descubrí que es un relajante de buen sabor, además de que este aislamiento me ayudó a administrar mejor, a ahorrar y a leer más.

Preocupada estaba, pero también ocupada por este bicho que cada vez se hace más fuerte y agresivo. Sé que la limpieza y el cuidado personal son importantes para vivir entre nosotros. Aunque debo decir que este bicho me ha dado varios sustos y tristezas, me ha enseñado a ser más amigable, a ser más amorosa, más relajada y más agradecida con la vida.

Cuando a mi familia y amigos les digo **CUÍDATE** significa en silencio que me importan y quiero que estén bien. Nos guste o no, éste será nuestro nuevo estilo de vida. Así que a sonreír con los ojos.

RELATO 47
Pequeños gestos, grandes miradas
León

El mundo se ha tornado adverso. Sin duda, este virus nos cayó de improviso, cambiándolo todo: los trabajos, los horarios, las comidas, los planes, los sentimientos. Nos ha obligado al aislamiento entre la soledad, la depresión, ansiedad y un estrés constante. Esta pandemia nos muestra muchas de las cosas que ya estaban sucediendo en el mundo: el trabajo desde casa que estaba a la alza, pero que pasó de ser una excepción a una regla, entre quienes se quejan del cansancio de *zoom* o aquellas cuyos centros de trabajo han cerrado y ven en peligro su sustento. Empero, la época de Covid-19 ha sido para el medio ambiente un alivio recordándonos el poder de la naturaleza con su capacidad de regeneración; así, las calles de las ciudades, que antes eran hormigueros humanos, se vaciaron de golpe, mientras que animales llegaban a lugares donde se habían apartado.

El agua se purificó, la atmósfera se limpió de gases tóxicos. Simplemente, ¡la Tierra respiró! El reto para unos era estar encerrados y para otros afortunados que cuentan con un espacio abierto a tomarse un respiro, y observar la naturaleza que ignorábamos (plantas, árboles) y ahora estuvieran ahí por primera vez. En fin... Hemos aprendido quiénes somos al descubrir lo que hemos echado de menos, acostumbrándonos a vivir sin la posibilidad de una noche de risas en un bar, lágrimas en el cine, la emoción de la música en vivo, gritando en el fútbol o un concierto, una larga comida con amigos (a), horas con los padres o hijos, extrañando en recuperar estos pequeños placeres.

Nos cambió nuestra forma de vivir, pero también la forma de morir, llevándose muchas vidas, pero también nos recuerda para qué sirve la vida. Nos revela nuestra mayor debilidad y nuestra fortaleza más valiosa. Hemos reinventado y retomado nuestra vida. Utilizando estas mascarillas que nos cubren más de la mitad del rostro, casi sin expresiones faciales y a distancia, separándonos las manos, prohibiendo los besos, cambiando las palabras y caricias por mensajes de texto, tendremos que mostrarnos a los demás de otra manera, volvernos expertos en los pequeños gestos amables y en las grandes miradas.

RELATO 48
Mi relato de pandemia
Hestia

El Covid-19 nos tomó por sorpresa a todos. Esta pandemia llegó a cambiar la vida de cada persona, afectando diversos aspectos de su vida. Cuando llegó a México, el miedo nos inundó. Recuerdo que la gente enloqueció y compró compulsivamente cubrebocas, geles antibacteriales, aerosoles, papel de baño y demás artículos higiénicos que agotaron rápidamente. Yo también tenía un poco de miedo porque era algo totalmente nuevo, y lo que más me preocupaba eran las *fake news* que provocaban confusión y aumentaba el pánico entre la población.

La educación en línea también ha traído cosas buenas como, por ejemplo, he aprendido a usar distintas plataformas, programas y aplicaciones que, antes de la pandemia, no tenía ni conocimiento de su existencia.

En el ámbito familiar, a principios de mayo del año pasado viví una situación difícil con mi padre, quien se contagió de Covid-19. Afortunadamente, no enfermó de gravedad, aunque tanto a él, a mi madre y a mí la preocupación nos atiborró, pues la pandemia tenía aproximadamente dos meses de haber llegado al país y aún nos encontrábamos desinformados y confundidos respecto de ella. Puesto que mi padre se encontraba enfermo, por obvias razones fue suspendido temporalmente de su empleo. La situación se tornó un tanto difícil, pues sólo le otorgaban un cierto porcentaje de su salario lo que conllevó algunos problemas financieros en la familia.

Cuando mi padre cumplió su cuarentena esperaba regresar a su trabajo.

Cada semana llamaba para saber qué día podría regresar y no recibía respuestas positivas; le decían que cada semana hablara para darle respuesta y fue lo que él hizo. Cada semana llamaba, pero la respuesta era que aún no podía regresar. Durante tres meses, la inquietud persistió en mi familia, ya que teníamos el temor de que fuera despedido, pero afortunadamente en agosto le confirmaron que podría regresar y esa noticia nos trajo paz.

Desde que mi padre enfermó, me he preocupado cada vez que sale a trabajar. Mi temor es que, al estar en contacto con tanta gente, vuelva a contagiarse, ya que tiene algunas secuelas de la enfermedad. Mi madre también me preocupa, pues, en estos meses, hemos vivido una situación de salud en torno a ella y, aunque es ajena al Covid, ha sido bastante estresante para nosotros.

En cuanto al ámbito personal, este confinamiento me ha tenido bastante agotada tanto física como mentalmente (cabe destacar que más mentalmente). La rutina me tiene desesperada. En ocasiones, mi estado de ánimo cambia demasiado, con ansiedad y angustia. A pesar de todas estas situaciones durante este confinamiento, he valorado aún más todo lo que me rodea. Considero que soy afortunada al tener a mi lado a mis padres, a mi perrita, al resto de mi familia y a mis amigos verdaderos; de tener salud, comida, techo, así como me siento feliz de continuar estudiando, pese a las adversidades que se nos han presentado por la pandemia. Debemos aprovechar cada segundo de nuestra vida como si fuera el último y valorar lo afortunados que somos, ya que mucha gente está pasando por situaciones bastante difíciles y si está en nuestras manos, apoyarnos entre todos.

RELATO 49
Confinamiento
Anónimo

2020: nadie pensó que sería el inicio de una tortura para la humanidad, que cada uno de nosotros pasaría por cosas desagradables. Comienzo con una de las muchas que me pasaron en esta pandemia.

Todo fue como un tiempo perdido. Vi como a mis papás les bajaron el sueldo en sus empleos; como pasó de vernos sólo por las noches a estar juntos todo el día, pues la escuela y el trabajo serían desde casa por tiempo indefinido. Tenebroso ¿no creen?

La experiencia más horrible que pasé en este confinamiento fue ver a mis seres queridos postrados en cama. Gracias a Dios no fue de Covid, pero mi mamá tiene prótesis de cadera y por la pandemia y los hospitales llenos, no pudieron darle las terapias que requiere.

Fueron meses duros de no saber si le darían el medicamento y la revisión médica que necesitaba constantemente. Mi papá tiene enfermedad de tiroides; además de que no había especialistas para su enfermedad, en su trabajo le retiraron el seguro y dejó de cotizar. Ustedes se preguntarán: ¿por qué no demanda a su empresa? Mi papá trabaja en un verificentro, donde la gente amenaza a la familia si alguien se atreve a demandarlos. Sólo les pagan los medicamentos que necesitan, pero eso es muy injusto, porque

mi papá necesita cotizar para cubrir las semanas necesarias para poder jubilarse.

Bueno, ahí estaba yo preocupada por mis papás y su salud que es de mucho cuidado. Me da tristeza pensar en todo lo que tuvieron que soportar por los hospitales llenos de infectados y que se tardaran más de un mes en responder si había su medicamento.

Yo vivo con mis abuelos paternos a los que amo con todo mi corazón. La de diciembre de 2020 fue una Navidad muy triste, pues en enero de ese año falleció mi bisabuelita, que era un pilar importante en la familia. En esa Navidad a mi abuelo le bajó la presión muy feo. No pudimos llevarlo a ningún hospital gubernamental a que lo atendieran, sólo a un particular. Todo salió bien, pero tuvimos que hacerle estudios que no cubrió el seguro. Atender las posibilidades de mi familia para sobresalir con sus múltiples enfermedades; no poder atenderlos con su médico de siempre; no llevar a mi familia a cualquier doctor; y tener el miedo de que contrajeran el virus de Covid 19, fue muy difícil.

Después de esos días de temor, de cómo se sentían de salud mis papás y mis abuelos a mí me provocaba mucha ansiedad, pero, gracias a Dios, todo ha marchado bien. Hemos salido adelante, pues mi familia ha reaccionado bien con los medicamentos alternos, y todos estamos completos.

Esto que pasé me hace valorar a mis seres queridos, nuestra libertad de salir, tener un lugar seguro cuando haya una emergencia médica, sentarnos a cenar y, aunque falten lugares por llenar, sabemos que seguimos unidos.

Este año ha sido muy duro, pero esto es lo que me dio: valorar a mi familia y sentir que tenerlos a ellos es tenerlo todo; que maduré mucho más al hacerme cargo de la casa, de mi hermano menor, de la salud de mis pilares, aprender a cocinar y ser más autónoma y perderle el miedo a muchas cosas. A lo que nunca le perderé el miedo es a sentir que pierdo a alguien de mi familia. Tener a los cuatro enfermos de gravedad al mismo tiempo es algo que no le deseo a nadie.

Valoremos este nuevo inicio, esta nueva etapa, dejemos de ser egoístas y egocéntricos y concentrémonos en ser positivos y dar más cada día.

RELATO 50

Óbito

Inés Aguilar

Y el tiempo se detuvo,
Mi mundo se rompió
El ruido de la vida
Se transformó en un murmullo
Inaudible, lejano, inasible.
Sin lograr entender lo que pasó
Sólo sentía el dolor inaudito y atroz
Que lacera el alma y el corazón.
Fracturada está mi existencia,
Busco entonces asir mi vida a los recuerdos,
Evocaciones que lejos de aquietar,
Muchas veces me atormentan.
Y es cuando empieza el verdadero duelo,
Esa lucha por entender lo incomprensible.
Sin saber cómo, vamos transformando
Ese vínculo que pensamos irrompible
Y que sólo la muerte desgarrar.
Entonces, con paciencia,
y mucho dolor buscamos trascender
el vacío de tu ausencia.

RELATO 51

¿Y cómo ha sido la pandemia?

Calaca

El 28 de febrero de 2020 se detectó en México el primer caso de Covid-19. Para el 16 de marzo de 2020 el gobierno anunció la Jornada de Sana Distancia, que empezó el 23 de marzo 2020 suspendiendo temporalmente las actividades no esenciales, y las clases presenciales el 20 de marzo de 2020.

El 17 de marzo la Corte suspendió actividades por coronavirus. El 24 de marzo se activó la fase 2 de la contingencia que comprende la restricción

de congregaciones masivas, la suspensión de algunas actividades económicas no esenciales y la recomendación de resguardo domiciliario “Quédate en casa”. El 30 de marzo el Consejo de Salubridad General declaró emergencia sanitaria y se cerraron buena parte de los servicios de gobierno y los poderes de la Unión: judicial y legislativo.

El 21 de abril se declaró la fase 3 y el distanciamiento social.

El 13 de mayo 2020 se informa el plan para regreso a la actividad dependiendo de los semáforos regionales.

El 1 de junio se declaró el inicio la “nueva normalidad” sin dejar las medidas sanitarias.

El 18 de diciembre de 2020 el Estado de México y la Ciudad de México regresaron a semáforo rojo.

El 23 de diciembre llegaron a nuestro país las primeras vacunas contra la Covid-19 y el 24 de diciembre fueron aplicadas al personal de salud. El 20 de enero de 2021 llegó a México la vacuna de AstraZeneca para ser envasada en nuestro país.

A partir del 29 de junio de 2020, se reanudaron las actividades de manera escalonada, y se creó el Semáforo de acuerdo a los siguientes datos:

- *Rojo*: ocupación hospitalaria mayor al 65 por ciento o dos semanas de incrementos estables de casos.
- *Naranja*: ocupación hospitalaria menor al 65 por ciento y dos semanas de tendencia de casos a la baja.
- *Amarillo*: ocupación hospitalaria menos al 50 por ciento y dos semanas de tendencia de casos a la baja.
- *Verde*: ocupación hospitalaria menor al 50 por ciento y al menos un mes de ocupación hospitalaria estable.

El 14 de marzo del siguiente año, la mayoría de los estados se encontraba en semáforo amarillo, once en color naranja y dos en verde.

Para el 20 de junio de 2021, la mayoría de los estados estaba en verde, ocho en amarillo y cinco en naranja.

Esto es, a grandes rasgos, una cronología de la pandemia en México. Pero ¿qué ha pasado en todo ese tiempo en la vida de las personas? La mayoría tuvo que suspender sus actividades fuera del hogar y los que podían

trabajaron en línea, así como las clases pasaron a ser virtuales y aumentaron las compras por internet.

Al principio, todos queríamos volver a la “normalidad”, así que hicimos compras de pánico, y lo primero que se acabó en las tiendas fue el papel higiénico, pero, en tantos meses, nos acostumbramos a estar en casa. No dudo que de las cosas que más falta hicieron fue la convivencia con familiares y amigos. Pero también, ahora que se regresa a la “nueva normalidad”, nos damos cuenta que fue un gran descanso dejar de trasladarnos a nuestros lugares de trabajo, que fue bastante bueno convivir con el núcleo familiar. Muchos empezaron a probar sus recetas olvidadas. Por un tiempo, no nos importó vestir adecuadamente, ya que podíamos estar en casa, con zapatos cómodos.

Pero no para todos pasó esto, una gran cantidad de personas se mantuvieron trabajando. Pese a la pandemia, muchos comerciantes sufrieron una baja considerable a sus ganancias, incluso muchos emprendedores tuvieron que cerrar negocios, pues sin ventas no es posible mantener un comercio.

Los cines, los museos, los estadios, los lugares donde se presentaban las personas a escuchar un concierto, todo cerró por largos meses.

Durante esta pandemia, cada ser que la ha vivido puede contar su experiencia de vida. Miles de personas contagiadas y desgraciadamente miles de muertes. En cada familia hay una historia diferente.

RELATO 52

Mi relato ante el Covid-19

Andrómeda

Con respecto a cómo he vivido y sobrellevado esta pandemia del Covid, quiero compartirles que no fue nada fácil. Cuando empezó todo, que fue en 2020. En marzo, yo pasaba por un problema sentimentalmente fuerte, por lo que el que se suspendieran las clases y no salir, fue muy difícil porque no podía distraer la mente del problema que llevaba encima. Así, cuando empezaron las clases en línea, yo sentía que no iba a poder. Era tanto el estrés, la ansiedad de que tenía muchas cosas en la cabeza, que no podía concentrarme.

Por otro lado, mi familia se empezó a contagiar. Era aún más la ansiedad de no saber qué hacer porque tenía que estar en clases, y también cuidar de ellos, pues, gracias a Dios, no me contagié.

No voy a mentir, sí fue muy difícil. Además, porque los fines de semana iba a trabajar de 7 am a 7 pm, ya que debí buscar un ingreso que me permitiera ayudar a mi papá a pagar la colegiatura. Y, la verdad, sí vino a afectar mucho esta pandemia, porque para que yo pudiera tomar clases en línea, me debieron comprar una *laptop* de esas que normalmente cuestan 7 mil pesos (las más baratas), pero, por esto del Covid, subieron a 10 mil pesos en adelante. Siento que este gasto no fue innecesario, ya que fue para mis estudios académicos.

Para resumir, me sentí mal personal y sentimentalmente, porque debí lidiar con el contagio de mi familia y desconocer si iban a estar bien o si iban a morir, porque pasan muchas cosas en tu cabeza cuando ves que en las noticias hay muchos muertos por esta enfermedad. Gracias a Dios, tuve las fuerzas para salir adelante y no dejar la escuela.

Ahora que se está calmando esto, sigo tomando las medidas preventivas para no contagiarme y trato de no estar rodeada de muchas personas, así como evitar salir frecuentemente y tener que tomar el transporte público para no contagiar a mi papá y a mi mamá, ya que, dicen, una segunda recaída del Covid es más fuerte.

RELATO 53

Noches de velorio

Otelo

Mi pueblo se encuentra enclavado en la Sierra Madre Occidental de Jalisco. Se llama Mascota, tiene 10 mil habitantes, y ahora es un Pueblo Mágico. Por cien años permaneció prácticamente olvidado del resto del país, cien años que los mascotenses nos pasamos mirándonos el ombligo, pues las comunicaciones por tierra eran muy deficientes: brechas, caminos de herradura, hasta que hace aproximadamente dieciocho años se construyó la carretera pavimentada a Guadalajara y a Puerto Vallarta.

En los tiempos actuales estamos comunicados con el resto del país y esto nos ha favorecido, pero también la propagación de enfermedades se vuel-

ve más rápida. Con la pandemia del Covid 19 en México en marzo de 2020, por unos meses mi pueblo no presentó casos de contagio. La gente checaba con asombro las trágicas estadísticas del país y nos alegrábamos con la esperanza de librarnos de este terrible flagelo, pero, en mayo, se presentó el primer caso, a partir de entonces no han dejado de sucederse enfermos y decesos.

Justo en el momento que escribía estas líneas se estaba sepultando a una persona.

La epidemia se propagó principalmente cuando como no se daban abasto en Puerto Vallarta con los enfermos, los empezaron a traer para acá. El hospital de aquí llegó a tener dieciséis camas ocupadas por los foráneos, por lo cual los de casa no tuvieron lugar y morían, pero no siempre se seguía con el protocolo que recomienda la Secretaría de Salud. Por tanto, contagiaron a la familia. En una ranchería cercana en una casa murieron todos sus integrantes.

Mela y Tina son personas piadosas muy queridas en el pueblo. No hay difunto al que no vayan a rezarle, y acompañan al cuerpo en ocasiones hasta el cementerio ya sean ricos o pobres. Si la familia es humilde gestionan con el presidente municipal el apoyo a la familia, por lo cual pleitos con el edil no han faltado, pero siempre se salen con la suya. Es de todos conocido y tienen mucha estimación de la gente. Actualmente con los muchos muertitos no se dan abasto para rezarles; unos los llevan enfermos a Guadalajara o Puerto Vallarta y allá mueren, y regresan en una cajita.

Quien visite Mascota verá muchas mujeres enlutadas y hombres con un moño negro en la manga de la camisa. También Mela y Tina lo están, no pueden ir a velar a ningún muertito; ahora se reúnen a rezar el rosario en casa de una de ellas; extrañan también las canelitas con “piquete” (aquí en Mascota y toda esta región cuando se vela a un difunto la familia ofrece té de canela con aguardiente o tequila, ése es el piquete).

En los velorios se acostumbra a cantar “alabados”, siempre y cuando la familia esté de acuerdo. Generalmente se cantan cuando el difunto está presente. Son plegarias a dos voces, la primera voz hace falsete y la otra hace segunda. Versan sobre el tránsito de la vida terrenal a la vida eterna. Son cantos en los cuales los perros aúllan y las gallinas hacen sonidos extraños. Ahora se cantan estando el occiso en una urna.

Cuando se lleva al difunto al panteón generalmente va con mariachi, la banda o conjunto nortño. En la tumba se le cantan las canciones que



Avenida Juárez y Palacio de Bellas Artes, 3 de mayo de 2020, 16:30 h.

más le gustaban. Durante el tiempo de contagio, si usted pasaba por este lugar, daban ganas de quedarse por lo alegre de las notas que se escuchaban. Los dolientes, con algunos tequilas adentro, entre lágrimas y guacos (grito agudo que recuerda al pájaro con este nombre) expresan su dolor.

—Tina hay un muertito en la calle Morelos... ¿vamos?

Mascota, Jalisco, noviembre de 2021

RELATO 54

Un año pandémico

Fiama

Aspecto social

En este aspecto no me sentí afectada al 100 por ciento, pues me considero poco sociable, y no suelo salir con frecuencia a fiestas o con amigos; escasamente lo hago una o dos veces al mes. Me afectó un poco que lugares más tranquilos estuvieran cerrados, por ejemplo cafeterías, restaurantes, museos. El aislamiento por la pandemia me pareció un punto a favor, ya que disminuyó la contaminación y, de alguna manera, nos ayudó a ser más conscientes en muchos aspectos: dejamos de hacer compras innecesarias que generan contaminación y desechos; valoramos a las personas que nos rodeaban, al no poder verlas en persona para sostener pláticas agradables con ellas; me conocí más y supe entenderme; cambié algunos malos hábitos que sabía que me hacían mal; me di espacios para meditar mis acciones pasadas e intenté ser más humana siendo más afectiva con las personas.

Creo que conocernos todos y cada uno en este aislamiento es una de las mejores cosas que me sucedieron, ya que se aprende cómo encontrar los niveles correctos para lo que nos ocurre y así llevar una vida estable.

Aspecto familiar

En este aspecto nunca tuve complicaciones al convivir con mi familia, porque siempre hemos sido muy unidos y juntos compartimos muchos momentos agradables; desde luego, también malos, como toda familia los tiene.

A medida que avanzó la contingencia y el aislamiento, nos íbamos conociendo más, pues aunque somos unidos, no conocíamos ciertos hábitos y facetas que todos tenemos. Mis padres se dieron cuenta de que llego

a ser demasiado exigente conmigo misma y noté en ellos lo mucho que se preocupan por nosotras (mi hermana y yo). Aunque siempre lo dicen y lo demuestran, en ocasiones no comprendemos los sentimientos de los padres.

Nos hemos entendido mucho más, ya sabemos lo que nos molesta o nos agrada de cada uno y lo sensibles o fríos que somos. En vez de juzgarnos, entre familia hemos aprendido a aceptarnos unos a otros.

RELATO 55

Pandemia y confinamiento

Lilia

Después de la pandemia no todo regresó a la normalidad, pues hubo secuelas por el confinamiento. El año pasado, en mayo, se desató una pandemia que provocó que todas las personas se quedaran resguardadas en casa, pues, si la enfermedad llamada “Covid-19” llegaba a atacar el sistema inmunológico y éste no lo soportaba, podías morir. No sé decir con exactitud qué pasa con ello, pero sí contar cómo lo viví.

Respecto de mi vida social y amorosa, todo se vino abajo. Casi nunca contesto mensajes, pues para mí una amistad no es estar todo el tiempo al pendiente de ellas. Al parecer, mi pensamiento no era igual al de mi amiga más cercana, y comenzamos a tener problemas. Después me enteré que habló mal de mí. No lo entendía, pues siempre estuve ahí para ella cuando más me necesitó.

Así fue como cayó mi vida social. Yo era bastante sociable, pero con el confinamiento se fue como las cenizas del papel. Después de terminar mi amistad, me fui haciendo más introvertida y mis relaciones amorosas fallidas, de lo que no me quejo, pues por algo terminaron. Ya no hablaba con nadie más que con mi mejor amigo y conocidos que hacían las pláticas un poco amenas. Entrando de forma más profunda, cada día tenía emociones diferentes y encontradas. Comenzaron a aparecer de forma recurrente cuadros de ansiedad que pensé desaparecidos y mi salud mental y corporal estuvo por el suelo; no tener con quien hablar me conflictuaba.

Actualmente ha mejorado muchísimo mi vida personal, social y amorosa, pues emocionalmente estoy mucho mejor. Me di cuenta que hay personas que se merecen el título de amigos, pues siempre estarán conmigo

(mejor amigo: si algún día llegas a leer esto, gracias por estar para mí, cuando ni yo misma estaba), y que cada día llegan personas nuevas a compartir experiencias.

En el ámbito amoroso, comprendí que es muchísimo mejor estar sola, pues me di cuenta que no necesito de nadie para ser feliz, ni de amigos ni de parejas, pues, al final del día, ellos sólo están para compartir experiencias y no para resolver nuestros problemas.

La pandemia me permitió muchas cosas, como juntar para el bolso de mis sueños o para el proyecto que tanto esperaba y por el que me había esforzado; me abrió muchas puertas y me cerró otras que ya no necesitaba.

Y, por último, pero no menos importante, sin duda mejoró más mi relación con la familia. Mi mamá y yo siempre hemos sido unidas, y con esto nos volvimos aún más, y puedo decir que es la mejor mamá y mi mejor amiga. Con mis hermanos creció más la confianza y me enteré que tengo una cuñada de El Salvador y que el sueño de mi hermano más pequeño es ser médico. Con mi papá creció el vínculo que teníamos y ya me llevo mejor con él. Es el mejor papá que la vida me pudo dar.

La pandemia, sin duda, tuvo muchas cosas negativas, pero me enseñó las altas, las bajas y hasta las cosas medias que tiene la vida.

RELATO 56

A mis soledades voy

Carpe Diem

Vivo sola y me tomaré en serio la pandemia. Permaneceré en casa saliendo sólo lo necesario y sin recibir visitas. Difícil para mí, pues me gusta la calle, los viajes, la gente, el mundo, sus misterios y sorpresas... Pero esto va en serio y puedo hacerlo por mi bienestar, el de mi familia, los amigos y el del resto del planeta. Además de que tengo mucho que escribir y leer, me gusta ver películas, en el cine, sí, pero ya de jodida sea en la pantalla chica. Ahora con las redes sociales es posible estar comunicado con el mundo entero, así que estaré sola pero también a gusto de ello.

Grandes personajes los han pensado, así que abrevaré de ellos.

Jornada 1, marzo de 2020: “Aprende a vivir aislado y a meditar en soledad”, Peritando de Corinto.

Jornada 2, abril de 2020: “La soledad a veces es la mejor compañía”, John Milton.

Jornada 3, mayo de 2020: “Yo converso solamente conmigo mismo y con mis libros”, Plinio el Joven.

Jornada 4, junio de 2020: “La mejor de todas las vidas es la de una ocupada soledad”, Voltaire.

Jornada 5, julio de 2020: “Es en la soledad cuando estamos menos solos”, Lord Byron.

Jornada 6, agosto de 2020: “Amo la soledad incluso cuando estoy solo”, Jules Renard.

Jornada 7, septiembre de 2020: “Nunca hay dos ratos iguales de soledad, porque nunca se está solo de la misma manera”, Henri Bosco.

Jornada 8, octubre de 2020: “El valor de una persona se mide por la cantidad de soledad que le es posible soportar”, Friedrich Nietzsche.

Jornada 9, noviembre de 2020: “La soledad es peligrosa: cuando estamos solos mucho tiempo, poblamos nuestro espíritu de fantasmas”, Guy de Maupassant.

Jornada 10, diciembre de 2020: “¡Ay del que está solo!”, Eclesiastés.

Jornada 11, enero de 2021: “Nada se puede hacer en soledad”, Pablo Picasso.

Jornada 12, febrero de 2021: “Un corazón solitario no es un corazón”, Antonio Machado.

Jornada 13, marzo de 2021: “La soledad es peligrosa. Es adictiva. Una vez que te das cuenta de cuánta paz hay en ella, no quieres lidiar con la gente”, Carl Gustav Jung.

Jornada 14, abril de 2021: “Sentía la soledad de muerte que llega al cabo de cada día de la vida que uno ha desperdiciado”, Ernest Hemingway.

Jornada 15, mayo de 2021: “Soledad: Un instante de plenitud”, Michel de Montaigne.

Jornada 16, junio de 2021: “La soledad es la gran talladora del espíritu”, Federico García Lorca.

Jornada 17, julio de 2021: “La soledad es la mejor nodriza de la sabiduría”, Laurence Sterne.

Jornada 18, agosto de 2021: “Sólo salgo para renovar la necesidad de estar solo”, Lord Byron.

Jornada 19, septiembre de 2021: “El hombre solitario es una bestia o un Dios”, Aristóteles.

Jornada 20, octubre de 2021: “La soledad es el imperio de la conciencia”, Gustavo Adolfo Bécquer.

Jornada 21, noviembre de 2021: “Estoy solo y no hay nadie en el espejo”, Jorge Luis Borges.

Nunca pensé que la pandemia durara tanto: veinte meses y no termina. Sigo aquí reclusa en soledad. ¿Que si me gusta? Estoy aprendiendo a vivir en ella y si algo ahora sé es que estar sola no es sentirse sola. Sin embargo, no termino de conciliarme con ella por su carácter impositivo a la sombra de una siniestra realidad que aqueja al mundo y, como Segismundo de Calderón, termino:

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.

RELATO 57

En el confinamiento

Itzel Irma

Durante el confinamiento por la pandemia, las personas se vieron forzadas a resguardarse en casa, por lo que las escuelas cerraron y las clases se dieron y tomaron en línea; asimismo, muchas personas que trabajaban debieron hacerlo desde casa. Nadie estaba acostumbrado a estar encerrados por mucho tiempo. Algunos tuvieron la oportunidad de conocer nuevas cosas a través de internet; otros aprendieron a utilizar las herramientas tecnológicas; otros descubrieron nuevos talentos que no sabían que tenían; otros perdieron familiares o atravesaron circunstancias difíciles; y otros lucharon contra el virus que mundialmente arraigó a las personas a sus casas.

Desde mi experiencia cuento lo que viví dentro del confinamiento, y esto comienza así: todo comenzó el 20 de marzo de 2020, cuando la pandemia por Covid-19 nos obligó a encerrarnos en nuestros hogares y tomar las clases en línea. Fue ese día el que por última vez vería a mis amigos de

la escuela y a mis profesores, sin saber que nunca más los volvería a ver en persona, sin saber que nunca más regresaría a la universidad que un día me acogió entre sus aulas. Nunca imaginé que algo tan diminuto desatará ciertas circunstancias en mi vida. Desde ese día, mis clases iniciaron por línea.

Recuerdo que ese semestre fue difícil acoplarme con mis materias. A pesar de que había escuchado que existían plataformas como *Zoom*, jamás las había utilizado. En ese año cursé sexto semestre. El séptimo fue al principio complicado, pues cada profesor, al igual que mis compañeros, buscaron sus estrategias de aprendizaje para que todos pudiéramos entender.

Sin embargo, haciendo un análisis, ese semestre fue el que más me gustó. A pesar de que en ese momento no estaba de acuerdo con las clases en línea y el método que se utilizaba, ahora comprendo que fue uno de mis mejores semestres durante la pandemia, pues sentí que conocí más a mi carrera; me volví independiente para investigar; leí artículos acerca de la pedagogía y pude construir conocimientos con ayuda de la información que investigaba en internet.

Fue en ese mismo semestre que pasé por un momento difícil. Uno de los más difíciles que pude vivir, pues, en ese lapso, a casi tres semanas de concluir mi semestre, a mi familia y a mí, nos dieron la noticia más terrible que jamás imaginé, pues por el doctor nos enteramos que éramos sospechosos de Covid. Días después de las pruebas, nos confirmaron que éramos portadores del virus. En ese momento me entró mucha angustia porque mi mamá y mi papá se debatían entre la vida y la muerte. Gracias a Dios, que puso a mis compañeras Ana, Adriana y Mariana y a mis profesores que me apoyaron en esos momentos para que concluyera mi semestre. A pesar de que era la única atendiendo a mis padres, con la ayuda de todos los que me apoyaron, salimos victoriosos de esa lucha. Fueron noches y días de desvelos y desesperación, pero, gracias a Dios, salimos adelante.

Para el séptimo semestre entré con muchos ánimos de seguir estudiando, pero a raíz del Covid y sus estragos, comencé a tener complicaciones de memoria. Posteriormente, me ha provocado muchos problemas hasta hoy, pues mi memoria no es como antes. Se me olvidan las cosas muy rápido y eso me ha traído muchos problemas académicos. A veces estoy pensando o diciendo algo y, de repente, se me olvida. Al principio, creí que era un defecto mío, aunque reconozco que desde antes era olvidadiza y distraída. Hoy siento que me pasa más a menudo. Pregunté a un doctor si

era normal que se me olvidaran las cosas a tal grado, y me dijo que a raíz de investigaciones y estudios, existen casos de personas con secuelas de Covid que han tenido afecciones en la memoria, entre otras cosas, pues el virus afecta el cerebro. Eso me puso tan mal que comencé a tener ansiedad. En ocasiones, cuando estaba sola en clases, me entraba mucha desesperación, porque no entendía lo que los profesores decían; entonces me enfadaba hasta sentir que me faltaba la respiración.

Sucesos como éste comenzaron a surgir más seguido, como tener problemas con mis papás. En casa comenzaron los problemas, hasta llegar a la depresión, pues esto pasó en séptimo y en octavo semestres. Tuve deseos de rendirme y llegué al punto en el que no quería levantarme ni tenía ganas de hacer nada de tarea. No comprendía lo que los profesores decían ni me importaba; dejé de comer; sólo quería dormir; no participaba en clase. Todo eso ha afectado mi rendimiento académico.

Hace unos meses empecé a recibir ayuda de personas de una iglesia cristiana, y eso me ha motivado mucho. Aunque me hubiera gustado vivir mis últimos semestres con una actitud diferente, he llegado a comprender que, como pedagogos, nos enfrentaremos a alumnos con casos similares a lo que nosotros vivimos, y es cuando puedo decir que la pedagogía es un arte.

RELATO 58

Sin título

Quero

El proceso que viví durante la pandemia me afectó en lo escolar, pues no estaba familiarizada con las aplicaciones digitales que requería para trabajar. Tuve dificultades con esto, pero también aprendí a usar aplicaciones para mi proceso de enseñanza-aprendizaje y hasta el momento me es de gran ayuda.

En lo económico me afectó en cuanto a las colegiaturas, debido a que estudio en una escuela privada y mi mamá es quien solventa la colegiatura, la renta donde vivo y los gastos alimenticios. En el confinamiento por la pandemia mi mamá quedó sin trabajo y ya no hubo solvencia económica para dichos pagos. Pedí prórroga a la universidad, pero sólo se extendió a quince días. Lo peor fue que no me pagaron la beca de CONAFE debido

a la austeridad que se declaró. Al dueño donde vivimos no le pagamos la renta completa y mi hermana quedó sin trabajo.

En momentos me llegó la desesperación de no saber qué hacer ni cómo ayudar. Hubo una ocasión que nos quedamos sin dinero. La vida en la ciudad es muy diferente a una comunidad rural. Acá, si no tienes dinero no comes y son muchos los gastos que se generan- Por eso viajamos a la comunidad de Tatahuicapan aún con la pandemia, con las debidas medidas de prevención. Gracias a Dios, llegamos con bien a nuestro destino, a casa de mis tíos. Por los alimentos ya no teníamos que preocuparnos porque allá se siembra maíz, frijol, se cría pollos, cerdos.

Es muy diferente la vida en provincia, pero la dificultad que se generó por ser zona rural, fue la de tomar las clases en línea, porque no hay buena señal de internet e ir al ciber para conectarse. Otra dificultad fue que en temporada de lluvias se va la luz de uno a dos días. En la zona rural es muy difícil acceder a la tecnología en la modalidad en línea para tomar las clases. Estuve seis meses, pero regresé debido al acceso a la tecnología, para iniciar otro semestre más y así no tener dificultad por el internet.

En lo familiar perdí a dos miembros. Fue una situación difícil. Sólo la familia más cercana veló el cuerpo. Los vecinos y demás familiares no asistieron por miedo al contagio por la pandemia, aunque las causas de muerte fueron ajenas al Covid. Reflexioné: dónde está el apoyo, está la empatía, pero, gracias a Dios y a la vida, pudimos salir adelante.

Mi mamá enfermó de Covid-19 y pasaban días sin saber cómo se encontraba. No hablaba ni recibía las llamadas telefónicas. Lo más preocupante para mi hermana y para mí fue pensar en qué sería de nosotras sin mi mamá. Pasaron veinte años sin verla desde que se fue a trabajar a Estados Unidos. Agradezco a Dios por su infinito amor y misericordia que mi mamá se recuperó y está bien de salud. Reflexiono que hasta el más mínimo detalle, como recibir una llamada de ella para darnos los buenos días y las buenas noches, es muy significativo y valoro cada esfuerzo que ella realiza por nosotras, corresponderle en concluir la carrera de Pedagogía que estoy cursando y salir adelante para recompensarla por todo lo que nos ha brindado.

En lo social me afectó no convivir con mis compañeros de clase, ni socializar en las actividades que realizaba. Hubo muchos cambios durante la pandemia, lo cual dejó grandes experiencias, tanto buenas como malas. Al día de hoy ya nos estabilizamos moderadamente en lo económico, de-



Templo de Corpus Christi en Avenida Juárez, 28 de junio de 2020, 18 h.

bido a que mi mamá ya comenzó a trabajar, aunque pocas horas. Mi hermana está dando clases de regularización a los niños que viven alrededor. A mí me siguen pagando la beca y con eso apoyo al pago de la renta y el internet. Ahora que ya se estabilizó la pandemia, mi hermana y yo entramos a un equipo de fútbol femenino y con eso salimos un poco de la rutina y del estrés acumulado.

RELATO 59

Relato de pandemia

Sirius

Si un día tuvieras que escribir de aquello que prefieres no recordar, ¿qué harías? Contar una historia es fácil, contar un suceso, una vivencia, un acontecimiento, no tiene que ser complicado, lo complicado viene cuando no sabes bien si eres capaz de expresar con palabras todos los sentimientos vividos, todo lo ocurrido a tu alrededor con una velocidad e intensidad que jamás hubieses imaginado. Lo sencillo, lo más práctico, sería hacer un relato cronológico, ir marcando sucesos y acontecimientos de días, meses... pero de nuevo, ¿cómo hacerlo cuando los días se convierten en algo intrascendente y los meses pasan sin que apenas tengas tiempo para pararte a pensar qué ha cambiado?, ¿qué está pasando?, ¿cómo un día de pronto todo se rompió y pasaste de un lugar tranquilo en que estabas transitando por la vida a otro en la que apenas tiene vida por la que transitar?

Quizá éste no sea el relato esperado. Es muy posible que no narre los hechos tal como se espera que sean contados, pero, desde la ruptura abrupta de tantas y tantas cosas, como he ido viendo y viviendo, no encuentro un lugar mejor para narrarlo que desde el corazón y a golpe de sentimientos y emociones.

La historia de cómo esta pandemia nos ha golpeado a las residencias de personas mayores, puede tener muchas lecturas. Hemos estado en los medios; se ha hablado mucho de nosotros, de lo que ocurría, de cómo pasaba, de qué hacíamos, qué no hacíamos, todo un dialogo en el que quizá se olvidaron de contar con los verdaderos protagonistas, los que no podíamos hablar en esos momentos porque estábamos sumidos en un día interminable sin principio ni final.

Mis recuerdos están mezclados con sensaciones, con emociones, con dolor e impotencia, pero también con esperanza, con ayuda, con apoyo y con un aprendizaje vital que, desde luego, no voy a olvidar y que espero, poco a poco, lo bueno, que, para eso, la mente es muy sabia, supere y evite el horror.

Somos Centros de Vida, somos residencias de personas mayores, hogares, somos equipos comprometidos con el cuidado, con avanzar, aprender, respetar, compartir. Y de pronto... todo se rompe, donde más habíamos avanzado, en aquellos centros en los que teníamos la sensación de haber conseguido algo parecido a un hogar, con espacios personalizados, es justo donde todo se complica más. Ahora nos sobran los muebles, los objetos que con tanto mimo hemos ido animando a nuestros mayores a traer.

Ahora las personas con demencia y libres de represiones han de pasar a estar contenidas, aisladas, sin contactos y posiblemente se puede hacer de otra manera, quizá mejor, pero no se puede hacer con más intervención y mejores equipos de profesionales, que con los que he tenido la suerte de compartir en espacios, trabajo, miedos, esperanzas y horas, muchas horas, de esas que no pesan porque son necesarias, porque sabes que hay vidas en juego.

A las familias que agradecen todo el esfuerzo y toda la dedicación, a las que escuchamos y acompañamos día a día si su familiar está en el Centro, somos nosotros quienes vamos contándoles cómo va todo, pero si está en el hospital ellos nos llaman y nos mantienen informados, porque, aunque haya quien no lo entiende, nuestros lazos van en dos direcciones y no hay otra manera: nos necesitamos y nos contamos porque nos une ese cuidado, esa persona, esa vida que, de pronto, está en riesgo y todo es difícil, pero juntos lo vivimos mejor.

Lo que supuso la entrada del virus y cómo no teníamos equipos de protección, no ha sido lo que más recuerdo, porque quizás es lo que más quiero olvidar sin juzgar motivos o enredar, lo realmente valioso para nosotros, que es cuidar, lo demás no importa.

Pienso que éste no sea un relato, siento que no tenga fechas, datos, números ni nombres, pero no porque no pueda exponerlo, sino porque no quiero, porque cada historia, cada nombre y porque esto no ha terminado. Y todo, todo, habrá y ha valido la pena.

RELATO 60
Vivir el presente
Shalom

Jorge se levanta y se dirige a la recámara. Con mucho cuidado abre la puerta y entra. Observa a su esposa, Martha, que, acostada en la cama, duerme apaciblemente. Con manos temblorosas, abre un cajón de la cómoda y toma un paquete de regular tamaño. Tratando de hacer el menor ruido posible, empieza a quitar el papel que lo envuelve, lo abre y mira el vestido nuevo, muy bien doblado; lo saca y susurra que es un vestido hermoso. Fue un regalo que hizo a su esposa cuando regresó de uno de sus viajes al extranjero. Había ido a Nueva York por cuestiones de trabajo; sin embargo, ella no lo estrenó; aún recuerda sus palabras cuando recibió el vestido “lo guardaré para estrenarlo en una ocasión especial”; pero esa “ocasión especial” nunca llegó y el vestido quedó olvidado en un cajón de la cómoda.

Cerca hay un sillón, Jorge se deja caer y entrecierra los ojos, se siente cansado; los últimos días han sido días de angustia, de incertidumbre, se atrevería a decir que el miedo ha sido como su sombra, pegado a él. Estira el brazo y enciende un radio sobre una pequeña mesa. Musita con voz casi inaudible que un poco de música lo reanimará y lo hará sentir bien. Escucha al locutor que habla en ese momento, hace énfasis en seguir cumpliendo con las medidas sanitarias, implementadas debido a la contingencia de salud por la pandemia de Covid-19.

Las ha visto y escuchado por todos lados que casi involuntariamente repite cada una: “Uso del cubrebocas, lavado constante de manos, uso del gel antibacterial, estornudo de etiqueta y... quédate en casa”. El locutor hace énfasis en esta última “quédate en casa” si no es una prioridad salir a la calle.

Martha, su esposa, y él trataron de obedecer y cumplir con lo que indicaban las autoridades de salud. Jorge salía sólo a comprar lo indispensable y necesario; por eso no entiende en qué momento se contagió su esposa. Recuerda esa sensación de angustia, de miedo que recorrió su cuerpo al enterarse del resultado positivo del estudio realizado a Martha. Días antes, había manifestado sentirse mal; los síntomas (dolor de cabeza, temperatura mayor a los 38°, la debilidad en todo el cuerpo, dolor en la garganta...) le hicieron pensar en un posible contagio y la acompañó a

realizarse el estudio indicado. Tuvo la fortuna de que la enfermedad se detectara a tiempo y el médico le recetó el tratamiento adecuado y no hubo necesidad de internarla en un hospital. Piensa en los días difíciles que vivieron ambos, de incertidumbre. Conocía a personas que habían perdido a familiares, amigos o conocidos debido a las complicaciones de la mortal enfermedad.

Esos momentos vividos hacen que Jorge se sienta agradecido con la vida, pero, sobre todo, con Dios, porque Martha respondió al tratamiento. Voltea a mirarla, sigue dormida, su respiración es pausada, tranquila.

El miedo de perder a su compañera de vida lo ha hecho recapacitar en que cada día es “especial”, en que la vida está hecha de esos momentos y experiencias que se viven cada día; la ocasión especial es cada amanecer, cada nuevo día; respirar el aire fresco de la mañana, mirar el sol radiante y sentir su calor, los pequeños detalles del acontecer diario.

Hoy, más que nunca, valora la vida y se repite que ese “momento especial” es cada instante vivido, cada hora, cada minuto, por el solo hecho de respirar y tener lo más valioso, la vida.

RELATO 61

Sin título

Esperanza

Hace más de año y medio, decidí buscar un empleo que me ayudara a obtener más experiencia en el ámbito profesional y nuevos conocimientos o que, de alguna manera, fuera de mi interés. Por suerte, el lugar donde dejé mi solicitud fue de mi agrado. Me pidieron asistir al día de prueba, la cual pasé con éxito para después ser contratada. Así fue como conseguí el empleo que me ha hecho crecer personal, laboral y mentalmente.

Al principio, entré como empleada, a prueba por una semana y luego por un mes. Los recorrí con éxito. Posteriormente debí aprender todo lo referente a ese negocio de cosmética y perfumería, rubro del que no tenía experiencia, pero finalmente era algo que me gustaba mucho y me apasionó. Así, decidí seguir y me aferré a quedarme, aunque las condiciones de trabajo y ambiente laboral no eran muy claras, pero me gustaba mucho la cercanía con la gente y aprender cosas nuevas día con día.

Decidí quedarme y llegó el momento que la persona encargada del lugar se retiró, y, por ende, su compañera y mano derecha también optó por irse, quedándome únicamente yo, y sin el conocimiento previo para ejercer el cargo de la tienda. Con el tiempo subí de puesto, llegando a ser la encargada de las dos sucursales con las que contamos.

Continué con el reclutamiento de nuevo personal y adiestrando a quienes iban quedándose para aprender al igual que yo. Poco a poco, supe los objetivos de la empresa, las metas que debíamos tener y fui teniendo mejor trato con el cliente, comencé a tener habilidad para las ventas y así pude enseñarles a las personas la manera de vender, actuar y hablar ante los clientes.

Aprendí muchas cosas que no sabía: jamás en la vida había usado una terminal bancaria para realizar cobros con tarjetas de crédito, ni computadora con un programa especial para hacer las notas de las ventas de las sucursales. También aprendí a hacer facturas e inventarios.

Así como he vivido momentos difíciles para seguir tomando clases mientras trabajo y atiendo a los clientes, podría decir que ha sido el reto más difícil para seguir estudiando, trabajar, sin vida social por el horario laboral y dormir pocas horas por las actividades de la escuela.

Así he vivido el tiempo de pandemia, sin rendirme y trabajando duro para pagar la escuela y superarme.

RELATO 62

Sin título

Campoy

Durante toda esta pandemia que inició hace un año, experimenté sentimientos y emociones inimaginables en un proceso bastante difícil. Recuerdo con precisión los primeros días y pensé que sería algo temporal, que máximo duraría unas cuantas semanas. No estaba acostumbrada a estar en mi casa, porque anteriormente saliendo de la escuela trabajaba y en eso se basaba mi vida. En esos días dejé de trabajar; *dejé de ir a clases presenciales*; dejé de frecuentar las personas con las que diario convivía; y dejé de tener la libertad de salir a la calle sin cubrebocas.

Todos en mi familia se quedaron en casa, incluso aquellos que antes no estaban. La comunicación se hizo extensa y, a su vez, surgieron los pro-

blemas por estar “encerrados” y juntos en un mismo espacio, que anteriormente no todos y al mismo tiempo ocupábamos. Surgieron las peleas, pero también los buenos ratos: películas en familia, pláticas interminables, juegos de mesa, etcétera.

En este proceso tuve que adecuar mis espacios y, sobre todo, mejorar mis hábitos de estudio, para dar preferencia a éste. Ahora recuerdo que durante los primeros meses mis estudios fueron un desastre por desorganizados. Seguía pensando que prefería las clases presenciales, pero después retomé la idea de que debemos adecuarnos a tiempos y espacios. Aunque un poco tarde lo entendí, justo después de terminar el tercer semestre. Después de éste, me prometí dar lo mejor de mí y aprovechar el esfuerzo de todos quienes hacen posible que continúe con mi aprendizaje.

Todos los días me repito que debo esforzarme más por ser mejor persona y aprovechar lo que día con día aprendo. Cierto que a veces por la comodidad en casa nos gana el sueño y la pereza. Puedo decir que, a veces, me quedo dormida y la culpa se hace más grande cuando me acuerdo que no debo hacerlo. Trato de dar lo mejor de mí y pensar que si tenemos suerte jamás pasaremos por algo como lo que hoy estamos viviendo. Dice el dicho: “dentro de lo malo, hay algo bueno” o “después de la tormenta viene la calma”.

Durante esta pandemia experimenté sentimientos nuevos. Llegué a sentirme frustrada, triste, enojada, feliz, con ganas de llorar y, sobre todo, con ganas de salir corriendo. Fueron momentos duros, en los que sentía miedo, y los primeros meses de pandemia subí de peso. Después retomé mis objetivos, me permití nuevos sentimientos y expresarlos, y, justo después, volví a retomar anteriores prioridades: hice ejercicio para bajar los kilos de más y eso me ayudó a sentirme mejor. Adopté hábitos de higiene para el cuidado de mi piel, aprendí a cocinar, a tomar tiempo para mí y a conocer mejor a mi familia y amigos.

Perdí gente que amo con todo el corazón. Su partida aún duele, no he dejado ni dejaré de amarlos, aunque el tiempo pase o no vuelva a verlos. Lloré tanto y reconocí qué tan injusta puede ser la vida a veces.

También me enamoré profundamente de los atardeceres que vi pasar desde mi ventana, de los momentos con mi familia, de las llamadas eternas con la gente importante para mí y de una persona maravillosa. Así encontré los verdaderos objetivos en mi vida. Aprendí algo muy importante: jamás sabremos cuál será el último momento, nuestro último suspiro o cuándo

dejaremos de ver a la gente que amamos. Si nos hubieran anticipado lo que vendría, yo hubiese abrazado más, sabiendo que sería el último abrazo por mucho tiempo o para siempre, pero también aprendí que la distancia es relativa, que separa sólo cuerpos y que algún día termina y es ahí donde los sentimientos prevalecen. Durante estos meses me permití crecer y lo agradezco. No soy la misma persona que cuando inició la pandemia: soy mejor.

RELATO 63

10/06/2021

Auriga

Cuando inició la pandemia, el mundo se dividió en dos: quienes pensaban que duraría unos cuantos días, como la influenza, y no saldría de China o al menos de Asia, y quienes entraron en pánico temiendo el fin de todo, haciendo compras de alimentos para meses y privándose del mínimo contacto humano. En mi caso, mi preocupación fue en aumento y terminó en resignación. Cuando supe del virus, supuse que terminaría pronto y no era tan grave, ya que los medios acostumbran a dramatizar más de lo debido.

Acababa de ingresar a la universidad, después de tres años únicamente trabajar, y disfruté mi regreso a la escuela sólo por mes y medio, cuando nos dieron la instrucción de guardarnos en casa por una semana porque el virus había llegado a México. Justo cuando nuevamente me estaba acostumbrando a la vida escolar, a levantarme a las cinco de la mañana, desayunar, arreglarme, salir a las seis para llegar a la escuela a las siete, conocer a mis compañeros, estudiar como loca para los exámenes, los nervios de las exposiciones, etcétera, regresé a permanecer en casa.

Al principio, se sentía que tanto alumnos como maestros no sabíamos qué hacer con exactitud. Las medidas que se tomaron para seguir adelante con las clases fueron provisionales, y, claro, todos teníamos en mente regresar lo antes posible, y era como un “pues por ahora”, y ese “por ahora” se extendió más de lo previsto, y esa semana de cuarentena se convirtió en año y medio y en aumento.

Me resigné porque la solución a regresar a la normalidad no está en mis manos. Desde siempre me he obligado a adaptarme a los cambios a mi alrededor, así que no sufrí lo drástico de este hecho. Empecé a ver tantos

puntos buenos de todo lo que cambió en mi casa y mi cotidianeidad que comencé a pensar que estaría mejor quedarnos así para siempre, ya que el lugar seguro es mi casa; ya no nos exponemos a los peligros de las calles al salir tan temprano; los gastos de transporte disminuyeron y ese dinero lo utilizamos para otras cosas. Cuido más mi alimentación, pues, antes con tanto estrés, me descuidé mucho y tuve problemas. Estoy más atenta a mis mascotas, ya que todo el día cuido de sus necesidades. Incluso ahora me llevo mejor con mi familia, porque, por un buen tiempo, sólo nos veíamos por las noches al regresar a casa.

En mi familia unos miembros se contagiaron, pero con precauciones y cuidados salieron adelante. Durante los primeros meses de cuarentena cancelamos todas las reuniones familiares, incluso, para el Día de las Madres de 2020 celebramos una reunión familiar por *zoom*: a mi abuelita le compraron un nuevo celular para que utilizara la plataforma y lograra vernos y nosotros a ella. Ahora, para visitar a algún familiar, nos desinfectamos completamente y cambiamos de cubrebocas antes de pasar.

Salir de compras y lavar todo lo que entra a la casa es algo que nunca hacíamos, aunque debía hacerlo por la limpieza más que nada. Usar gel antibacterial o lavarme las manos después de estar en el transporte público es algo que ya hacía a diario, pues no me gusta la sensación de tocar algo donde muchas más personas han puesto sus manos, así como el dinero, y procuro evitarlo. Salir a fiestas con amigos o a reuniones no es algo que necesite con urgencia. Hasta ahora mis reuniones son muy de vez en cuando, pues estoy en contacto con mis amistades gracias a las redes sociales. Creo que una reunión es más un gusto que una necesidad, y puede ser que esté mal, pero me he acostumbrado a esa forma.

Cuando regrese a clases presenciales será el mismo proceso de readaptación. Uno le teme al cambio, pero una vez estando dentro te das cuenta de que no pasa nada; sólo será: “a ver mujer, qué vas a hacer ahora y cómo”. Supongo que mientras no me pase dejaré de sentir esto tan ajeno a mí, y tampoco soy imprudente ante la situación, pues respeto las nuevas normas de precaución para cuidar de quienes me rodean, pero sigo siendo como la amiga que te dice: “ya va a pasar; relájate, ¿sí?”

No resentí el cambio que se tuvo a partir de esto, incluso me resultó de cierta forma interesante, desde mi casa hasta la sociedad. Cuando se solucione esto, el cambio habrá sido colosal para todos.

RELATO 64
Mi versión de la pandemia
 Citlali

La pandemia por coronavirus, Covid-19 o SARS-CoV-2, fue una situación que cambió por completo la vida de millones de personas alrededor del mundo. Pero, ¿qué es el Covid-19? Es la enfermedad infecciosa que se ha descubierto más recientemente. Tanto este nuevo virus como la enfermedad que provoca eran desconocidos antes de que estallara el brote en Wuhan, China en diciembre de 2019.

Hablaré desde diferentes perspectivas en las que me afectó la llegada de esta pandemia.

El hecho de que cerraran escuelas y el que las clases fueran en línea no me afectó directamente, porque cuento con lo necesario para seguir con mis estudios. Al contrario, me dio la oportunidad de ingresar a un trabajo en Culiacán, Sinaloa, del que les hablaré a continuación. Como trabajadora: al no asistir físicamente a clases, tuve la oportunidad de ir a Culiacán a trabajar con mi hermana en una empresa llamada *Cortevea Agriscience*, que se encarga de cultivos (maíz, tomate, garbanzo, etcétera) y ayuda a los productores a solucionar problemas de maleza, plagas, y demás. Al ingresar en ese trabajo me di la oportunidad de aprender muchas cosas interesantes. Asistía al trabajo con las medidas de higiene recomendadas por la empresa. Era incómodo estar en el campo a 38° con el cubrebocas todo el tiempo; llegar a casa y desvestirse en el patio, porque dentro de la casa había una recién nacida (mi sobrina) y una persona de 74 años de edad (mi papá); entrar y rociarme de alcohol y meterme a la regadera para saludarlos y acercarme a ellos.

Como persona: en mis actividades diarias fue donde me vi más afectada. Al inicio de la pandemia yo vivía sola, pues mis papás estaban en Sinaloa. Cuando empezamos a ver la situación en los supermercados, el transporte, el cierre de establecimientos, mi familia se preocupó por mí y decidimos que me fuera con ellos a Culiacán. Entré a trabajar y seguí con mis clases en línea, pero dejé a un lado mis actividades como jugar fútbol, salir con mis amigos, trabajar, etcétera. En junio decidimos regresar al Estado de México, porque vimos la situación un poco más “tranquila”. Pasó mi cumpleaños, y nos empezamos a descuidar, en especial yo. Comencé a salir a

jugar fútbol; mi familia hacía fiestas; iba al gimnasio, con las debidas medidas (uso de cubrebocas). El 12 de septiembre asistí a una fiesta y el 15, como todo buen mexicano, festejé ¡VIVA MÉXICO! A los cuatro días empecé con síntomas como dolor de cabeza, dolor de garganta, fiebre y gripe. Fui al doctor, me recetó medicamentos y hacer la prueba de Covid-19 y salió positiva. Mis primeros pensamientos fueron, “ya me voy a morir”, “qué pasa si contagié a mi familia”, “no quiero que me hospitalicen” e infinidad de cosas pasaron por la cabeza. Gracias a Dios conseguimos un buen doctor que me recetó muchas cosas, infinidad de té, vaporizaciones y más. Por último, cabe resaltar que todas las personas que asistimos al festejo salimos positivas en la prueba. Por fortuna ninguna tuvo complicaciones graves.

En conclusión, pienso que muchas personas como yo tomamos a juego esta pandemia. No pensamos en sus riesgos. A mí no me afectó de manera grave, pues conseguí un trabajo que me permite estar en casa, mi familia está completa y tenemos un poco de estabilidad económica.

RELATO 65

Sin título

Canis

Han pasado bastantes cosas en mi vida desde que entramos en pandemia. Sólo agradezco que en todo este tiempo, no le faltó trabajo a mi papá y, aunque se expuso demasiado, se encuentra bien hasta ahora. Hace más de un año la vida cotidiana dio un giro muy grande en todo el mundo, así que no tuve más opción que tratar de adaptarme y no salir de casa lo más posible, para cuidarme y cuidar a los que quiero. Bastó un par de meses para empezar a sentirme diferente. Recuerdo que mi personalidad cambió bastante y empecé a apagarme en muchos sentidos y maneras. Lo que me gustaba estudiar y ser muy activa empezó a desesperarme, en primera porque no tenía las herramientas suficientes para trabajar desde casa y, en segunda, no tenía esa actitud. Así, parte de mi identidad fue cambiando.

Después y por meses, dejé de dormir por las noches y dormir en el día. Empecé a sentirme extraña con mi personalidad. Ya nada me hacía feliz, incluso las cosas que disfrutaba se convirtieron poco a poco en lágrimas.

Realmente yo no entendía por lo que estaba pasando, y decidí buscar ayuda profesional. Así llegué al psicólogo. Al principio, no me ayudó tanto como hubiera querido, así que entré en una segunda etapa, la más fuerte. Dejé de hablar con mis familiares, de comer, de sentirme bien, de buscar a mis amigos y lo peor, de quererme como persona y comencé a odiar mi imagen, mi manera de ser y sólo tenía cosas negativas, odio e ira.

En esa etapa hice un negocio de *snacks* con mi novio y mi hermana. Fue bueno, pero yo no estaba en condiciones para que funcionara como lo hubiera querido, así que empecé a ingerir alcohol cuando podía, y realmente no fue favorable, ya que terminaba peor que como estaba. Así pasaron meses en mi vida, y sólo hacía lo que creía que podía hacer.

Llegó el nuevo año, mi mamá y yo nos contagiamos de Covid, y, aunque estuve en la gloria a comparación de otras personas, fue difícil, y más por la circunstancia emocional que estaba atravesando, pero sabía que si no ponía de mi parte no iba a llegar a ningún lado. Así que pasé esto yo sola; claro que mi familia me apoyó en todo. Tuve un poco de paz mental y mi recuperación no fue tan larga, pero fue decepcionante y eso no me iba a vencer. Por tanto, después de largas semanas pude salir. Me cansaba más que nunca volver a hacer mis cosas, pero poco a poco lo logré.

Yo pensé que ya estaba bien, pero no tardé en volver a no dormir y a sentirme herida. Llegué a pensar en rendirme y no continuar. Agradezco no haberlo hecho y a mis fuerzas para levantarme y continuar con mi vida. Igualmente, empecé a trazar objetivos, aunque para ser sincera, no he podido realizar tantos como yo quisiera. En esos lapsos de crisis, llegó una integrante a la familia: un peludito de cuatro patas que me ayudó muchísimo durante mi depresión.

Hace dos meses estoy volviendo a ser yo, y, aunque sé que el camino es difícil, estoy tratando de llenarme de cosas positivas, e incluso a hacer cosas que nunca había hecho, y, cuando no tengo energía, me doy ese pequeño empujón. Sobre todo el cariño de mi familia me ha reconfortado, así que no todo ha sido malo, hasta son experiencias que me hacen crecer y darme cuenta que no siempre todo tiene que ser perfecto y como los momentos buenos pasan, los momentos malos también.

Lo importante es que estoy aquí y que me esperan nuevas cosas por cumplir y vivir.

RELATO 66

Irreparable

SACCAA

Es un tema difícil de expresar y muy fácil de sentir, sensaciones como si la muerte estuviera asechando para llevarte.

El primer día de enfermos de Covid 19 en México, yo andaba de viaje con mi hija en Mazatlán, Sinaloa, justo donde se inicia nuestra pandemia en México. Nuestro viaje fue por la conclusión de estudios de mi hija como chef, un premio muy merecido porque la carrera como repostero no es para nada sencilla, además de que necesitábamos un tiempo juntas, vivimos una experiencia maravillosa, sin percatarnos que para salir de viaje pasarían dos años.

Cuando sales de viaje te olvidas de noticias y para nada estábamos enteradas de lo que se nos venía. Cuando encendemos la televisión y nos enteramos que estuvimos en el epicentro del inicio de la pandemia, nuestro primer pensamiento fue que ojalá no nos hubiéramos contagiado. Pasan los días y empiezas a escuchar que van en aumento los contagios y que debemos quedarnos aislados lo más posible.

Soy muy sensible a estos acontecimientos y desde entonces mi corazón está todo el tiempo triste. Ya no quieres ver noticias y mucho menos enterarte de que seres queridos están padeciéndolo. Estoy en una página de Facebook de ex empleados y abrir esa página ya da miedo porque van en aumento los anuncios de los que han fallecido; pero, como pilar de tu casa, tienes que ser fuerte y mostrar serenidad. Empiezan a circular los videos del doctor Francisco Moreno que prácticamente te dice que hoy estás y mañana quién sabe... ¡Qué miedo!, pues qué te digo: el año 2020 fue el año del silencio en la ciudad, nadie circulaba por las calles y mis salidas se limitaban a ir aquí cerca al mercado por los víveres, a pasear al perro, a buscar muchos temas de enseñanza en el arte, no había de otra más que buscar algo qué hacer para no pensar por lo que el mundo pasaba. Ese año me enteré que mi perro tenía cáncer y aumentó mi tristeza, ¡porque fue un angelito que nos dio tanto! Fue doloroso el trayecto hasta su muerte.

Todo el tiempo: muerte... muerte... muerte... Cuando anuncian que ya hay una vacuna que te protegería del Covid, surge la esperanza de vida. Pero muchas personas no lo lograron. Conozco personas en el ramo

médico que, a pesar de todo, tuvieron que entrar a hospitales y enfrentar a la enfermedad y cumplir con su deber. Y justo cuando piensas que, gracias a Dios, toda tu familia está bien... Surge la mala noticia de que un familiar muy querido está grave. Rezamos por su salud, pero el final era inminente. Ante esta noticia me sentí desconsolada y con miedo por los miembros de la familia. En este año falleció otro tío que, por desgracia, no pudimos despedir; fue velado en solitario. La sociedad tenía que entender que hay que hacer cambios en nuestras vidas y sociabilizar de distintas maneras. ¿Que hizo la pandemia? Modificar nuestras formas de mostrar los afectos: ya no hay abrazos, ya no hay besos... ¿y en adelante? Como disfrutarás a tu familia... ¿Cómo los jóvenes encontrarán pareja?... ¿Cómo puedes cuidar a tus seres queridos si no se te permite ir a visitarlos?... ¿Cómo nos verán los que hoy son niños?... Hay muchos “cómo?” que tendremos que ir descubriendo como resolver... Lo que no nos quitan (por lo menos en México) es ayudar como sea. Nunca imaginas que tu vida se iría modificando en muchos aspectos, pero que te acercaría más a tu propia familia (aunque fuera de forma virtual) quizá converso más con mi esposo, quizá me he encontrado y ahora es tiempo de recomponer muchas cosas. ¿Es la pandemia una oportunidad para cambiar? ¿Para pedir perdón?... ¿Es tiempo para parar tu propio mundo o impulsarte de formas distintas? Hay que seguir descubriendo para resolver los “cómo”.

Se dice que el poder económico mueve los hilos de esta pandemia, quizá sea cierto, pero me parece que no hay manera de separar los afectos, pues siempre hay gente buena luchando para encontrar la cura de este mal. Hemos sufrido pero seguimos de pie.

RELATO 67

Andrea y Simón

Pancracio Nava Flores

Andrea volteó a ver a Simón y, de manera insistente, una vez más le preguntó si sabía el número telefónico de Laura.

Simón giró desde el asiento trasero del auto a verme con sus ojos color miel que me interpelaban, pues no sabía en absoluto de lo que le hablaban.

Momentos antes, mientras volvíamos aquel domingo de nuestro paseo matinal por la zona fabril de la Nueva Vallejo, vimos a un viejecito que forcejeaba paternalmente con una mujer menuda evidentemente confundida a quien, con suaves pero firmes ademanes, trataba de impedir que se alejara con rumbo desconocido.

Metros atrás, se observaba una bicicleta casi infantil que el viejo había abandonado para ir tras la chica.

En ningún momento pensé que el hombre tuviera malas intenciones; para mí era una escena de un abuelo tratando de impedir que su nieta se alejara de casa, a quien de por sí alcanzó en una zona poco concurrida, de tránsito rápido y rodeada de fábricas sin labores aquel día. Detuve el auto junto a la bicicleta y descendí, mientras Simón y los demás veían atentamente que retrocedía a buscar a la pareja. Quería saber si podía ayudar en algo o, en última instancia, si la chica necesitaba ayuda.

Mientras me acercaba confirmé lo que instantes antes vimos: un viejo de ropa humilde sinceramente preocupado por una jovencita que lucía empolvada, sucia, despeinada, pero con rastros de maquillaje juvenil y un cubrebocas de tela floreada que acomodaba con persistente cuidado.

—Hola, buen día —saludé—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Ay, señor, claro que sí —respondió el viejo—. Mire usted, hace un rato que encontré a esta niña tirada entre esos botes de basura a la entrada de la fábrica y Dios sabe desde que hora estaría ahí. No tiene golpes, pero no reacciona lógicamente...

—No, no señor —interrumpió, balbuceando la chica al viejo, quien calló—, es que no encuentro mi celular ni mi mochila y me tengo que ir a trabajar.

La pequeña figura de la joven se balanceaba de un lado a otro y el viejo la asistía para que no cayera, aunque en momentos el pobre era arrastrado por el peso de la jovencita.

—¿Qué tal? Me llamo Roberto, ¿en qué te puedo ayudar? —me presente con ella.

—¿Estás bien? ¿Por qué estabas ahí tirada? ¿En dónde, con quién estabas? ¿Vives cerca? ¿Cómo te llamas?

—Andrea, me llamo Andrea —dijo acomodando con urgencia su cubrebocas.

Enseguida nos contó, de manera atropellada, que estaba con unos amigos en una fiesta quién sabe en qué lugar y que en la madrugada, sin precisar la hora, se salió y abordó un taxi sola. No recordaba más. Esto nos lo narró mientras insistía en que tenía que ir a trabajar y avisar a sus amigos y a su familia que estaba bien. Sin embargo, era evidente su confusión y desorientación.

Los tres nos dimos un respiro, mientras comentaba con el buen viejo qué opciones seguras le podíamos ofrecer ante el problema de que no traía identificación ni nos daba ningún dato para localizar a su familia o amigos, ni ubicaba su domicilio.

Inmediatamente descartamos la posibilidad de llamar a una patrulla. ¿Grave?, ¿triste?; no podíamos entregarla en ese estado a una corporación tan desprestigiada sin ponerla en mayor riesgo.

El viejo y yo acordamos que, como quedaba muy cerca, la llevaríamos al negocio de mi familia y que, desde ahí, con ayuda de nuestros jóvenes duchos en redes sociales, trataríamos de localizar a algún familiar o, como último recurso, esperar el tiempo necesario para que estuviera más consciente y fuera seguro para ella. Por supuesto, le di al buen viejo nuestra ubicación y se retiró más tranquilo.

En el corto trayecto, Simón tuvo que soportar la insistencia de Andrea, quien le pedía números telefónicos de amigos e información sobre su celular y su mochila.

Simón, a ratos, la observaba y, después, volteaba interrogándome con la mirada. A ratos de plano se hacía el loco para tratar de pasar desapercibido.

En la cafetería, nuestro negocio, Yola, mi compañera de vida, se encargó de hablar con ella e hizo una inspección ocular superficial para saber si había sido violentada o tenía algún daño, mientras Andrea tomaba un café bien cargado que le preparamos para tratar de que se normalizara.

Su cara casi infantil, cubierta con la protección adecuada en tiempos de pandemia, mostraba en uno de sus párpados una pestaña postiza que, a pesar de la mala noche, se aferraba por la mitad.

Después de platicar con ella, Yola nos hizo notar que no olía a alcohol o solventes y que, sin duda, estaba en ese estado porque probablemente la habían hecho ingerir alguna droga sin su consentimiento, tal vez en el taxi donde posiblemente le robaron; por fortuna, no era visible otra agresión.

Como no había manera de obtener de ella algún dato, los chicos lograron entrar a su Facebook y establecer contacto con la última persona que estuvo con ella en la fiesta. Dos horas después, la entregamos todavía muy confundida, pero contenta de ver a su amigo.

Momentos después de este feliz desenlace, comentamos en nuestro espacio la coincidencia del nombre: Andrea. Agradecemos a la vida que nos diera la oportunidad de recuperarla. Y cobró vigencia el cartel que hicimos para Andrea Yisel Romero Martínez, asesinada el 9 de diciembre de 2017, con el enunciado: “Andrea trabajó en esta cafetería unos meses antes de que la asesinaran. En su nombre paramos este día (8 de marzo de 2019). Paramos para hacer visible la violencia desbordada en nuestro país”.

Y en este afán de buscar la vida salimos diariamente y celebramos con Simón, Canelo y Pecas entre alegres movimientos de cola y sonoros ladridos, el que hayamos encontrado a esta Andrea.

Se terminó de imprimir en febrero de 2022
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Municipio Benito Juárez
Ciudad de México.

